

ALMAS Y TIERRAS DE AMÉRICA

ESTAMPAS DE VIAJE

PORTUGAL - MADEIRA - BRASIL - URUGUAY
ARGENTINA - IDEAS Y PANORAMAS - CON-
GRESO INTERNACIONAL EUCARÍSTICO
VIDA ESPAÑOLA - CANARIAS

POR

J. POLO BENITO y L. MARTÍNEZ KLEISER

CON 55 ILUSTRACIONES

SIN VALOR COMERCIAL

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1935

ES PROPIEDAD
Madrid, 1935
Published in Spain

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., RÍOS ROSAS, 26. — MADRID

ÍNDICE

	Páginas
A los lectores.....	7
Dos palabras antes de embarcar.....	9
Dos semanas en el mar.....	11
Por los caminos del Océano.....	49
Escala en Rfo de Janeiro.....	57
Altar de patria. El Cristo del Corcovado.....	63
En las tierras del café. El puerto de Santos.....	69
El pintoresco viaje de Santos a San Pablo. El serpentario.....	74
Unas horas en Montevideo.....	82
En Buenos Aires. Por las calles de la ciudad.....	86
Amauecer de primavera.....	97
Noche iluminada en la Avenida de Mayo.....	104
El día de la raza en 1934.....	111
La sección nacional.....	119
Bajo las frondas de Palermo.....	126
Piedras que relumbran.....	134
El subterráneo de los españoles.....	141
Los frigoríficos.....	147
Un viaje a la ciudad de Córdoba llena de evocaciones y a sus sierras cubiertas de paraísos.....	152
Un viaje en hidroavión.....	156
El maravilloso delta del Paraná.....	161
Tríptico nocturno:	
I.—En el estudio de Quinquela Martín.....	166
II.—En la República de la Boca.....	172
III.—El maestro Filiberto, autor de música criolla.....	176
¿De vuelta a la hispanidad?.....	179
Estancias argentinas.....	194
La colectividad española.....	206
Sol de Evangelio en las Pampas.....	225
Un obispo misionero.....	236
Otros diez mil kilómetros de navegación.....	239
En las Palmas de Gran Canaria.....	242

A LOS LECTORES

Este libro es un índice de impresiones recibidas en las tierras americanas, visitadas por los autores con ocasión del Congreso Eucarístico de Buenos Aires. El espectáculo y la significación de aquel acontecimiento imponente; la belleza de aquellos panoramas, muchas veces verdaderamente indescriptibles; la vitalidad y pujanza de aquella España que trabaja soñando en ésta; el vivísimo deseo de que argentinos y españoles, hombres de una misma raza, una misma lengua y una misma fe, se conozcan mejor y, por tanto, se amen más, han sido lazarillos del pensamiento impreso en estas páginas.

La especialidad literaria de cada uno de los autores, acudió a esta obra con su peculiar aportación, logrando así una sugestiva coincidencia de ideas y perspectivas, que ofrecen un interés pocas veces superado en publicaciones análogas.

EL EDITOR.

DOS PALABRAS ANTES DE EMBARCAR (1)

“¡Un viaje a Buenos Aires! ¡Veinte mil kilómetros a través del océano!” Estas eran las exclamaciones de muchos al saber que iba a embarcarme con rumbo a la Argentina. En cambio, cuando llegué a Buenos Aires, todos me preguntaban sencillamente: “¿Ha venido usted a dar *un paseo* por acá?” Existe, pues, una diferencia señaladísima entre la manera de apreciar este recorrido los argentinos y los españoles. Para ellos es *un paseo* y para nosotros *un viaje largo*. Por eso mismo, ellos y los españoles que viven allá, vienen con frecuencia a España, en tanto que nosotros vamos difícilmente a la Argentina.

El diario de navegación que ocupa la primera parte de este libro no pretende, por tanto, interesar a quienes han navegado mucho y están habituados a experimentar las impresiones de la travesía; acaso no conseguirá tampoco despertar el interés de aquellos que no se han embarcado nunca, porque todo cabe temerlo de la torpeza de mi pluma. Pero, de todas suertes, a quienes consideran viaje y no paseo un recorrido por mar de dieciséis días, va dedicado más especialmente este capítulo. Y si unos y otros encuentran en su lectura evocaciones de esta emoción o de aquel momento feliz que ofrece siempre la vida a bordo de los grandes transatlánticos, yo consideraré largamente premiadas estas líneas.

Sólo me resta añadir que están escritas en el mar —desde el día 21 de septiembre—, hora por hora y día por día, y que las publico sin tachaduras ni enmiendas, tal como entonces las escribí.

(1) Este capítulo y el titulado “Dos semanas en el mar” son del señor Martínez Kleiser. (Nota del editor.)

DOS SEMANAS EN EL MAR

15 de septiembre.

Me encontraba en Cuenca; preparaba un viaje al norte de Africa, para donde había de embarcar el día 28.

Por la mañana me trajo el correo una carta con sello de urgencia. Era portadora de un ruego. El de que embarcase seis días más tarde con rumbo a la Argentina. El ruego encerraba una orden para mí. Di en el acto media vuelta a la rueda del timón de mis propósitos; cambié de ruta y anuncié a quien me requería que, en vez de embarcar el 28 para Africa, embarcaría el 21 para Buenos Aires.

20 de septiembre.

Desde Cuenca a Valencia, donde había de embarcar, podía hacer el viaje en tren, en el automóvil de línea o en el mío.

El tren retrocede desde la ciudad del Cáliz y la Estrella hasta Aranjuez, en busca de la línea general. Tenía que hacer transbordo; era largo; no me convenía. En mi automóvil no cabía todo mi equipaje y yo no quería separarme de él. Me despedí, pues, de mi automóvil y salí de Cuenca en el de línea, a las siete de la mañana.

Minglanilla. Larga parada. En el centro de la plaza vi una jaula de hierro. Los monos, en los parques zoológicos, se encierran en jaulas semejantes. Me acerqué a ver si allí los había. Vi que guardaba el brocal de un pozo seco.

Las cuevas de Contreras, pintorescas, interesantes. Un tajo profundísimo parte en dos la elevada meseta. La carre-

tera se vuelve loca; cambia de dirección a cada instante; traza eses y curvas; vuelve sobre sí misma; desciende siempre; cruza, por fin, el río en el fondo de la garganta; emprende la subida por la vertiente opuesta; nuevas eses de beodo; espirales de muelle; muchos zigzags de chispa eléctrica; siempre subiendo, hasta que llega arriba. El total del trazado es como un puerto al revés; en los puertos hay que salvar una cumbre; aquí se salva un abismo. Adelante.

Muchos pueblos, muchas paradas, mucho polvo, muchas horas.

Utiel. ¡Las tres y cuarto de la tarde! Valencia. Yo creí que ya estaríamos cerca de la Argentina.

Fuí a la casa consignataria. Orden de embarcar al día siguiente, a las nueve de la mañana. Me guardaron la consideración de permitirme que no fuese a bordo hasta las once.

21 de septiembre.

Llegué a la hora citada al pie del *Cabo San Agustín*. Aglomeración. Muchos coches, muchos equipajes. Un cordón de gente que subía por la escala. Una hora para conseguir que subieran mis maletas. Mientras tanto, contemplaba con interés la hermosa motonave. Iba a ser mi casa durante sesenta días. Me inspiró confianza desde el primer momento; gallarda, gigante, esbelta, erguida de proa, domadora de olas y vencedora de tempestades. Me pareció invencible.

En el portalón me pidieron el billete y el pasaporte. Llegué a mi camarote, situado en el puente A, después de subir dos pisos, y empecé a distribuir ropas y objetos en el armario.

Cuando, más tarde, encontré al capitán, D. Rufino Iglesias Arana, me dijo que había recibido instrucciones de Ybarra y Compañía, de Sevilla, encargándole que me guardase todo género de consideraciones y diese orden de que se me facilitase cuanto pudiera necesitar. Por ser tan inmerecida esta deferencia, vengo obligado a consignarla aquí, con el testimonio de mi gratitud. Del capitán, de los oficiales, de los sobrecargos, del capellán, del doctor, del jefe de máquinas, de los radiotelegrafistas, del mayordomo, de todo

el personal enrolado en el buque recibí atenciones inolvidables (1).

La perspectiva del viaje abría ante mis ojos un interrogante enojoso: ¿Me marearía? ¡Mis travesías por mar, hasta entonces, habían sido siempre tan cortas! En el estrecho de Calais, el golfo de Nápoles y el recorrido desde esta última ciudad hasta Palermo se encerraba todo el escenario de mis andanzas marítimas.

(1) Quiero consignar aquí los nombres de todos, como expresión pública y perdurable de reconocimiento. Esta es la lista de la alta dotación del barco, que ya se ha transformado para mí en una lista de amigos:

Capitán, D. Rufino Iglesias Arana.
Primer oficial, D. Enrique Martínez.
Segundo oficial, D. Vicente Palacios.
Tercer oficial, D. Angel López.
Cuarto oficial, D. Julián Garrastazu.
Quinto oficial, D. Fernando Ruiz.
Agregado D. Rafael García.
Agregado D. Tomás Larrinaga.
Agregado D. Vicente Barrena.
Agregado D. Joaquín Ruiz.
Capellán, D. José Baranda.
Médico, D. Manuel Alonso Guereta.
Radiotelegrafista primero, D. Gabriel Usera.
Radiotelegrafista segundo, D. Tomás Vega.
Sobrecargo primero, D. Elías Fuentes.
Sobrecargo segundo, D. Hilario Gorordo.
Jefe de máquinas, D. Ramón Murgoitio.
Segundo maquinista, D. Julio Sola.
Tercer maquinista, D. Manuel Guerrero.
Cuarto maquinista, D. Francisco Arizmendiarieta.
Cuarto maquinista, D. Antonio Rodríguez.
Quinto maquinista, D. Andrés Zulueta.
Mayordomo, D. José García de Mesa.

Y he de añadir a estos nombres, que después de una convivencia a bordo durante dos meses, estampo aquí, con cariñosa efusión y al del inspector de sobrecargos, Sr. Zaldondo, amabilísimo conmigo, los de aquellos consignatarios, cuyas bondades obsequiosas me obligaron también a gratitud: los Sres. Troncoso, que en Santos nos agasajaron espléndidamente, y los Sres. Jáuregui, Bordas y Ravina, que en Buenos Aires, Las Palmas y Cádiz nos colmaron de anabilidades obsequiosas. A todos la expresión de mi gratitud.

La campana nos llamó al comedor. Dos pisos más abajo del que ocupábamos se hallaba el comedor general; pero los pasajeros de primera teníamos reservado otro, de veintidós plazas, en el que tenían puesto también el capitán, el doctor y el sobrecargo. Su puerta se abría al pasillo transversal, donde se encontraba mi camarote. Encima se hallaba instalado el camarote del capitán. Este cedió la presidencia al señor Obispo de Madrid-Alcalá, se sentó a su derecha y me designó puesto a la izquierda del prelado.

Todos los detalles de aquellos primeros momentos se han grabado imborrablemente en mi memoria.

Tomamos asiento en los silloncitos fijos giratorios. Comí con apetito; encontré selecto e interminable el *menu*. Encendí un cigarro. El miedo al mareo había desaparecido. ¡Cómo marearse si el barco no se movía!

Salimos a cubierta. Pasamos por delante del cabo San Antonio. A las tres y media Játiba pintó a lo lejos unas alegres pinceladas blancas sobre la tierra gris. Una hora después, cabo Nao se adelantó hacia nosotros en el mar para saludarnos. El faro parecía una paloma posada sobre su cumbre. Debajo, en la roca cortada a pico, a cien metros de nosotros, bostezaban espantosamente las bocas misteriosas de unas cuevas fantásticas.

A mi lado oí en aquel momento este pintoresco trozo de diálogo:

—¿Ha ido usted a América alguna vez?

—No, señor.

—Entonces hay que marearse.

Y volví a sentir el miedo del mareo. Me alejé.

Seguimos avanzando a lo largo de la costa que nos deleitó con sus variadas perspectivas.

Entretanto, el señor Obispo acoplaba, ayudado amablemente por el capitán, el horario de las 86 misas que se habían de decir al día siguiente a bordo, desde las cuatro a las nueve de la mañana.

Cuando llegaron las once de la noche aun continuaban empeñados en esta labor; se diría que estaban componiendo un rompecabezas.

Salí un momento a cubierta. La luna dejaba caer brochazos de plata sobre el mar. A lo lejos se dibujaba borrosamente la tierra sombría, en torno a las luces de Cartagena. Los ojos de luz de los faros parpadeaban en la obscuridad. Empezamos a trazar la diagonal en busca del estrecho.

22 de septiembre.

El ruidillo del motor, o, mejor dicho, su vibración sorda y continua, que pronto había de convertirse para mí en canción de nana, no me dejó dormir.

Por la mañana los sacerdotes decían misas en el salón, en los pasillos, en el *tranvía*, en la capilla, en todas partes.

Cuando estábamos desayunando, vinieron a llamar al capitán. Subió en seguida al puente. Un barco que había embarrancado a nueve millas del lugar en que nos encontrábamos pedía socorro. Abandonamos nuestro rumbo para ir a prestarle auxilio. Acaso íbamos a presenciar una maniobra interesante. Subí al puente también. La amabilidad del capitán me permitía esta licencia. Desde allí se veía el mar a mis pies como desde el balcón de un cuarto piso. El radio de visión hasta la circunferencia del horizonte medía 15 kilómetros. El Mediterráneo parecía un estanque. El barco no se movía. Avanzaba majestuoso y solemne, como un señor que manda. Gran domador de la gran fiera, conseguía que ésta le lamiese blandamente, mientras él hendía su músculo flúido con el alfanje de la proa. Detrás de su paso, como los genios, como los héroes, dejaba una estela plateada, fosforescente, diamantina: inmenso surco de arada abierto sobre la llanura por la reja de la quilla y por las vertederas de las hélices. Entretanto, los marinos, ingenieros que saben trazar caminos al mismo tiempo que los recorren, alma y cerebro de la nave, la dirigían con las riendas del timón, buscando el rumbo con los ojos de la brújula.

Para entretener el tiempo bajé al bar, situado cuatro pisos debajo del puente de mando. Al atravesar uno de los amplios pasillos de camarotes fijé mi atención en uno cuya puerta, más ancha que las restantes, estaba cubierta por una

cortina blanca. Un rótulo rezaba encima de la puerta: SALA DE OPERACIONES. Alguien llegó en aquel momento a pedir que fuese un practicante al 90. Sentí vivos deseos de preguntar quién estaba enfermo. La discreción me lo impidió. En aquel gran pueblo no nos enterábamos de nada. El vecino —todos lo eran— estaba tan lejos de nosotros, si su camarote se hallaba en otra banda o en otro piso, como los habitantes de distinto barrio de una misma ciudad.

En aquel momento se supo que el barco embarrancado no necesitaba ya nuestros auxilios. Rectificamos nuevamente el rumbo y continuamos el viaje.

A las doce colocaron en las tablillas el parte de situación al mediodía. Decía así:

“Horas navegadas: 22,30.

Viento: Calma.

Mar: Bella.

Velocidad horaria: 16,31 millas.

Millas recorridas desde Valencia: 456.

Faltan hasta Cádiz: 89.”

Aquel día averigüé que iban enrolados entre la oficialidad cinco capitanes a bordo. Uno con mando de tal y cuatro con cargo de oficiales, aunque en posesión del título. Y sentí una tranquilidad muy grande al saber que íbamos conducidos por marinos tan competentes.

Pasamos el Estrecho. ¡Magnífico espectáculo! Europa y Africa elevan sobre la costa sus montañas para contemplarse de lejos y adelantan sus brazos de tierra, como deseosos de enlazarse. El mar se cubrió de pequeñas rompientes blanquísimas. Me hicieron pensar en un rebaño de ovejas pastando sobre una inmensa pradería. El barco, bajo el efecto de la *corrientada* que siempre inquieta las aguas en aquel sitio, dió unas cuantas cabezadas solemnes. Pareció que saludaba a los dos continentes, con empaque de gran señor.

Subí nuevamente al puente en busca del capitán. Su charla era simpática e interesante. Su cara, ancha y redonda como el horizonte del marino, pregonaba un carácter franco y no-

ble; su mirada lejana acusaba una larga costumbre de sondear constantemente el infinito. Me dijo que llevaba veinte años de capitán; que había cruzado 144 veces el Atlántico y que, a pesar de esto, cuando un periodista le preguntó, hacía poco tiempo: “¿Puede usted contarme algo de su vida marina?”, tuvo que contestarle: “Nada”. Porque, en efecto, todos sus años de navegación no le habían ofrecido nada que contar. “Ya es suerte”, añadió.

Un barco *menor de edad* que pasaba entonces a nuestro lado nos pidió puesto en nuestro diálogo para el tema de los abordajes.

El capitán me recitó en español, italiano e inglés unos versos que saben todos los marinos, compuestos en todos los idiomas, donde se prescriben las reglas para evitar tan graves siniestros. Como son muy curiosos, creo interesante transcribirlos, después de advertir a quienes lo ignoren que los colores de las luces de situación en los barcos son rojo a babor y verde a estribor, y que se llaman babor y estribor, respectivamente, los costados izquierdo y derecho de las embarcaciones, mirando en dirección a la proa. Dicen así:

Si da verde con el verde,
o encarnado con su igual,
entonces nada se pierde;
siga a rumbo cada cual.

Si ambas luces de un vapor
por tu proa has avistado,
debes meter a estribor,
dejando ver tu encarnado.

Si a estribor ves colorado,
debes con cuidado obrar;
cae a uno u otro lado,
para o manda ciar.

Si acaso por tu babor
la verde se deja ver,
sigue avante, ojo avizor;
débese el otro mover.

Está siempre vigilante
y ten presente, además,
que si hay un riesgo delante,
debes parar o ir atrás.

En realidad, si se cumplen rigurosamente estas normas, resultan los abordajes imposibles.

En inglés empiezan los versos:

*Green to green or red to red
perfect safety go ahead.*

Y en italiano:

*Risponda il rosso al rosso, il verde al verde;
avanti pur; la nave non si perde.*

Desde el puente de mando, por una puertecilla, se pasa al despacho del capitán. Sobre su mesa, presidiendo la habitación coquetona y agradable, un marco encierra el retrato de su mujer y de sus hijos: los queridos seres ausentes, cuyo dulce y constante recuerdo es a la vez consuelo y tormento de su espíritu. En el fondo del mío, rendí un tributo de admiración al resignado y silencioso sacrificio permanente que se encierra en la vida solitaria y añorante de los marinos. Al lado del despacho está la alcoba, presidida a su vez por la Virgen del Carmen. En una vitrina, alumbrada por una lucecita roja que no se apaga nunca, vela, protectora, una imagen de San José de la Montaña. Inmediato a la alcoba le ofrece sus servicios el cuarto de baño.

Volvimos a salir al puente. El timonel, inmóvil como una estatua, con los ojos fijos en la brújula, hacía girar incesantemente aquella rueda que también podía llamarse de la fortuna, puesto que evitaba las desgracias que siempre acechan en el mar al navegante. Los oficiales de guardia, desde los extremos exteriores, inspeccionaban la lejanía. Cuando el capitán daba una orden se obedecía en el acto ciegamente, con una muda disciplina que pudiera servir de ejemplo a las más rigurosas de la tierra.

Trafalgar. Luego Cádiz, a lo lejos, surgiendo del mar como



Camino de Buenos Aires. El Cardenal Pacelli recibe el saludo del Sr. Pita Romero en Barcelona

un manojo de azucenas. La *corrientada* del Estrecho nos había retrasado una hora. Pronto se adelantó el práctico en su cascarón a nuestro encuentro. Disminuyó nuestro barco la marcha. A pesar de ello, el del práctico no pudo al principio darnos alcance. Fué una verdadera caza en la que, al fin, nos dejamos cazar; nos dejamos pescar, puesto que estábamos en el océano. Se pegó a nuestro costado; la mosca se posó sobre el elefante. Y un hombre, con agilidad de mono, se colgó de una escala vertical fija en nuestro casco y trepó por ella hasta hundirse a través de un agujero abierto en las entrañas del monstruo. A los pocos minutos llegó al puente; se encargó del mando, y media hora después atracábamos en el muelle.

23 de septiembre.

Se había fijado la salida para las doce y quise aprovechar las primeras horas de la mañana para visitar tesoros artísticos y poéticas encrucijadas de la ciudad riente. Robó algún tiempo a mi propósito una entrevista con el corresponsal de un periódico inglés y una lectura que hube de escuchar a un compañero: quiero decir a un aspirante a literato. Por cierto que, mientras mi espíritu escuchaba, mi vista sorprendía en las líneas de su bien escrito trabajo faltas ortográficas lamentables, que me hicieron pensar en los valiosos resultados que iba a ofrecer en aquel caso la colaboración del linotipista y el escritor. Porque ninguno de los dos sabían *escribir*: el primero ignoraba la ortografía; el segundo carecía de inspiración; y, sin embargo, del concurso de ambos resultaría la obra perfecta. Por fin escapé escala abajo en busca de la ciudad, de aquella paloma blanca que me esperaba con las alas abiertas.

Vi el incomparable San Francisco, del Greco, y los deliciosos cuadros de Murillo; di un rápido paseo por la población, mientras creía contemplarla saliendo del océano como un altar levantado ante el retablo de las rutas marinas y mientras me parecían sus calles luminosas pliegues profundos de la sabanilla inmaculada.

Regresé al barco. Sonaron los tres avisos de salida; des-



El Secretario de Estado del Vaticano y representante de Su Santidad en el Congreso Eucarístico de Buenos Aires, Cardenal Pacelli (x), con el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Tedeschini (1); Cardenal Arzobispo de Tarragona, Dr. Vidal y Barraquer (2); Obispo de Barcelona, Dr. Irurita (3), y otros Prelados, es saludado a su paso por el puerto de Barcelona a bordo del *Conte Grande*

Foto Branguil

pegamos; se volvieron locas las hélices; empezamos a separarnos de la tierra. Mi pecho, con un grito estentóreo que no salió de mis labios, pero que ensordecíó mi alma, vitoreó a la España querida, de cuya silueta me alejaba al mismo tiempo que yo la sentía cada vez más cerca de mi corazón.

Entramos en el comedor con retraso. El horario señalaba las doce y media y las siete y media para almorzar y comer, respectivamente, y entonces había sonado ya la una.

En la mesa me enteré de que los ricos helados que nos servían procedían de Buenos Aires. Cuando salimos de nuevo sobre cubierta estábamos ya en alta mar, y sólo con el auxilio de los gemelos pude despedirme de un borroso perfil costero que se desvanecía como una ilusión.

Alquilé una silla plegable y en ella reposé un rato, con la vista y el pensamiento perdidos en la inmensidad oceánica de la materia y del espíritu.

Estábamos en un gran pueblo de 630 habitantes; un pueblo separado del mundo, independiente, sin guardias de Asalto, ni Guardia civil, ni alcalde, ni gobernador; un pueblo disciplinado en el que todos obedecen y un pueblo culto en el que todos son libres. Aquella sociedad tan rudimentariamente organizada, bajo normas tan simples, era más perfecta, sin embargo, que las sociedades de la tierra.

Bajé al bar. Las numerosas mesas estaban ocupadas. En muchas se jugaba. Después di un vistazo a los escaparates del bazar. Luego acudí a proveerme de tabaco en el estanco, que acababa de abrirse. Subí al salón, donde se charlaba y se leía. Salí a las toldillas y vi por todas partes mucha animación. Sin embargo, el barco, a juicio de los que no se habían embarcado nunca, se movía un poco y algunos empezaban a sentir los primeros síntomas del mareo.

El capitán hablaba con unos y con otros, siempre en tono un poquito mordaz, vigorizado por la hermosa brusquedad del marino. "En el mar —decía— no pida usted más que sinceridades y rudezas. El mar lo exige; el mar emplea siempre ese lenguaje de las olas, que azotan o acarician, sin hipocresía ciudadana." En efecto, pronto pude ver que se enfurrufaba y se desenojaba como el mar. Y que, detrás de sus apa-

rentes sequedades, asomaban con frecuencia en sus ojos las nieblas de la emoción.

Por la noche trabajó de nuevo con el señor Obispo en acoplar el horario de misas para los sacerdotes que habían embarcado en Cádiz. Entre todos se habían de decir diariamente a bordo 106.

Cuando me retiré a mi camarote, el balance era más fuerte, y en mi inexperiencia marinera tenía que buscar apoyos en los muebles para no perder el equilibrio.

24 de septiembre.

Me bañé en agua de mar. Me propuse desde aquel día empezar una verdadera cura de aguas.

Se decían misas en los dos altares del barco y en otros diez portátiles que habían llevado los peregrinos. Hasta en una de las enfermerías —por fortuna innecesaria— se instalaron dos. En la capilla se improvisó un sagrario y ante él velaron, desde el primer momento, turnos de fieles.

El balance era más intenso que el día anterior. Enjambres de niños jugaban, sin embargo, bajo las toldillas de popa. Me enteré de que iban con nosotros algunos ancianos de más de ochenta años y un niño de menos de ocho meses.

A las doce en punto sonó la sirena; nuestros relojes señalaban las doce y treinta y cinco. Habíamos, pues, atrasado treinta y cinco minutos o, lo que es lo mismo, nos encontrábamos nueve grados al este del meridiano de Greenwich.

A la hora del almuerzo hubo bastantes bajas en el comedor grande.

Después el mar empezó a dulcificarse, el balance disminuyó, se nubló el sol y, en cambio, se despejaron muchas caras de las brumas del mareo.

La vida a bordo empezó a entrar en cauces de hábitos que hubieran sido monótonos si no los amenizasen constantemente matices de interesante variedad.

Por la tarde, sobre la escotilla de proa, se montó un altar; se hicieron unas pantallas de papel para evitar que el viento apagasen las velas; se fabricó un incensario de un cenicero de

plata y unas cadenas que facilitó un electricista; se hizo carbón (1) de unas astillas de madera y, una vez ultimados estos preparativos, se celebró un acto religioso: exposición mayor, rosario, plática conmovedora del señor Obispo y bendición con el Santísimo. La impresión que produjeron estos actos en el templo del Atlántico, bajo la bóveda del cielo, fué inolvidable.

Por la noche entretuvo a los pasajeros una proyección de cine. Yo preferí acostarme temprano; tenía sueño.

25 de septiembre.

Al despertarme observé que el barco no se movía. Cuando salí a cubierta contemplé el mar mágicamente tranquilo.

Después del desayuno fui al cuarto de derrota, donde el capitán me enseñó nuestro camino, trazado con un lápiz sobre la carta. Parecerá mentira, pero en aquella soledad era una especie de compañía aquel puntito que situaba sobre el mapa el lugar que ocupábamos en el océano. La noche precedente habíamos dejado a estribor las islas Canarias. En las tablillas se fijaron hojas escritas a máquina que contenían un detallado compendio de las últimas noticias de todo el mundo. Era el periódico de a bordo. Lo redactaban los radiotelegrafistas con la información que recibían a media noche. Estábamos, pues, aislados del mundo, pero en contacto con el mundo.

A las doce estábamos a 40 millas de Cabo Jubi. El parte del mediodía nos enteró de que habíamos recorrido 402 millas en las últimas veinticuatro horas y de que nos faltaban 3.584 para llegar al puerto de Santos, en el Brasil.

Por la noche la luna, celosa de todo otro brillo que no fuese el suyo, apagó las luces estelares y pintó sobre las aguas el caminito de Santiago que había borrado en la bóveda del cielo.

(1) No lo había a bordo, porque hasta sus cocinas son eléctricas.

26 de septiembre.

Me despertó mi camarero para entregarme un radio. Pensé un momento en la diferencia enorme que existe entre esta navegación y la de nuestros antepasados. La radio, el goniómetro, la sonda eléctrica, las cartas, los faros, los motores, las dimensiones de los buques han suprimido gran parte de los riesgos; las cámaras frigoríficas han hecho innecesarias las latas de galleta y de conservas; las comodidades de todo género convierten a los modernos transatlánticos en grandes hoteles flotantes. De cuanto hay en la tierra sólo nos faltaba la tierra misma. Comunicábamos con los barcos que nos rodeaban, invisibles detrás del horizonte; con el continente que dejábamos atrás y con el que nos esperaba; resolvíamos nuestros asuntos en esta ciudad o en aquella nación utilizando al éter como notario y recadero. ¡Qué maravilla! ¡Bendita mil veces la radio! El despacho que acababa de recibir me había traído un disgusto. ¡Bendita mil veces la radio?

Inspiraba tanta confianza el buque, que ningún pasajero se había preocupado de averiguar el número del bote que le correspondería ocupar en caso de siniestro. Este número aparecía consignado en una chapita de metal colocada sobre la puerta de cada camarote. En el mío decía: *Bote número 7*. Por curiosidad, salí a cubierta y lo busqué. Era capaz para 67 pasajeros. Como él había ocho; otro de 32 plazas, dotado de radio; otro de 36, y dos de 16. En total se podían calocar en los 12 botes 636 personas. Cada bote estaba dotado de agua y galleta suficiente para veinticuatro horas; parecerá poco tiempo, pero es más del que se necesita para recibir hoy socorros en el mar. Confieso que estas investigaciones y la contemplación del chaleco salvavidas colocado bajo mi cama me pusieron triste. ¡Es tan espantosa la idea de un naufragio! Todo está previsto y resuelto teóricamente; pero ¡son tan difíciles y requieren tanta pericia y tanta serenidad las operaciones de un salvamento!

Volvimos a sentir balance; pero cada uno de los pasaje-

ros se había convertido ya en un pequeño lobo marino y ninguno le daba importancia.

La sirena nos enteró aquel día de que daban las doce cuando ya había sonado la una en Madrid. Nuestros relojes se habían retrasado más de una hora en tres días. Habíamos recorrido 1.200 millas desde Cádiz y nos faltaban aún 3.175 hasta Santos. Nos encontrábamos en el mismo paralelo en que vierte sus aguas el río Senegal y a una distancia relativamente pequeña de su desembocadura. El primer oficial, con quien charlaba largos ratos sobre el puente, tendiendo la vista insaciable sobre la inmensa llanura oceánica, me dijo que aquella tarde, de tres a cuatro, nos cruzaríamos con el *Cabo San Antonio*, que regresaba de Buenos Aires. Como venía con rumbo a Las Palmas, pasaría a muchas millas de distancia al oeste de nuestro rumbo, y no le veríamos.

El capitán estaba muy contento de la velocidad desarrollada. Enamorado de su barco, hacía adivinar en sus palabras un vivo deseo de alcanzar a alguno de los buques que nos precedían. Tal vez íbamos haciendo una regata sin saberlo. Lo único que le contrariaba era que no teníamos balance. Decía que con esta calma le estaban perdiendo el respeto a la mar hasta las viejas.

Habíamos pasado la línea del trópico de Cáncer; estábamos a unos 17 grados de latitud dentro de la zona ecuatorial y hacía un calor asfixiante; la atmósfera pesaba como un cuerpo sólido. A veces bajaba a tomar al bar un refresco y a veces me invitaba el capitán en su despacho. Durante la comida hicimos un consumo grandísimo de hielo; llegaban los cubillos de plata llenos de adoquines transparentes y en seguida empedrábamos con ellos las superficies bebibles.

Por la tarde acudió más gente que nunca a la función religiosa diaria. A los peregrinos se iban sumando poco a poco los pasajeros indiferentes. Aquella sencilla solemnidad en medio del mar y bajo el cielo, hacía vibrar de una emoción desconocida muchos corazones aletargados.

Después de acabada la función, estábamos paseando sobre cubierta cuando corrió por todos los grupos la noticia de que

el *Cabo San Antonio* había aparecido por la proa en el horizonte. "¡El *Cabo San Antonio!*", gritaban muchas voces por todas partes. Y la gente corría buscando lugares estratégicos para verlo pasar. Era ya de noche. Yo subí al puente. El primer oficial me dijo, después de calcular la velocidad de ambos, que tardaría veinte minutos en cruzarse con nosotros. Miré con los prismáticos hacia una lucecita que parecía una lamparilla colgada del cielo. Gracias al antejo pude ver todas las luces del barco. Se aproximaba rápidamente. El *San Antonio*, según me dijo el capitán entonces, había querido guardar a la peregrinación que iba en nuestro buque la deferencia de abandonar su rumbo para buscarnos, y así se lo había hecho saber por un radio. Nosotros habíamos navegado también en busca de nuestro compañero. El momento de nuestra virada inquietó mucho al pasaje. Había viento y marejada de popa y, al cambiar el rumbo, entró ésta de repente en el barco por estribor, haciéndole dar grandes bandazos que sorprendieron a todos y amedrentaron a muchos. Pero el deseo de presenciar aquella escena nueva fué un sedante para la mayoría. Pronto pude ver la luz verde del barco vecino. La satisfacción del descubrimiento se desbordó de mi garganta en alta voz. El capitán, al oírme, me miró severamente y se llevó un dedo, en posición vertical, a los labios. En aquel momento no debía sonar allí más voz que la suya, perfectamente clara para el timonel. Una orden mal entendida, una guifiada inoportuna podría tener graves consecuencias. Ya se veían las luces del *Cabo San Antonio* a simple vista. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos barcos encendieron sus focos a la vez. El que se acercaba ofrecía de lejos el aspecto de la terraza de un gran casino en día de festival. Los pasajeros gritaban con una emoción que parecerá pueril a quien no la haya experimentado; se comunicaban a voces sus observaciones y sus sentimientos; corrían de un lado a otro por las galerías, bajo las toldillas, sobre los puentes. Nuestro barco atronó tres veces el espacio con la sirena. El otro barco contestó. Unos cohetes de luces parecieron querer clavar nuevas constelaciones de luces sobre el cielo. Nos cruzamos entonces a 200 metros de distancia. Aquel pueblo flotante que

pasaba rápidamente, como un sueño, ante nuestros ojos, volvía a España, a la España querida, de la que también rápidamente nos alejábamos. El espectáculo era magnífico. ¿Qué pasó en nuestros corazones? “¡Qué hermoso! ¡Qué emocionante!”, oí que exclamaban a mi alrededor. A pesar de todas las prohibiciones, los pasajeros habían invadido el puente de mando. Los pañuelos se agitaron en la oscuridad como una bandada de gaviotas que levantaba el vuelo. De todos los pechos salió un estentóreo “¡Viva España!” Luego, todos quedamos en silencio, mientras ambos buques volvían a sus rumbos y las luces del *San Antonio* se hundían otra vez en la oscuridad. Entonces el capitán comentó sencillamente: “¡Cómo nos encontramos, a pesar de ser la carretera tan ancha!” En efecto, estábamos a más de 1.000 millas de España y a más de 3.000 de Santos, *perdidos* en el desierto oceánico, y, sin embargo, acabábamos de ver la inmensidad reducida a una línea y en ella nos acabábamos de cruzar sabiamente, casi mágicamente, con el otro buque, como se cruzan dos expresos en una línea férrea de doble vía.

27 de septiembre.

Por la noche hizo un calor horrible, a pesar de que dejé abierto el ojo de buey de mi camarote. El baño de agua salada, al levantarme, fué un espléndido regalo. A la hora del desayuno me dijo el capitán que se había visto obligado a prohibir las duchas después de las diez de la mañana, porque el día anterior se había aumentado en 11 toneladas el consumo de agua dulce. Este dato ponderaba el rigor de la temperatura mejor que pudieran hacerlo mis palabras.

Pasábamos aquel día entre Cabo Verde y las islas del mismo nombre, aunque tanto unas como otras tierras se hallaban fuera del alcance de la vista.

Subí al puente; el primer oficial me dijo que el agua tenía en aquellos parajes unos 30 grados de temperatura. Estábamos, por tanto, en el centro de un inmenso recipiente en el que casi se podían tomar vahos.

Por el parte del mediodía nos enteramos de que habíamos recorrido ya 1.598 millas desde Cádiz. Nos faltaban 2.777 hasta Santos.

A la hora de la comida surgió de nuevo en nuestra conversación el tema del derroche de agua. El barco había salido de Cádiz con 640 toneladas y gastaba normalmente de 40 a 45 cada día. Los ventiladores giraban vertiginosamente. Recibimos el obsequio de unos oportunos abanicos. Unos y otros nos sirvieron la ilusión de una caricia de fresco.

El calor aumentaba. A la hora de la siesta di un paseo y pude ver que en todas las galerías y en las toldillas buscaban inútilmente algo de brisa los pasajeros, agotados. Los camareros pasaban a mi lado llevando en amplias bandejas bebidas refrescantes.

Yo iba siguiendo nuestro derrotero sobre la carta con verdadero interés. En ella veía que habíamos arrancado de la altura del norte de Africa y teníamos que llegar al paralelo del Cabo de Buena Esperanza, en el extremo sur del continente. Y me recreaba haciendo viajes, que sobre la carta me parecían facilísimos, desde aquel punto, testigo en ella nuestra situación, a Guinea, a las Antillas, al mar de la India doblando el Cabo, al Pacífico por el estrecho de Magallanes; ¡todo el mundo era mío!

Mi vida tenía pocas variaciones: trabajaba en el despacho del capitán, paseaba para descansar del trabajo, volvía al trabajo para descansar del paseo, hasta que la noche me pedía el descanso de ambas cosas en unas horas de reposo total. Pero como el reloj se retrasaba todos los días, todas las noches nos acostábamos más tarde, aun cuando siempre lo hacíamos a la misma hora. Esta es la divertida paradoja de los viajes hacia el Oeste.

Aquella noche, cuando me disponía a retirarme a mi camarote, después de charlar un rato con el primer oficial sobre el puente, sonó un timbre de alarma y se encendió en un cuadro una luz roja: todo un efecto de película policíaca. El timbre daba el aviso de que se había apagado una luz y la luz roja denunciaba que había sido la situada en lo alto del palo trinquete. Todos se movilizaron. Un marinero trepó al

palo entre las sombras. A los pocos minutos la luz dormida había despertado otra vez. La previsión mecánica velaba también por nosotros.

28 de septiembre.

Había llovido mucho por la noche. El calor era sofocante. El cielo, con un anillo de nubes blancas en toda la circunferencia del horizonte, hacía recordar el cerquillo canoso que rodea las cabezas calvas de los viejos franciscanos.

Cuando menos podía esperarse, se nublaba el sol y caían chubascos violentos que no duraban más de diez minutos. Eran ya las lluvias del Ecuador, rápidas, torrenciales, pasajeras como los enfurruñamientos de los niños mal educados.

El agua del mar era caliente; la lluvia, caliente; el aire, pegajoso; todas las energías desfallecían en el verano eterno de aquellas regiones. Muchos pasajeros sufrían alteraciones en su salud.

Sin ánimo para trabajar yo, me entretuve en el puente, viendo trabajar a los marinos. Y al verlos tomar las alturas del sol, al recordar que por la noche toman también las alturas de las estrellas, pensé que el camino del mar está trazado en el cielo.

Las aguas tenían aquel día una movidísima gama de colores. Plomo opaco derretido, en unos lugares; acero bruñido, en otros; irisaciones de perla en la lejanía, bajo el sol; plata vieja en la sombra.

De improviso se pararon los motores; los pasajeros se preguntaron mutuamente, con algún recelo, la causa de aquella novedad. Quién pensaba en una avería; quién temía que hubiese caído alguna persona al agua. Sólo un mechero obstinado era la causa insignificante de tan respetable trastorno. A los pocos minutos los motores, provistos de mechero nuevo, volvieron a trepidar.

Durante la mañana cayeron cuatro chubascadas. Aquí y allí, nubes bajas, pesantes, despeinaban, rodeadas de cascadas de luz, parduscas melenas de agua.

Un altercado entre unos pasajeros hizo necesaria la inter-

vención del capitán. Recordándolo más tarde, me dijo éste, mientras golpeaba enérgicamente el suelo del puente con el pie: "Hasta aquí, Dios; de aquí para abajo, yo". Lo dijo sencillamente, sin énfasis ni jactancia; pero ¡qué verdad tan grande! En aquel cantón independiente, hasta el que no irradian su poder las autoridades de la tierra, sólo mandan Dios y el capitán.

Al anochecer nos visitó una tormenta tan fugaz como los chubascos. El cielo se inflamaba incesantemente en bruscas llamaradas. Muchos pasajeros corrían a esconderse asustados. Parecía que caminábamos en medio de un incendio. Los truenos rodaban detonantes sobre las cumbres de las olas, mientras verdaderas oleadas de lluvia barrían la cubierta. De repente, cesó el estruendo, como en las tempestades de teatro, y renació la calma.

Por la noche nos seguimos asfixiando en medio de una humedad cálida que mojaba la piel, las ropas, los objetos y que nos hacía saborear incesantemente el agua salada entre los labios.

29 de septiembre.

Cedió algo el calor. Un viento fortísimo levantaba marejadilla. Se había anunciado que pasaríamos el Ecuador aquella noche. Me leyeron un programa de las fiestas con que se había de celebrar al día siguiente el paso de la línea. Un programa bufo, escrito con el propósito de hacer reír, pero en el que se encerraba una cosa seria: el anuncio de una colecta destinada a costear los gastos que originasen los festejos.

El barco se movía bastante. Sus vaivenes habían cerrado el baúl-armario que llevaba en pie, constantemente abierto, en mi camarote.

Nos encontrábamos aproximadamente en el paralelo que pasa por el Amazonas y Fernando Póo. ¡El Amazonas! ¡Un río que tiene 3.000 millas navegables! ¡Casi tanta distancia como desde Las Palmas a Santos! ¡A qué inmensas tierras nos acercábamos! Llevábamos navegadas, según el parte del

mediodía, 2.360 millas desde Cádiz y nos faltaban 2.015 hasta Santos.

Se veía bastante gente mareada a bordo. Aquella mañana el viento había levantado en inesperado vuelo una silla extensible de lona, que fué a herir a una señora en la cara.

Desde hacía muchas horas no habíamos visto nada más que agua en torno nuestro; ni barcos, ni peces; ¡qué grandiosa soledad! ¡Qué impresionante monotonía!

Llegó la noche. El primer oficial me anunció que tocaría la sirena en el momento de pasar por el Ecuador.

Me acosté. Me dormí. Me despertó la potente voz mecánica. En medio del silencio de la noche, nos anunciaba a todos que cambiábamos en aquel instante de hemisferio. Otra vez me habló entonces en mi corazón con inesperada melancolía. ¡Qué lejos estaba de mis seres queridos! En mi subconsciente somnolencia, me sentí sacudido por un terror infantil al pensar en el desierto que me rodeaba, en la distancia que me separaba *del mundo*. Sentí un vacío angustioso en el alma, infinita tristeza. Me dormí.

30 de septiembre.

El capitán había cedido al señor Obispo su camarote y ordenó que montasen para él una improvisada litera en el cuarto de derrota.

Como domingo, a las nueve se celebró la misa oficial en el salón. Presidieron, con el capitán, todos los oficiales libres de servicio. Hubo sermón y faltó poco para que las encendidas palabras de la oración sagrada arrancasen un aplauso a los fieles.

No nos faltaban más que ¡1.634 millas! Una distancia enorme aún, que casi nos parecía ya una futesa.

El primer oficial me propuso que hiciésemos una apuesta. El la declararía perdida si yo era capaz de mantener el barco a rumbo llevando el timón. Confieso que me ilusionó la idea de conducir aquella mole gigantesca. Los domingos descansaban los timoneles, substituídos por los agregados. Osadamente ocupé en seguida el puesto en lugar del que estaba de turno.

Empecé a desgobernar. Tan pronto me desviaba del rumbo cuatro grados a estribor como cinco a babor. El barco no me obedecía; parecía un caballo fogoso cabalgado por un jinete inexperto. Caracoleaba, mientras todos se reían de mí. Yo



Fiestas a bordo en el paso del Ecuador

aseguraba que las guiñadas obedecían a las que yo tenía que hacer con los ojos, porque no distinguía los números del compás. Al fin, derrotado por el indómito cetáceo de acero, devolví la rueda al agregado. Los oficiales aseguraban, con razón, que, de continuar prestando aquellos servicios, hubiera llevado el barco a Madagascar o a Nueva York, o a cualquier otro puerto menos al de Buenos Aires.

Aquella mañana negrearon bajo las aguas las terribles sombras de algunos tiburones.

Por la tarde se reunió todo el pasaje, presidido por el capitán y la oficialidad en la toldilla baja de popa. En aquel lugar se habían de celebrar el bautismo de los pasajeros que cruzaban la línea por primera vez y los juegos organizados por la junta de pasajeros y el sobrecargo por solemnizar el paso del Ecuador. Ricamente ataviados con vistosas túnicas de seda, cubiertas de aplicaciones, que representaban variados ejemplares de la fauna marina, hizo su aparición, entre la general algazara, nada menos que el dios Júpiter, acompañado de su canciller, un ministro y dos pajecillos. Los vivos colores, el tridente dorado y la corona mayestática ofrecían una gran visualidad; las pelucas y los postizos ponían la nota cómica sobre la policromía del conjunto.

Empezaron a subir sobre la plataforma los neófitos, previamente alistados, quienes, después de probar más o menos voluntariamente la sal que se les daba en una cucharilla y de recibir un burlesco hisopazo, escuchaban la declaración: "En nombre del dios Neptuno, rey de los mares, al bautizarte solemnemente en sus predilectos dominios del Ecuador, te otorgamos el nombre de Tiburón... Sardina... Pulpo... Cabra... Besugo... Merluza..." Los nombres eran recibidos con carcajadas unánimes y estruendosos aplausos. Y terminaba la fórmula: "Con este noble nombramiento podrás circular por todos los mares, siendo respetado como corresponde a tu alta jerarquía." Las partidas de bautismo, litografiadas y firmadas por el capitán y el sobrecargo, eran entregadas a los —a ver cómo lo diría yo— a los *marecúmenos*. Cuando acudía ante los oficiantes alguna persona grave, era aclamada por la multitud. La presencia de una anciana ochentona arrancó una tempestuosa ovación.

Yo recibí también mi nombre de pila oceánica, aun cuando fui dispensado de la pública ceremonia.

Y desde entonces soy Tajamar, para servir a ustedes, en los extensos dominios del dios Júpiter.

Cuando todos los neófitos hubieron recibido aquel doctorado, empezaron los juegos.

Se colocaron primero tres hileras de platos ante unas grandes fuentes que contenían patatas. Jóvenes de ambos sexos, en sucesivas ternas, se disputaron los premios, tomando una a una las patatas y corriendo a colocarlas, una a una también, sobre los platos. La desesperada emulación entre los corredores, las caídas, los mil incidentes graciosos que, sin cesar, ocurrían, animaron cada vez más a todos y provocaron risas, cada vez más alegres.

Al convocar cada concurso, anunciaba el sobrecargo, con gravedad ceremoniosa, los premios que se habían de disputar en él: "Primer premio —decía—, un frasco de esencia"; y lo levantaba en alto. "¡Casi nada! —seguida pregonando—. ¡Ciento veinte pesetas!" Una gran carcajada acogía esta afirmación inverosímil. "Ciento veinte pesetas la docena" —concluía—; y el alboroto llegaba a ensordecer. Cuando veía ya preparados en línea a los corredores, prevenía: "A la una... a las dos... A las dos no puede ser porque son ya las dos y media." Nueva explosión de hilaridad. ¡Qué ingenuidad inocente la de aquellas horas en que los hombres, en medio del mar, alejados de los hombres de la tierra, volvíamos a ser niños!

Después el sobrecargo propuso otro juego: el de cortar serpentinas en dirección longitudinal, con rapidez y presteza, sin que la tijera hábil seccionase lateralmente la cinta.

¿Necesito decir que en este torneo las que cortaron... las serpentinas fueron las mujeres? ¡Qué maestría al manejar las tijeras!

Luego se proyectó otro concurso de destreza: *ir a la patita coja* hasta unos platos que contenían un huevo cada uno; colocar el huevo sobre una cuchara; sujetar la cuchara entre los dientes y volver, siempre sobre un pie, al punto de partida. ¡Cuántos proyectos de tortilla se dibujaron sobre el suelo!

Más tarde se invitó a los concursantes a sacar con la boca unas monedas del fondo de un montón de harina. ¡Cuántas caras de payaso había poco más tarde sobre cubierta! Menos mal que, entre los fracasados, como había harina, no hubo mohina.

Por último se organizaron carreras de sacos, y un entrete-

nimiento tan divertido para los espectadores como cruel para la cándida protagonista. El sobrecargo ordenó que colocasen varias botellas en pie, irregularmente repartidas por el suelo, y lanzó el reto de que no habría entre los presentes ninguno capaz de recorrer, con los ojos vendados, aquel espacio erizado de botellas sin derribar ninguna. Aceptó el reto una señorita resuelta, y el sobrecargo se brindó a servirla de lazarillo, llevándola del brazo y orientándola, mientras realizaba la prueba, con advertencias que le indicasen la situación de los obstáculos.

Vendió bien a la señorita; hizo retirar en seguida sigilosamente las botellas; le dió el brazo y empezó el avance. "Levante el pie izquierdo —decía el travieso lazarillo—; más... más." La infeliz concursante obedecía con una fe *verdaderamente ciega*. "Avance ahora el pie —continuaba su *avieso* conductor—; dé ahora el paso. Así; ya está libre." ¡Fueron de ver las figuras de baile y las posturas inverosímiles que sucesivamente hizo adoptar a la ingenua muchacha! Tan delirante llegó a ser el regocijo de los espectadores, que un destello receloso acabó de repente con la candidez de la crédula víctima, quien se arrancó inesperadamente la venda, mientras el sobrecargo huía de una posible y justa represalia.

Acabada la entretenida sesión, se trasladó el pasaje a la toldilla alta de popa, donde la función religiosa vespertina, serena y solemne, cerró, en vigoroso contraste con la que acabamos de presenciar, las emociones de aquel día.

Por la noche, las galerías y el salón lucieron iluminaciones de lámparas de colores y de farolillos de papel.

Delante de cada plato encontramos a la hora de la comida gorros vistosos, de caprichosas formas. Hubo que perder del todo la formalidad. Cayeron los gorros sobre nuestras cabezas y, con ellos puestos, entregados a la jubilosa expansión de los sabrosos comentarios, acometimos la empresa, casi heroica, de hacer frente a las amenazas de un menú pantagruélico, entre cuyos siete platos ocuparon puestos de honor langostas, cochinillos y perdices. Al descorcharse el champaña fui víctima de un atraco. No me dijeron *manos arriba*, pero sí *voz arriba*. Tuve que brindar, y levanté la copa por



Muestra de ganado seleccionado en la estancia de San Juan del Sr. Pereyra Iraola

los ausentes. No es fácil hacerse idea de la emoción que despertaba el recuerdo de los ausentes en la soledad del mar, a medio mundo de distancia de todos nuestros afectos y en un momento como aquel. Mirando furtivamente, pude ver que unas lagrimitas vergonzantes rodaban veloces sobre el rostro del capitán, como buscando aturcidas un refugio donde esconderse. ¡Cálido y silencioso tributo rendido por un corazón solitario a los eternos ausentes de sus amores!

Después de la comida vimos las luces de dos barcos. ¡Cómo alegraba *aquella compañía* después de tantas horas de aislamiento! Estábamos a la altura de Natal, y el mar empezaba a poblarse.

1.º de octubre.

Nos rodeaba gruesa marejada cuando nos despertamos. Muchos pasajeros sufrían las molestias de un mareo insoponible. Estábamos a 90 millas de Pernambuco. Pese a la marejada, no se había perdido el buen humor. Lo pregonaba el cartel que apareció en una tablilla: "No nos debe preocupar ser pecadores —decía—; todos llegaremos a Santos." En efecto, ya nos acercábamos a este puerto.

Se habían ido buscando y encontrando los viajeros procedentes de cada región y se reunían sobre cubierta para fotografiarse en grupos. Unos 30 asturianos me hicieron el honor de pedirme que me retratase con ellos. Estaban muy alegres. ¡Qué cerca estaban, sin embargo, de las amarguras que habían de hacerles sentir las noticias de la revolución!

La temperatura había refrescado mucho. El aire recobraba su fluidez, su vaporosidad.

Aquella mañana alcanzamos un barco de unas cinco mil toneladas. El mar continuaba poblándose, y yo experimentaba al verlo la misma impresión que me produciría en tierra el movimiento de los alrededores de una ciudad después de haber recorrido un camino desierto.

Estábamos, además, en comunicación radiotelegráfica con el *Zepelín*, que venía detrás de nosotros.

2 de octubre.

El periódico de a bordo nos ofreció la noticia de la crisis total en España.

El parte del mediodía nos enteró de que habíamos recorrido 3.520 millas. Sólo nos faltaban 855.

3 de octubre.

Se quedaron el mar y el viento. En cambio, se produjo un descenso brusco de la temperatura. Por la noche había tenido ya que cerrar el ojo de buey de mi camarote, y eso que aun no habíamos llegado al trópico de Capricornio.

A las once de la mañana vimos la costa americana por primera vez. Voy a decir una puerilidad más; la más grande de todas; mi emoción fué muy grande; Rodrigo de Triana...; no la digo. Aquella tierra de ensueño, regalada por Dios a España y por España al mundo, estaba ya allí; aquella tierra, teatro gigantesco de las más heroicas hazafias de nuestra raza, se asomaba al balcón del horizonte para recibirnos.

Aquella noche habríamos de pasar por delante de los Abrolhos, el peligroso escollo tantas veces nombrado durante el viaje, donde se inició la terrible tragedia del *Princesa Mafalda*, perdido poco después frente a Pernambuco.

El diario informativo de a bordo nos enteró de que había sido encargado de formar Gobierno el Sr. Lerroux.

Por la tarde apareció delante de nosotros el *Flandria*, hermoso buque holandés, que caminaba sobre nuestra ruta. Poco más tarde se hizo visible el *Orania*, gemelo suyo, de la misma Compañía, navegando a su encuentro. Una ballena lanzaba sus surtidores a babor, y al mismo tiempo los palos de un tercer barco invisible, que parecía sumergido, cortaron la línea de horizonte. Este último espectáculo me recordó los grabados que se ofrecen a los niños en los textos elementales de Geografía para demostrarles la redondez de la tierra.

El capitán y los oficiales vigilaban y trabajaban sin cesar, porque temían que la corriente de las aguas, observada casi siempre en estos lugares, nos abatiese hacia la costa. Toma-

ban la altura, utilizaban la sonda, consultaban la carta y hallaron por fin la certeza de que, en efecto, el agua nos había llevado hacia tierra seis millas. Se rectificó el rumbo, y continuamos avanzando, al alcance del *Flandria*.

De lejos presenciábamos los saludos que se hicieron éste y el *Orania* al cruzarse. El mismo momento de emoción para ellos que el que nosotros sentimos al cruzarnos con el *Cabo San Antonio*. Entonces el espectáculo nos interesó; pero sin emocionarnos. El *Orania* se cruzó con nosotros a bastante distancia. El *Flandria* siguió despeinando sus canosos mechones de humo en el aire, delante de nosotros. El capitán lo contempló sonriente, y dijo con vanidad ingenua: "Aprieta, aprieta, que yo te alcanzaré." Y, en efecto, poco a poco se fué haciendo más corta la distancia que le separaba de nosotros.

Aquella frase del capitán, unida a otras muchas que ya le había oído, me confirmó en el convencimiento de que sentía un gran amor por su buque.

Amor de novio unas veces, cuando pregonaba la belleza de sus líneas; amor de novia otras, cuando cantaba su valentía; rendimiento de admiración cuando describía sus condiciones marineras; desvanecimiento de orgullo cuando se consideraba voluntad e inteligencia de aquel organismo sumiso, poderoso y perfecto.

Se fué haciendo de noche; la costa, más baja, había desaparecido. Cumplió el deber de cortesía de saludarnos por la mañana, y al acercarse la noche se retiraba a descansar. Por estribor apareció otro barco, que pronto alcanzaron nuestros motores.

En aquel momento, el *Flandria* nos recreó con el magnífico espectáculo de sus luces, repentinamente encendidas.

Y una hora más tarde escuché en la escalera principal una voz que decía: "El *Flandria* ha quedado ya por la popa."

Era el capitán quien hablaba, con un entusiasmo tan jubiloso como el que pondría en sus palabras para darme la noticia de que un hijo suyo acababa de ganar unas oposiciones.

Por la noche vimos los faros de Santo Tomé, Santa Ana y Cabo Frío. Este hizo honor a su nombre. Me tuvieron que poner manta en la cama.

4 de octubre.

Por la mañana, al ir a sacar no recuerdo qué cosa del armario de mi camarote vi, con sorpresa, frascos tumbados, una cajita de cartón rota y todo en desorden.

Aquello era un absurdo. Tanto el camarero como la camarera que me estaban asignados, cuidaban siempre con esmero de mi ropa y de todos mis enseres y no podían ser culpables de aquel desarreglo. ¿Quién y con qué fines podía haber tenido el atrevimiento de curiosear indiscreta, torpe y dafinamente allí?

Aquella tarde habíamos de llegar a Santos y, como todos los peregrinos pensaban desembarcar, el señor Obispo dispuso que se retirase de la capilla la Sagrada Forma, ya que tendrían que interrumpirse los turnos de vela. Un peregrino tomó aquella Forma en comunión. Yo pensé que recibía una comunión de privilegio. En primer lugar, era *mayor* que las otras, y *única*, como las que emplean los sacerdotes para celebrar. Pero, además, había estado expuesta muchas veces; había bendecido todas las tardes a los pasajeros; había escuchado muchas preces y recibido muchos testimonios de adoración; era una Forma *con historia*; no una Forma *recién nacida* en el momento de consagrar. Con disciplinas de buen sentido, hice huir de la imaginación estos pensamientos intrusos.

A media mañana, intrigado por el misterio de mi armario, volví a curiosear en él. Hallé nuevo desorden en sus tableros. ¿Qué podía ser aquéllo? Por fin, ¡qué gracioso!, descubrí una cabeza rubia que asomaba en la boca de una gran caja de cartón y me miraba recelosamente. Era *la mascota* de a bordo; un precioso tigre de salón, que iba y venía todos los años seis veces a Buenos Aires; una gata que sentía indiscutible entusiasmo por la vida marinera.

A las tres de la tarde llegamos a Santos (1).

(1) Véase el capítulo titulado "El puerto de Santos en el Brasil".

5 de octubre.

Partimos de Santos al amanecer, mientras dormíamos. Llovía. La niebla intensa nos rodeaba de negruras, en complicidad traidora con las sombras de la noche. El recorrido de la ría, estrecha y tortuosa hasta salir al mar, fué de verdadero peligro; pero el pasaje no se enteró, y cuando salimos de los camarotes, ya estábamos lejos de la tierra.

Aprovechando la temperatura baja, quise hacer una visita a las entrañas del buque. Amablemente me acompañó el jefe de máquinas. Entramos en el ascensor y nos hundimos debajo de la línea de flotación, dentro del casco de hierro.

En seguida nos encontramos en la sala de máquinas; una magnífica sala de más de 18 metros de altura, en la que brillaban, agresivos, los metales, y cuya sabia complicación de maravillosos mecanismos no podría describir sin agotar la paciencia de los lectores.

En ella había dos motores Diesel, de 9.200 HP. cada uno; cuatro grupos electrógenos de 150 k. w., y 18 bombas de lastre, sentinas, refrigeración, motores y emergencia.

Estábamos en el centro del barco, que tiene 147,6 metros de eslora, o sea de largo, y 49,28 de anchura o manga, y rodeados de siete compartimientos estancos, dispuestos para evitar las consecuencias de los abordajes y encalladuras.

Desde esta sala entramos en los túneles que dan paso a los ejes de transmisión, camino de las hélices. Estas tienen 4,10 metros de diámetro, y los ejes que las imprimen el movimiento de rotación, y me parecieron gruesos troncos de palmera, alcanzan una longitud de 51,51 metros.

Luego fuimos a ver el aparato de gobierno del timón. Allí supe que éste tiene 7,80 metros de altura y 3,80 de ancho. Se mueve por la acción electrohidráulica de un motor de 18 HP., y tiene otro igual de reserva.

Cada uno de aquellos complicados mecanismos hubiera parecido hace unos lustros obra de magia, y el conjunto, un palacio encantado.

Después se unió a nosotros el mayordomo y, juntos, visi-

tamos las *gambuzas* o despensas, las cocinas eléctricas, la panadería mecánica y las cámaras frigoríficas; todo ello amplísimo, interesante, digno de aquella gran ciudad que se basta a sí misma. La gambuza del gasto diario ocupa 72 metros cúbicos, y ofrece, con sus estanterías y mostradores, la apariencia de una magnífica tienda de comestibles. En ella nos invitó el mayordomo a tomar un espléndido aperitivo. La gambuza general es mucho mayor: tiene 365 metros cúbicos; la cocina, dotada de toda suerte de aparatos mecánicos, 198 metros; la panadería, 78; la cámara de carne, 60; la de verdura, 77; la de pescado y aves, 26, y la de cerveza, 33. Todas estas dimensiones son también cúbicas, y las ofrezco a la curiosidad del lector, porque esta parte de los buques no suele visitarse. En total, ocupan las cámaras 196 metros. Todas las máquinas, los hornos de la cocina y la panadería son eléctricos; por eso en el barco de lo único quizá que se carece es de carbón.

Por el mayordomo supe que las provisiones costaban cada viaje 125.000 pesetas en España y unos 71.000 pesos en Buenos Aires.

Más tarde averigüé también que en cada viaje de ida y vuelta gastaba el barco, incluyendo todas las partidas, cerca de un millón de pesetas. Parecerá enorme la cantidad, y lo es, realmente; pero, a la postre, es una cifra de gastos, y otros buques tienen esa misma cifra de pérdida.

Por la tarde nos entretuvieron los peces voladores. Salían del agua en bandadas, con sus largas y estrechas alas extendidas e inmóviles; volaban unos metros, bastantes metros a veces, como aviones sin motor, y luego volvían a hundirse en el océano. Ya de noche, asistimos a un espectáculo verdaderamente fantástico: unas luces que parecían proceder de potentes focos submarinos, se encendían por todas partes, sembrando el agua, en toda su extensión, de verdosas fosforescencias. En las olas que salían rebotadas el chocar con los costados del buque sobre todo, brillaban unos segundos con vigorosa intensidad. Los pasajeros cubrieron en seguida las bordas para contemplar aquellas luminosidades mágicas, que daban al mar un aspecto magnífico.

El capitán no se separaba del puente ni paseaba por el buque como en otras ocasiones. La costa del Brasil es siempre peligrosa y exige una vigilancia continua. “¡Qué amargos son esos momentos! —me decía— en que avanzamos, esperando ver brillar un faro en el horizonte, y la niebla lo impide, y tenemos que caminar a ciegas, guiándonos sólo por la estima, el goniómetro y la sonda, que pueden engañarnos, y sin otra defensa, contra un posible e inevitable error, que dar espantadas para fuera!” Yo, al oírle, di una espantada hacia la cama. Y soñé con los bajos de la costa del Brasil.

6 de octubre.

Hacia frío; la niebla nos envolvía; la lluvia nos azotaba. La gente se refugiaba en el bar, en el salón, en el tranvía, en todos los lugares cubiertos. Esta es la segunda vez que cito *el tranvía*, y aun no he dicho que recibe allí esta denominación la galería cerrada que, mirando a proa, corre debajo del piso del puente. También llamaban los pasajeros *el Paraguay* a la cubierta superior del buque, sin duda porque está dotada de mesitas redondas, desde cuyo centro elevan su tronco unas grandes sombrillas o paraguas, como los que se instalan en las playas, delante de las casetas. Y habían bautizado con el nombre de *barrio chino* la galería inferior de popa, donde estaba instalada la carpintería y donde ninguna razón explicaba, como en los casos anteriores, el caprichoso apelativo.

A las tres de la tarde se recibió un radio del *Cabo Santo Tomé*, comunicando su situación y saludando a los peregrinos. Este, el *Cabo San Antonio* y el nuestro, son los tres buques iguales de la Compañía Ybarra que hacen la travesía a Buenos Aires. Los dos hermanos se buscaron, y a las cuatro y media de la tarde apareció la silueta del *Santo Tomé* en el horizonte. “Proa a él” —ordenó al timonel el capitán—. A pesar del mal tiempo, los pasajeros invadieron las cubiertas y las galerías laterales de todos los pisos. El momento del cruce fué muy rápido. Aletearon los pañuelos en el aire; ensordecieron los vivas a España, y se alejó magnífico, mientras

las olas asaltaban nuestro castillo de proa, como aconsejándonos virar en redondo y seguirle.

Salió el viento pampero tan fuerte, que hubo necesidad de aferrar los toldos. Mucho viento; mucha mar. Ya habíamos dejado detrás de la popa el temible golfo de Santa Catalina; *el coco* de toda la travesía, según fama tradicional. Pero el golfo se había desmentido a sí mismo, y ahora, en cambio, nos acometía la marejada. La niebla era espesísima. El primer oficial atribuía estas nieblas, tan frecuentes en aquellos lugares, al inmenso lago de los Patos, atravesado por el río Grande del Sur, cuya superficie de evaporación tiene 900 kilómetros cuadrados. Un pequeño mar.

Después de la comida subí, como todas las noches, al puente. No se veía nada. El capitán había ordenado que se apagasen todas las luces, cuyo brillo podía perturbar o confundir la visión y hacer, por tanto, más difícil la vigilancia. Entre las sombras, al tibio reflejo de las lucecillas del compás, distinguí al timonel, inmóvil e imperturbable. Pegados a los cristales de dos ventanillas, inmóviles y también silenciosos, el capitán y el primer oficial clavaban sus miradas en las tinieblas. Fuera, en las plataformas descubiertas de babor y de estribor, vigilaban los agregados. No me atreví a interrumpir aquel impresionante y solemne mutismo, reflejo de la razonable inquietud. ¡Qué ratos tan amargos pasan a solas los marinos en noches como aquella, conversando interiormente con la voz de su tremenda responsabilidad! Comprendí que estorbaba; advertí que me contagiaba de un indomitable desasosiego. Y bajé en busca de luz y de distracción. En el salón reían y bromeaban. ¡Qué contraste con el cuadro de arriba!

De pronto, una inesperada casualidad me permitió enterarme de que, según un radio recibido de Buenos Aires, había estallado la terrible revolución en España.

En aquel momento, yo, en medio del mar, a 9.000 kilómetros de distancia, sabía más de aquella revolución que cuantos la estaban presenciando. En el barco seguían bromeando y distrayéndose.

7 de octubre.

Seguía soplando el pampero con violencia; se veía la tierra baja, festoneada por una línea luminosa de playas blanquísimas.

A las nueve dijo misa en el salón el señor Obispo. Misa de despedida, porque aquella tarde tocaríamos en Montevideo y al día siguiente amaneceríamos en Buenos Aires. La plática que pronunció en medio de la misa fué tan penetrante, tan subyugadora, tan tierna, tan dulce, que conmovió los espíritus y humedeció los ojos. En ella hizo su primera comunión un niño pasajero; este acto, siempre solemne, allí, en medio del mar, ¡cómo nos impresionó a todos! Al terminar la misa, antes de retirarse a su reclinatorio, el señor Obispo saludó con una reverencia a la oficialidad que presidía. Después el capitán, seguido de los oficiales, pasó ante el sillón del Prelado para besarle el anillo.

En seguida se derramó el pasaje, comentando las emociones que acababa de vivir, por todas las galerías y las cubiertas del barco. Se vieron unas focas por babor.

A las diez cambió el color del agua; perdió su limpieza y cambió su transparencia verdosa por una opacidad achocolatada y sucia. Habíamos entrado en el río de la Plata, aun cuando no se veía ninguna tierra. ¡Cómo iba a verse, si en su desembocadura mide 200 kilómetros de distancia entre ambas orillas!

A la hora del almuerzo nos enteró el parte del mediodía de que nos faltaban 40 millas para llegar a Montevideo y de que a las tres y media estaríamos atracados al muelle.

Una hora antes empezaron a surgir los pasajeros de todos los camarotes en traje de población.

Pronto empezamos a distinguir la ciudad extensa, alegre, bañada por el sol; los rascacielos, los alrededores deliciosos, las playas interminables.

Y en el muelle una compacta multitud que nos esperaba agitando los pañuelos (1).

(1) Véase el capítulo "Unas horas en Montevideo".

Aquella noche pasaron revista al pasaje la sanidad y la Policía argentina que habían embarcado en Montevideo, mientras navegábamos río arriba, hacia Buenos Aires. Y al amanecer, la hermosa ciudad, al extenderse ante nosotros, parecía que nos abría los brazos para recibirnos.

Al pie del buque los vendedores voceaban los diarios con el triunfo de la revolución española...

POR LOS CAMINOS DEL OCEANO (1)

Vuelve la cruz a surcar los mares que antaño fueron la ruta luminosa por donde vino España a ensanchar los límites del mundo. Un grupo de peregrinos efectuamos la travesía en el *Madrid*, buque de la Compañía Lloyd Norte Alemán, bautizado cristianamente con el nombre de nuestra capital, cuyas vistas y paisajes decoran las estancias más frecuentadas del vapor. En pago a esta atención, el Ayuntamiento de la Villa, que en 1926 presidía el conde de Vallellano, acordó regalar una placa, tributo y expresión de gratitud del Concejo y del pueblo, y aquí está, en el rellano de la escalera de honor, en el lugar más destacado y vistoso, la leyenda del agradecimiento madrileño, que es decir español, bellamente estampada sobre artística lámina de bronce repujado, con el dibujo sobre acero de la Casa de los Lujanes, el Palacio Real, hoy de la Presidencia; la fachada del antiguo Hospicio y el puente de Toledo.

La mayoría de los pasajeros que van a bordo son católicos alemanes, húngaros, austriacos y españoles que en la unidad de fe, de esperanza y de amor, borrando fronteras, traspasando diferencias étnicas y políticas, afirman el internacionalismo eucarístico, que enlaza y junta tierras y alma con el aglutinante sacramental de vigor y fuerza inquebrantables.

Al mismo tiempo que nuestro vapor *Madrid*, navegan por estas aguas del océano otros buques: el *Oceanía*, el *Marsilia*, el *Conte Grande*, el *Cabo San Agustín*, el *General Artigas*. En todos navegan españoles ansiosos de participar en la

(1) Este capítulo es del Sr. Polo Benito.—Nota del editor.

magna gesta del amor y de la fe eucarísticas, herencia y sucesión de aquella raza de pilotos y descubridores, soldados y misioneros que antaño engrandecieron las fronteras del mundo, dando tierras nuevas al rey y nuevas almas a Dios. Acaso en lo exterior parezca que la participación española en la gran Asamblea se mengua y disminuye no haciendo la travesía juntos todos los congresistas en barco de la matrícula nacional. Sin duda el patriotismo hubiera, con la unión, ganado una batalla en esta hora aciaga en que tantas pierde; la llegada a la Argentina, más solemne y vistosa, hubiera demostrado que, superando las dificultades económicas y políticas, la religión se impone y triunfa y el número de españoles, no me atrevo a decir la calidad, es considerablemente superior a cualquier otro país de Europa. Pero no deja de tener también sus ventajas el viaje de grupos y embarcaciones diferentes, pues ofrece oportunidad a fin de que los extranjeros se persuadan de que "España no ha dejado de ser católica" y de que el viejo espíritu nacional y colonizador que daba carne y sangre a los indígenas en generosa entrega, aun puede revivir si la savia latente en las raíces se fecunda con aguas del cielo.

Las noticias que capta por radio el *Madrid* y las que en las escalas vamos recogiendo, permiten creer, con garantía de certeza, que el Congreso argentino no desmerecerá en grandeza y fervor de ninguno de los anteriores. El noticiario que diariamente se publica a bordo con el título de "Lloyd Radio" se distribuye por las tardes a la hora del té; anuncia la asistencia de más de 150 prelados; nueve buques de la Armada estarán en el puerto con las banderas y trofeos nacionales al aire en el palo mayor, como homenaje del pueblo al Cardenal legado y a los congresistas. Trenes y barcos conducirán a más de 300.000 personas del Brasil.

En contraste con esta información alentadora, las que de España vienen son todas pocas y malas. Marxismo, separatismo, trillita por toneladas en casa de un diputado socialista. ¿Qué opinión han de formarse los extranjeros de un país del que sólo llegan ecos de tempestad, vientos de fronda revolucionaria? Entre la incomprensión y el menosprecio, junto con

la falta de orientación periodística y sentido patriótico de nuestras Agencias, sigue rodando por mar y tierra aquella leyenda negra, que solamente empezó a rectificarse en los consabidos "años ominosos".

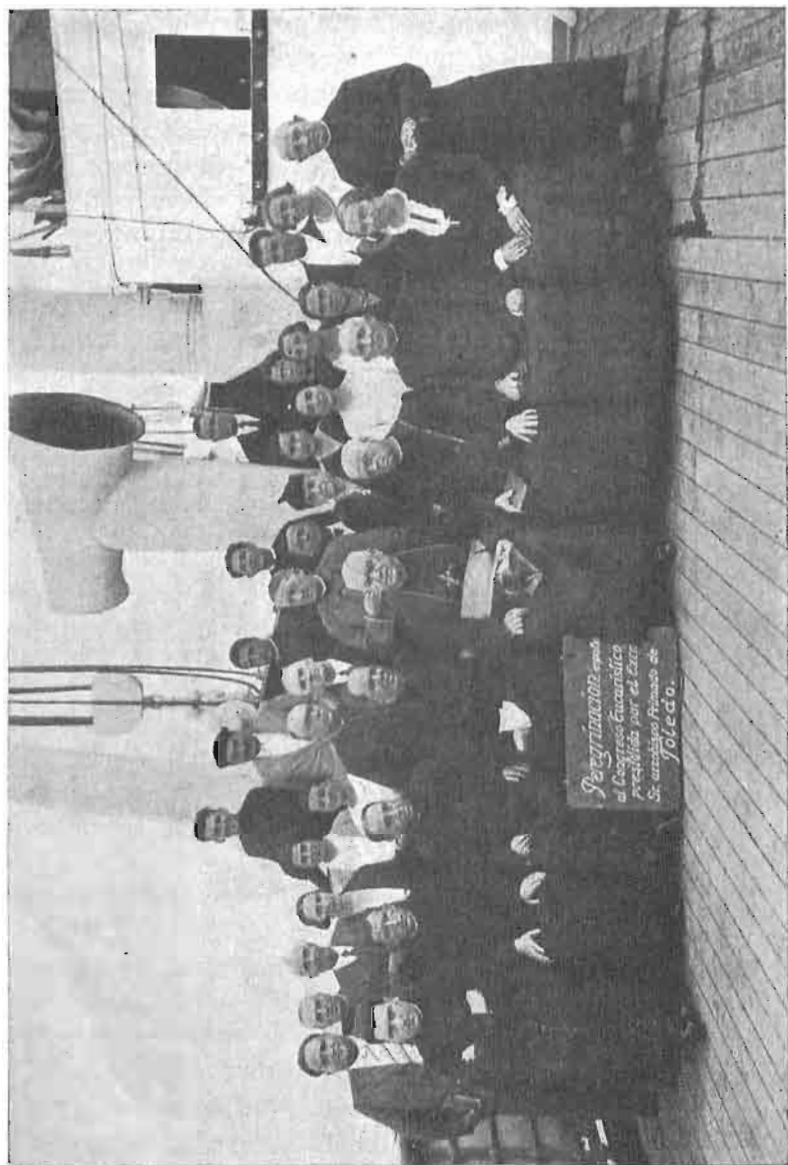
Hacemos la primera escala en el puerto de Leixoes, y cuando fondeamos en la ancha bahía, rompimiento del mar, llamarada de sol, acantilado de piedra florida, el saludo de otros buques que van a navegar por las mismas aguas y con igual designio que el nuestro, es nuevo y lucentísimo exponente de la universidad del credo religioso.

La playa y la ciudad están de fiesta. Caminan empavesados los tranvías. Campesinos llegados del interior del país engalanan con lo pintoresco de su vestimenta regional las calles de Oporto, que en estos días de renacimiento patriótico son todas vía y sendero que conduce a la Exposición Colonial; reminiscencia y evocación de un pasado glorioso, ejemplarísimo esfuerzo del presente, ventana hacia las magníficas lontananzas que cantan en el misterio del océano la hora del ideal, la hora ultramarina que anhela vivir con redoblada intensidad la nación ibera, a fin de mantener y acrecentar, si Dios le ayuda, el puesto de vanguardia que todavía conserva.

Frente a aquellos pabellones, documento vivo de la obra colonizadora —administración militar y civil, agricultura e industria, fe y ciencia—, se escucha el brioso latir de la colonización lusitana, opuesta, como a la española, a la de tipo sajón, que operaba por vía de eliminación y usufructo, mientras que los nuestros, entregándose en la raíz de su carne y en la sangre de sus venas en prodigiosa cópula del espíritu, eran maternidad, generación desarrollada en dolor y gozo que daba hijos a imagen y semejanza de los padres.

En Lisboa, donde arribamos, tras una noche de lento andar a causa de las nieblas, embarca el arzobispo de Toledo, primado de España, doctor Gomá, recibéndole a la entrada la oficialidad con el capitán al frente, tributándole en la bienvenida los máximos honores. Suben también dos prelados filipinos, monseñor Mc. Closkey de Jaro y monseñor Tinnemann, auxiliar de Manila. A mediodía zarpa el buque.

El salón de fumar se ha transformado en capilla, hacien-



*Perzonalidad española
al Congreso Eucarístico
provincia por el Excmo.
Sr. arzobispo Primado de
Toledo.*

do dosel al crucifijo las banderas alemana y pontificia, enlazadas. Entre las dos inmensidades, mar y cielo, veinticinco sacerdotes elevan a diario la hostia consagrada, oblación y sacrificio, homenaje de adoración y agradecimiento al generoso Hacedor de estas dos maravillas que de puro grandes no caben en corazón e inteligencia humana. En el primer domingo de la jornada marítima álzase el altar sobre la cubierta de babor; los pasajeros de las tres clases participan fervorosos en la ceremonia; un coro que integran nueve religiosas franciscanas que marchan a misiones del Brasil cantan, juntamente con la juventud hispanogermana, la misa de Angelis; celebra el arzobispo toledano, y a punto de la memorable plática, la densidad de pensamiento que caracteriza su ideología, el verbo preciso y recio, de genuina estirpe clásica con que lo viste, van penetrando suave y progresivamente en el seno del relato evangélico, misterioso y atrayente como las profundidades oceánicas, hasta lograr que en la superficie de la palabra pasee, triunfante y amorosa, la divinidad de Cristo, como paseara en otro tiempo, vencedor de las tormentas, sobre la estampa azul del lago de Tiberiades. Un beneficiado de Munich habla en alemán para sus compatriotas, ponderando con justeza y brío la gesta misional de la Iglesia. Con respeto que el sectarismo cerril y montaraz de nuestra tierra no comprende, judíos y protestantes, de los que hay a bordo un centenar largo, pasean por el lado de estribor, sin que la voz ni el gesto les permitan el más ligero reproche al culto católico.

Cinco días llevamos de navegación, y los ojos no se cansan de mirar el espectáculo, mañana y tarde nuevo, del ir y venir de estas olas que, a semejanza de las interiores del espíritu, se rizan levemente, sagaces y cautelosas; búscanse unas a otras en enamorado afán de ósculo; se agitan y encrespan a merced del viento que las mueve. Reinó frecuentemente el alisio en rumbo y dirección de popa, y así, sobre el aceleramiento en la marcha, un calor de otoño español endulzaba la travesía.

“Pronto se verá tierra”, han dicho los marineros, y este augurio tanto y tan fuertemente nos anima a los moradores

de la Castilla, “que no ve el mar”, en frase de Maragall; a los hombres de secano, dicho sea más en romance, que muchos pasan las horas yendo y viniendo desde al puente al mapa, desde el mapa al puente, como quien dice del coro al caño, para calcular tiempo y distancias con ayuda de la banderita que periódicamente va señalando las etapas del itinerario.

¡Funchal a la vista! Y en un santiamén da la avidez de las miradas con una fronda montañera y picada de blancos



Madoira, a la vista

caseríos; barcos de diversas nacionalidades pueblan la bahía, y de la misma manera que en los puertos de Alejandría y de Jaffa centenares de egipcios y de moros de todo color y tamaño arman ensordecedor griterío con sus mercancías y obstinadas solicitudes del *bachis*, aquí los isleños, en juvenil desnudez —bronce y ébano— se zambullen, haciendo mil cabriolas, dentro del agua, sacando en la boca la moneda que el pasajero arrojó desde el alto pretil.

Trae en seguida a mi recuerdo esta isla de Madeira, la nuestra de Mallorca, oro y azul en el Mediterráneo la una y la otra en el Océano, de tierras combadas en fino contorno, de tropical vegetación, donde viñas y platanares predominan;

con un clima de bienhechora templanza que los ingleses usufructúan, no sin que deje de ser el uso prólogo de la codicia dominadora, también como en tierras mallorquinas, aunque más a mansalva y a su capricho en estas portuguesas.

Otra vez adelante, con unos calores que empiezan a ser bochorno, modorra que enerva, aire que pesa, como si la vida se durmiese en el sopor de una siesta. De nuevo alboradas y crepúsculos, días y noches, que no acaban nunca en la quietud inquietante del mar infinito.

Sólo vemos la crestería negruzca, fantástica y horrida de las islas del Cabo Verde, estación carbonera de los buques, y el peñón solitario de San Pablo, con el alucinante guiño de su faro. ¿Cuándo llegaremos al paso del Ecuador? Jamás, desde mis lejanos días escolares, vi tantos manuales de geografía, atlas y libros de viaje, que, de mano en mano, iban corriendo para estudiar los fenómenos y derivaciones astronómicas que sobrevendrían apenas entrados en la línea divisoria del viejo y nuevo continente. A relucir salieron en los mostradores de la erudición de fácil acarreo, desde el trópico de Cáncer al de Capricornio, desde los equinoccios a la zona tórrida; pero como en la convulsión general que el mundo sufre ni las leyes de la Naturaleza quedan a salvo, aquellas amenazas de temperatura al frito, las blancas y transparentes telas que habían sacado del guardarropa, sirvieron no más (ya que las proximidades argentinas contagian el léxico) que para envolver en gasas, el semidesnudismo de media docena de féminas teutónicas, que ni con este cimbel atrajeron cor tejadores.

A la altura de Fernando de Noronha se evoca el vuelo de Franco; las aguas del cabo de San Roque, que se van animando con la perspectiva más clara y frecuente de velas y chimeneas. Al inclinarse de la tarde de hoy, cuando el sacerdote oficiante bendecía con el Santísimo, hostia inmaculada que irradiaba destellos de amor, en los confines del horizonte visible, el disco solar, hostia de luz, despedía también fulgores, y en admirable coincidencia, a tiempo que el astro-rey se hundía lento y solemne en el misterio de los mares, ocultábase su Hacedor en la pequeñez del tabernáculo.

Cerca ya de la costa brasileña, de labio en labio, corre halagador el nombre del Río de Janeiro, desarrugando entrecejos y disolviendo mareos con mayor rapidez y eficacia que píldoras y tratamientos de la más acreditada marca.

Velas y chimeneas nos saludan por las bandas de babor y estribor. Cada ola que se levanta es como una lengua que canta desde el misterio del mar al misterio de la Eucaristía.

Un radiograma enviado desde Buenos Aires por el señor



Los pintorescos carricoches de la Isla de Madeira

Arzobispo al Primado de España, es el primer contacto espiritual entre los dos altos representantes; el saludo corre de mano en mano; contesta, también por radio, el doctor Gomá; a la hora de la oración colectiva se unen en la plegaria los santos patronos de ambos pueblos, y junto con el rumoroso cantar de las aguas, se alza, ferviente y conmovedor, el *Himno Eucarístico*:

Cantemos al Amor de los Amores, cantemos al Señor.

Por primera vez en mis andanzas marineras he visto enrojecerse la blanca espuma de las olas con chispas de luz,

como minúsculas bengalas que, veloces, alumbraban, juntando casi el nacer con el morir. De entre las masas del agua que levanta cada golpe de hélice, surge la luminaria, que corre, se oculta y torna a aparecer más lejos, purpúrea, rosácea, violada, en una policromía multiforme, en una vida elemental y subalterna, como corresponde, dícame un técnico, a estos seres protoplasma, célula primitiva de la fauna marina sin órganos de aprensión ni de visión, cuya potencia vital manifiéstase solamente en leve parpadeo de un puntito luminoso que rutila a través del espumeante oleaje.

—Mañana —ha dicho el capitán— se verá perfecta y detalladamente la Cruz del Sur que anoche se dibujaba indecisa, y estaremos a un centenar de millas de Río de Janeiro.

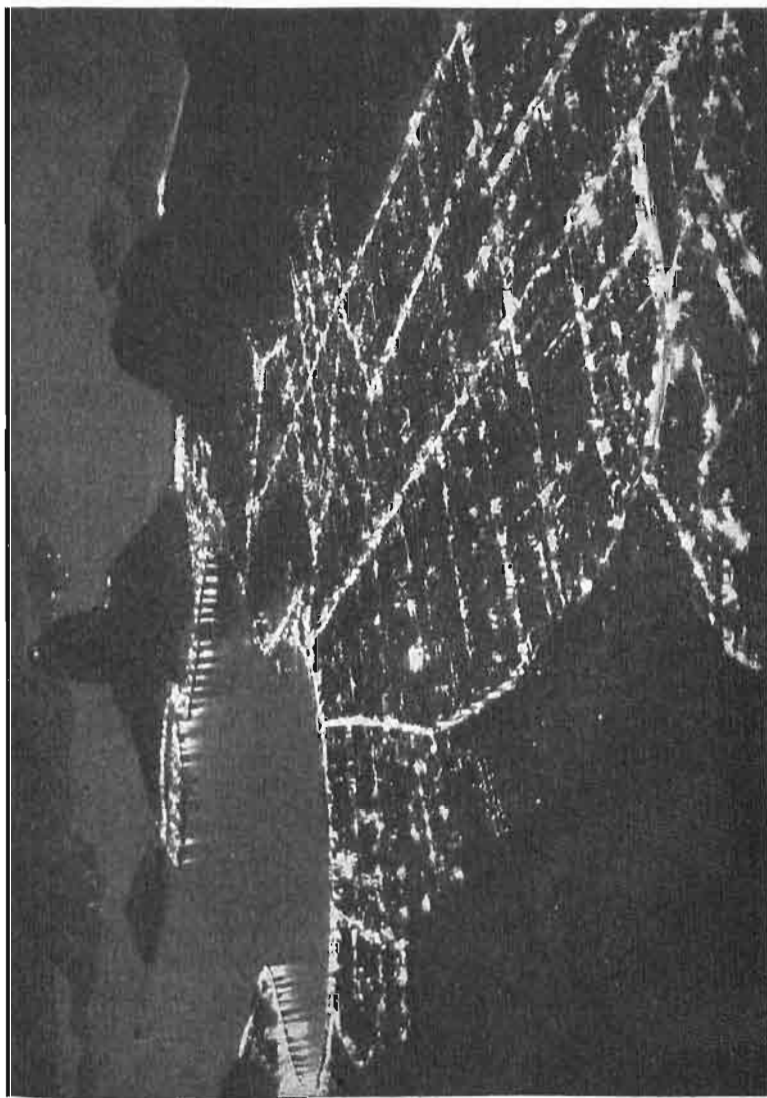
ESCALA EN RÍO DE JANEIRO

A la amanecida, cuando trémulas neblinas, como lumbres del sol que tímidamente nace, se rompen, desgajadas a golpes del viento, dibújanse los perfiles del bastión rocoso que en cretería uniforme, señala la costa. A medida que el buque hunde la quilla en el seno de las aguas, del fondo azulenco surgen, como evocaciones mitológicas, islas y archipiélagos que nos cercan y envuelven en dédalo inextricable. ¿Por dónde romperá el *Madrid* aquel cerco? ¿Hacia dónde cae la bahía y en qué sitio de la ciudad, de la que nos dicen estamos a dos pasos? En discusión el tema sobre cuál de las bahías conocidas supera a todas en belleza y majestad, los ojos y el alma se conmueven ante la visión del Cristo gigantesco que, como signo imponente de la matemática sobrenatural, se yergue triunfador en la cima del Coronado. Mientras la lluvia del trópico nubla por un lado el horizonte, avanza por otro, rutilante, el sol que alumbra en las cimas el húmedo verdor de esbeltos árboles. Ya ha virado hábilmente el buque entre recodos y encrucijadas; estamos a la boca del puerto que se abre entre las imponentes moles de Nicteroy y Pan de Azúcar; en perspectiva a cada instante más próxima, núcleos de población que aparecen cubriendo la falda florecida de un islote, que se ocultan en el pliegue de un collado, que trepan monte arriba, que desaparecen de nuevo como si jugasen al escondite con nuestra creciente curiosidad. Despachados los trámites de desembarque, marchan las gasolineras de Sanidad, Policía, Emigración y Aduana; en fila lento proa al muelle el *Madrid* y ya en el ancho andén se agitan manos y pa-

ñuelos en efusivo saludo de bienvenida. Comisiones de las Ordenes religiosas españolas que en el Brasil tienen casa y misión; los agustinos recoletos, los de El Escorial, padres del Corazón de María, hermanas de Santa Teresa, periodistas amigos. "Allí está España", dícame, conmovido y gozoso, el señor arzobispo. Lo estaba, efectivamente, no solamente en su representación espiritual y religiosa, sino oficial también, pues a poco de desembarcados el embajador, D. Vicente Sales, con el canciller y el cónsul, ofrecía al Dr. Gomá el homenaje de la Patria lejana, presente ahora en quienes hacen de su bandera airón de perenne españolismo, más vivo y ardiente cuanto más atacado dentro y fuera de los límites geográficos.

Un paseo de orientación y sondeo a través de esta ciudad; remolino humano disperso entre frondas de lujuriente vegetación; playas, islas y arrecifes que de repente dan paso a una llanura inmensa de vías de longitud y anchura inacabables; un caserío de todo estilo y forma permiten la afirmación de que Río compendia, en sus diez leguas de superficie habitada, todas las singularidades de las más renombradas urbes del mundo. Rascacielos como en Chicago, muelles como en Liverpool, *souks* como en Túnez, calles típicas como en Nápoles y Toledo, canales como en Venecia, palmeras como en Batavia, chamizos de bejuco como en Dakar y, sobre todas, una esplendidez de Naturaleza, una elegancia de jardinería insuperables. ¿Corresponde a la espiritualidad la forma? La juventud del Brasil, impetuosa y desbordante, necesita, para madurar en sazón, de la substancia ibera que la engendró a la vida.

¿Qué pluma compendia en la angostura y rapidez de cuatro líneas periodísticas la maravilla de esta ciudad que besa el mar y abraza la montaña, ciudad lacustre como Venecia, de sol y cielo como Sevilla, de árboles y flores más copiosa, bella y variada de todas las que recorrí en mis andanzas viajeras? Los brasileños, que en su manía ponderativa vienen a ser portugueses por partida doble, dicen que el famoso adagio *Vedere Napoli é poi mori* está hecho para Río. Un poco exagerado, al parecer; pero, aun rebajada la hipérbole, queda aquí mucho por admirar, como regalo de Dios y trabajo de los hombres.

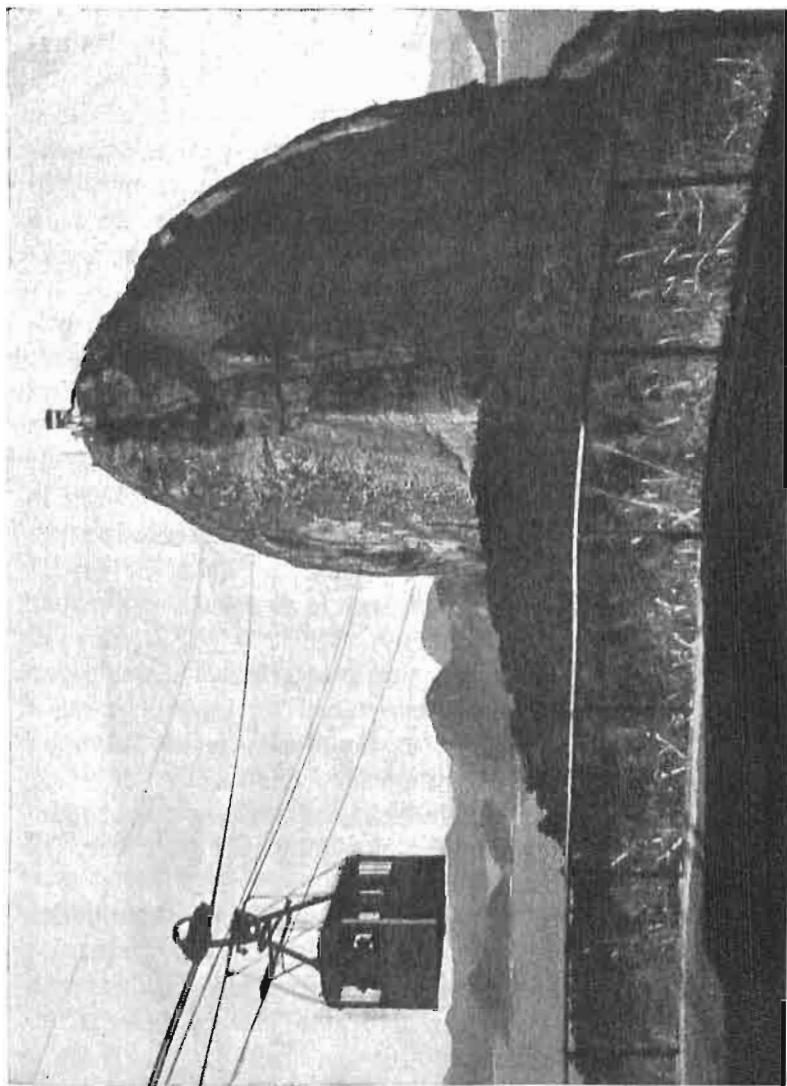


En las playas maravillas de Río, las luces brillan como perlas en la noche primaveral

Unas cifras: la ciudad ocupa una superficie de 1.111 kilómetros cuadrados, la que, agregado el territorio de las islas del Gobernador y Paquetá, asciende a 1.160. Dos millones de habitantes, aproximadamente; 5.000 metros de longitud en el puerto que se extienden desde Praca Man hasta la puerta de Cajú, ya en plena mar. Cuarenta depósitos para mercancías, entre los que se hallan situados a lo largo de los muelles, junto a los cuales pueden fondear hasta los grandes transatlánticos y aquellos cuya instalación rebasa la zona aduanera. Unos datos: descubierta la isla por Cabral en 1501 y comenzada la exploración y conquista por los portugueses, transcurren algunos años, más de treinta, hasta la fundación del primer núcleo ciudadano y de las primitivas fortificaciones en Praia Vermeia. El siglo XVII planea y construye la ciudad interior; el siglo XVIII acomete la urbanización y la traída de aguas de la Corioca; el XIX ciega las marismas, canaliza los ríos, emprende las obras del puerto; el siglo XX, en fin, transforma la fisonomía de las construcciones coloniales, y mediante una hábil explotación de los elementos geográficos, mar y tierra, paisaje y clima, crea un tipo de ciudad que desborda el modelo clásico.

Casi un centenar de islas, en maravillosa complejidad de forma y estructura, pueblan la bahía de Guenabara, donde belleza y majestad despliegan su atractivo en los sombríos escarpes, articulaciones gigantescas, monstruosos picos que recortan las cumbres montañosas, y en la floresta tropical, espesura y lozanía que llega a veces al borde de las aguas. La isla Basa, con la luz del faro señalador de ruta al navegante; la de Villegaigon, muro y fortaleza; la isla fiscal, residencia marítima; las de las Cobras y Emxadas, academia y cuartel; las de Moncague y Viana, astillero y factoría; la más extensa y poblada, la del Gobernador, con edificios de orden civil y militar; la de Paquetá, para baños y deporte; la del Bom Jesus, donde la Beneficência militar recoge a los retirados e inválidos...

Desde dos miradores se contempla y mide el panorama: el Cercovado y Pan de Azúcar. La subida al primero es un tupido bosque de vegetación tropical; según va el funicular



El «Pao de Assucar» en Río de Janeiro

ascendiendo, el ambiente se perfuma de una flora cuyas raíces se nutren en la savia de los árboles, en las vetas de la piedra cobriza. Es enervante como el oriental y se prende a la boca con olor de salitre. Ya arriba, en la región de las nubes, la magnitud de la estatua de Jesucristo conmueve y extasia. Abajo se mira la ciudad en cinturón de playas, el cerco de islas, en verdor de jardines, en azul transparencia de canales. Si como obra de fe, la estatua es valioso argumento de religiosidad, como hechura de técnica, en los 33 metros de altura que tiene, la técnica arquitectural y plástica han realizado verdaderos prodigios.

La subida al Pan de Azúcar por medio de una línea colgante con dos secciones, una hasta los altos del Urca y otra hasta las cimas del Risco, es gigantesca atalaya. Se inclina la tarde y un parpadeo de luces que van por todas partes alumbrando la sombra incipiente transforma en collares de perlas encendidas la cinta de espumas que era en el día la playa Copababana, semejante en el trazo a la Concha de nuestro San Sebastián español. Suspendida la ciudad entre dos constelaciones, las de tierra y cielo, uno se encuentra incapaz de comprensión y mudo de lengua. ¿Qué soy yo? ¿Qué es el hombre más grande y famoso ante esta revelación del poder de Dios? Los salmos de David suben con lágrimas del alma a los labios y se evoca la frase de San Pedro en el Tabor en torpe expresión de felicidad y agradecimiento.

Hay que volver a la realidad, sin embargo, que aquí como allí nos despierta del sueño con el aldabonazo del deber, del llamamiento a la lucha.

El cardenal brasileño don Sebastián Leme tiene a las ocho una recepción en honor de nuestro arzobispo primado; van a acompañarle el embajador y dos prelados filipinos; vamos los peregrinos a conocer al ilustre jerarca de esta nación en juvenil ardimiento.

ALTAR DE PATRIA, EL CRISTO DEL CORCOVADO

En la extremidad septentrional de la célebre acrópolis de Atenas erguíase prócer la estatua de Atenea, en oro y marfil, tallada, por la mano ágil de Fidias. En pie la diosa griega, apoyando la mano izquierda sobre un escudo, sostenía con la derecha el símbolo de la victoria alada. Cuando surgía el sol de las glaucas ondas, con sus primeros rayos doraba la cabeza de la diosa, y antes que desapareciese en el mar de Salamina, envolvíala entre sus últimos fulgores. Pero Atenea era un sueño, solamente una invocación fantástica, una creación poética del espíritu griego. Cristo, por el contrario, es una realidad, una fuerza, una vida: la del mismo Dios comunicada por su verbo a los hombres.

Esta imagen de sobrenatural portentosa vitalidad es la que cabalmente simboliza el monumento a Cristo Rey, que se alza triunfador de la muerte sobre la montaña del Corcovado, altar de la patria brasileña, como altar de la fe y prodigio de la ciencia. El sol que nace ilumina también la frente de esa Majestad Divina, y los resplandores de la hora poniente son aureola que dibujan la Naturaleza y la Gracia juntamente.

Así, el primer saludo que el viajero recibe al entrar en aguas de Río de Janeiro es la bienvenida de Cristo Rey y álzase la primera mirada en adoración y gratitud desde las profundidades del misterio oceánico a las alturas del misterio celestial.

En este octavario de la festividad de Cristo Rey se analiza con más atención y mayor fijeza que en cualquier otro

tiempo del año el valor representativo del ara excelsa sobre la cual se yergue la imagen de Cristo, presidiendo desde el trono de nubes las auroras y los ocasos de este inmenso país, lleno de misterios de naturaleza y de inquietudes de espíritu, que son fermento de lo porvenir.

Lo de menos, con ser mucho, es el triunfo de la técnica, arquitectura, ingeniería, estatuaria, que había de resolver un problema jamás planteado en análogos términos. Se trataba, nada menos, que de erigir en lo alto de un pico situado a 700 metros sobre el nivel del mar, una estatua de proporciones colosales, con los brazos abiertos, sin base apenas en relación con la altura, pero con estabilidad tan bien equilibrada, que ofreciera la precisa resistencia a la tenaz y constante arremetida de los vientos. El acierto de Paul Zandowshi ha demostrado la capacidad del poder de la ciencia en alianza con el arte. Sobre este gigante de granito del Corcovado la fuerza de la razón ha sido razón de la fuerza, y en el trágico duelo que es la relación entre la Naturaleza y el hombre, la victoria de éste es buena prueba de su situación divina.

Más valiosa que la simbología científica es, sin duda, la espiritual. Aquella enorme figura, desconcertante para una concepción materialista de la vida, es para nosotros clave de la existencia, por ser explicación cabal del enunciado evangélico. *Ego sum via, veritas et vita*: "Yo soy —dice Cristo— el camino, la verdad y la vida".

Mejor que en ningún otro, se advierte en aquel "signo matemático de lo sobrenatural" la proporción que existe entre las leyes que rigen el mundo material y las que gobiernan el mundo moral. Un cataclismo es la resultante forzosa de la suspensión momentánea de la ley de la verdad; una revolución es necesariamente la consecuencia del quebrantamiento y ruptura de las leyes en la zona social.

¿Cuál fué la perspectiva del pueblo brasileño cuando en la más alta cumbre de sus montañas erigió el altar a Jesucristo? Portugueses y españoles, al descubrir América, miraban más a las almas que a las tierras. Pero esta luz de la colonización ibérica se fué anublando y su esplendor se eclipsó parcial y momentáneamente, obscurecida por el colonialismo

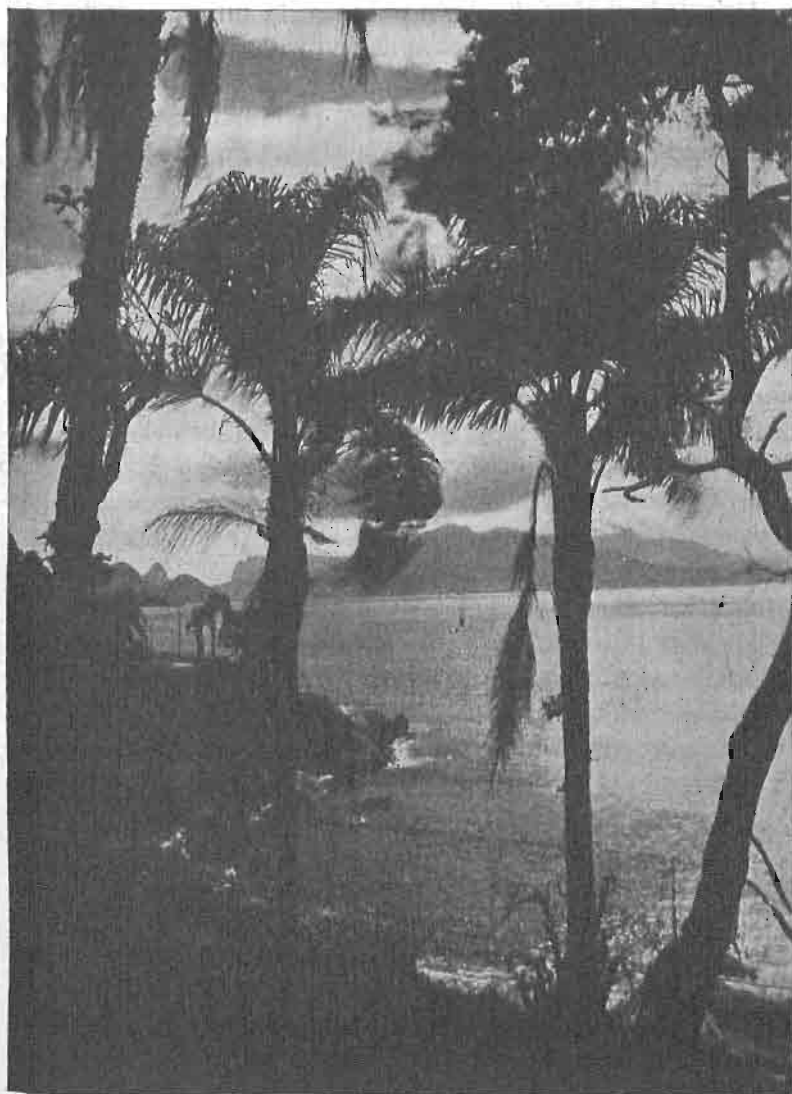


Río de Janeiro. El Cristo del Corcovado, altar de la nación
brasileña

industrial de tipo sajón. Y he aquí, en esta ingente roca en cuya hendedura florece la orquídea y abre la palmera sus graciosas ramas, la gran reacción del espíritu contra la materia.

¿Podrá afirmarse que sea este monumento el exponente del alma brasileña: anhelo de ascensión, ansia de libertarse de las cadenas que esclavizan intereses y cultura? En la perturbadora y violenta contemplación de los trópicos, ojos y deseos chocan con las desiguales profundidades que ofrece la diversidad de cuadrantes. Islas vestidas de palma y jazmín; golfos abriéndose en arcos; fronda de jardinería; opulencia de bosque selvático; moles de piedra que atraen con mágico embrujamiento. Prisa de riqueza en la ciudad; muchedumbre apresurada, casi vertiginosa; cultivo refinado del cuerpo; incesante desfilarse de razas: blancos, cobrizos, negros, amarillos...; densidad humana, densidad geográfica. "Algunos observadores superficiales, deslumbrados por el rebrillar de colorido y la fecundidad de las formas, no supieron descubrir —ha escrito recientemente Durtain— el terreno sólido en que se asientan las íntimas relaciones existentes entre el espíritu nacional y los poderes de la Naturaleza. Desconocían los sabios europeos y norteamericanos que en los espacios tropicales la descomposición de las más duras rocas cristalinas se verifica en un proceso más rápido y eficaz que en otras regiones del globo. Actualmente, por los efectos del calor y de la humedad, está alcanzando límites increíbles. El mismo fenómeno se produce en el orden intelectual y moral; como si la geología buscara afinidades con los elementos psicológicos, domina por el norte del Brasil, cuando menos en las capas populares, la influencia mestiza, y se confunden, mejor dicho, se funden en el Sur mediterráneos y eslavos, en el aglutinante que se forma en medio de una vegetación racial, cuya flor empieza a aromar el ambiente y cuyos frutos madurarán pronto."

Estudia el mismo Durtain los cinco países que él llama verdaderamente cósmicos, si no por la dimensión, al menos por el número y los problemas que sugieren: Rusia, China, India, Estados Unidos, Brasil. A juicio de este ilustre ensayista, el territorio brasileño, más que un país en el sentido



Río de Janeiro. Playa de «Canto do Rio»

habitual del vocablo, es un continente; más todavía, un mundo. Mundo de latitud tropical como la India, donde se engendran posibilidades de insólita energía para el pensamiento y la acción.

Crisol de materiales heterogéneos, la nueva característica sudamericana quizá será una civilización que arroja, por inservible, el lastre de lo pasado, de un ideal humano que no sea resultante de un intelectualismo racionalista y estéril; de una economía en lucha con el hombre y la profesión; de una incoherencia particularista que deshace a la colectividad. Sobre las diferencias de color, sobre los intereses de nacionalidad, alienta aquí, como en la Argentina, el principio de unidad, de religión y de lengua. Este factor va absorbiendo o, si parece más exacto, se va asimilando lo beneficioso y constructivo de los otros. De aquí los intentos de descatoización y las maniobras para la convivencia bilingual; de aquí también las resistencias tan eficientes y hondas como ésta del espiritua-lismo, que surgirá imponente en el Congreso Eucarístico. Expresión sintética de lo esencial y de lo permanente. Cristo Rey, guardando amparador, entre los pliegues de su manto, la vida de la metrópoli; Cristo Rey recibiendo en sus brazos a todos los viajeros que cruzan por la maravillosa bahía.

Es cosa muy para ser meditada que mientras el laicismo y la masonería europeos destierran a Cristo de Europa; en el mundo americano sus milicias aumentan. Se pueblan de armonías las soledades de la Pampa argentina y del *mato* brasileño, en tanto que la urbe europea, perdida en sí misma, encegueda y sorda, se vuelve páramo.

EN LAS TIERRAS DEL CAFÉ

El puerto de Santos

El Estado de San Pablo es el paraíso del café, que quema por millones de sacos para sostener su precio. Flecos de nubes y paraísos de Ecuador en el litoral; distancias enormes por tierra y por mar separan las poblaciones. En las primeras horas de la mañana, un viraje, brusco y repentino, arrancó al barco de los caminos del océano, y al oleaje, encrespado y tumultuoso, sucedió la transparencia de remanso, que en suave andar, en espejo azul, recuerda los paseos sobre un lago de Suiza. La selva en las riberas, vencida por el trabajo, que convirtió en huerta feraz la insalubre manigua. En las orillas del río que un transbordador enlaza, la agitación industrial de puerto rico y concurrido. Grandes depósitos, que transmiten la mercancía a las bodegas del buque; matrículas de todas las naciones, con predominio de Inglaterra, por supuesto y, ¡dolor de corazón español!; desarbolado, desguarnecido, descarrillado, acaso en forzoso amarre por falta de flete, uno de los *Mendi*, de la flota bilbaína. ¡Con cuánta claridad se ve desde la lejanía americana lo estéril y funesto de nuestra política colonial y ultramarina después de haber llevado antaño a todos los mares cruz, espada y lengua! En más de tres años no ha ondeado la bandera nuestra en aguas de Río de Janeiro, y una sola Compañía, la de Ibarra, cruza los senderos oceánicos. ¿Es que puede mantenerse el hispanoamericanismo con la savia retórica del verbo oratorio y periodístico, sin la añadidura de realidades?

Pintoresco y atractivo el puerto. Los pasajeros se agolpan sobre la borda, ávidos de ver tierra, después de viajar, durante cerca de doce días, aprisionados por el círculo perfecto del horizonte oceánico: un suelo de plata y una bóveda de esmalte, que parecía moverse y avanzar con nosotros. Ávidos de llegar; hambrientos de tierra firme, nuestros ojos dirigían saetas de impaciencia, a través de los gemelos, sobre aquellos montes vestidos de una exhuberante vegetación, penacho de las cumbres y miriñaque de las faldas, hundidas en las olas. En el centro del anfiteatro de montañas, una llanura sin accidentes, cercada por un cinturón de agua, y en la isla resultante el enrejado de la ciudad, con sus calles trazadas a cordel.

Unas exclamaciones de júbilo señalaron el momento de sorprender con la mirada el primer automóvil y el primer tranvía. Aquellas exclamaciones de ingenua puerilidad querían decir: "La puerta de la jaula se ha abierto; la tierra no ha concluído; volvemos a encontrar la civilización." Trazó el barco una ese completa en su recorrido, virando primero a estribor, para entrar desde el mar en el río, y volviendo luego sobre babor, para describir la curva restante.

A los pies de la montaña, unos ranchos de madera, habitados por negros y rodeados de palmeras y cañaverales, nos hablaron de un clima tropical.

Visita de la Sanidad y de la Policía; pasaportes y formalidades nos entretuvieron algún tiempo. Por fin, los pasajeros se derramaron, escala abajo, con la fuerza del champaña espumoso, que se escapa de la botella.

Las casas, de un piso; los músculos, de bronce, ofreciendo enérgico contraste bajo los trajes de nieve, y el calor deprimente, volvieron a recordarnos el clima de los trópicos. En efecto, estábamos casi a la altura del trópico de Capricornio, a 24° del Ecuador.

En los comercios se exhiben cuadritos y alfileres, que parecen mosaicos de esmalte, representando paisajes y vistas de Río de Janeiro; están fabricados con alas de mariposas. Con ellos conviven en los escaparates objetos de pieles de serpiente y de lagartos disecados.

En los cafés, mucha gente que entra y sale, sin formar



Secadero de café en el Brasil

tertulias, deteniéndose el momento preciso para tomar el delicioso néctar. Es muy interesante la manera de servirlo. En las mesas están boca abajo, sobre los platos, las tazas, poco mayores que dedales, y a su lado, las cucharillas de juguete. Por entre las mesas circula un hombre con muchos billetes aprisionados entre cada dos dedos de la mano y una copiosa pila de monedas que hace sonar unas con otras, sujetas entre la palma y el pulgar; va cobrando las consumiciones. Apenas se sienta un parroquiano, llega el camarero con dos jarritas:



Los obreros de Santos preparan la carga de plátanos para el embarque

una contiene agua hirviendo y otra el café. Primero se echa el agua para calentar la taza; a los pocos segundos se devuelve el agua a la jarrita; luego se llena media jicarita de azúcar molida, tomándola de unos azucareros con tapa en forma de criba, que también hay en cada mesa; por último se echa el café y se paladea a sorbitos, para que tarde unos segundos más en acabarse. Cada taza cuesta unos diez céntimos.

Por la calle marchan a veces marcialmente regimientos de colegiales militarizados, a los acordes de bandas de música que los preceden.

En las playas inmensas, una de 64 kilómetros de longitud,

ruedan los automóviles sobre las arenas blancas y duras como el cemento. Su blancura aparece en algunos trozos manchada por bandas negruzcas. Son residuos de café quemado. Lo que la Naturaleza derrocha lo quema el hombre para evitar su depreciación en el mercado del mundo.

Desde Monserrat, hasta cuya cumbre, coronada por un casino, trepa un funicular, tan vertical que parece un ascensor, se admira un paisaje bellísimo. El mar cierra el hori-



En el puerto de Santos durante la carga del plátano

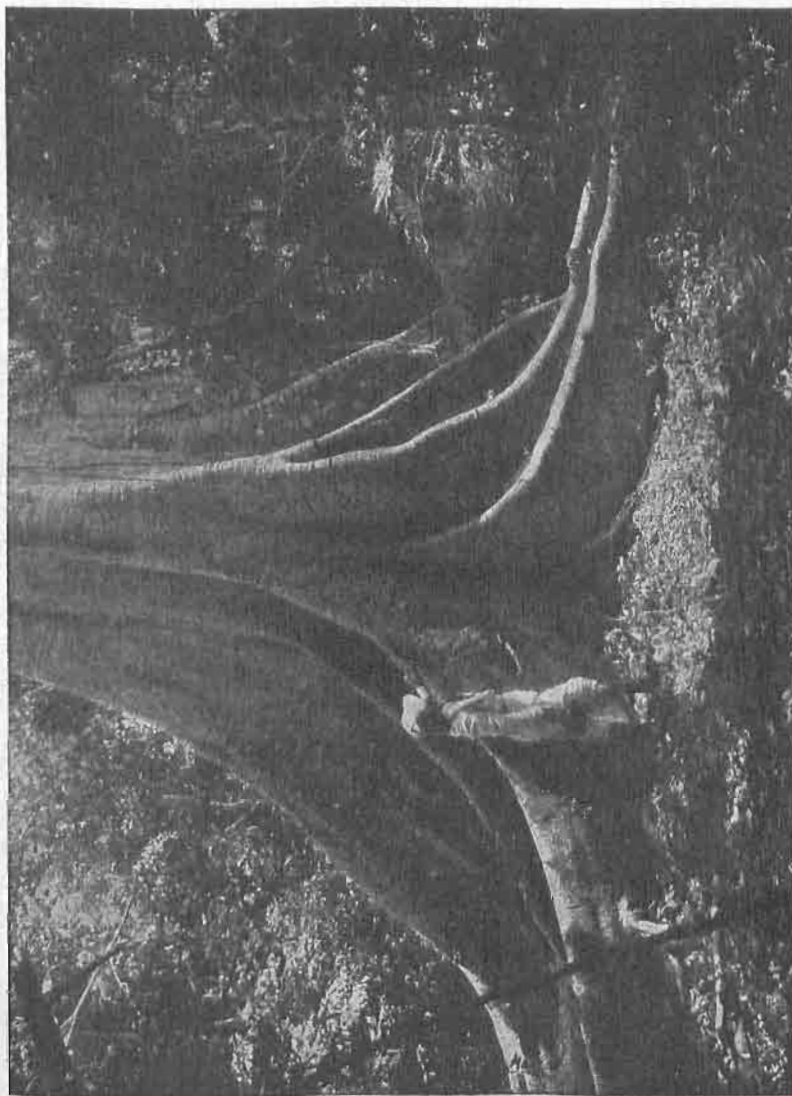
zonte por el Sureste. En el horizonte opuesto, se levantan los montes que sirven de pedestal a San Pablo. Entre éstos y la ciudad, los ríos, remansados como lagunas, bañan las bases de otras montañas, que parecen pilones de azúcar. Otros conos diminutos se yerguen en la ciudad: los formados por las torres de las iglesias y por la que sirve de ornamentación al palacio construido para bolsa de café. De noche, en aquella altura, nos rodean unas mariposas policromas, del tamaño de gorriones, mientras a los pies del cuerpo gigante, formado por la montaña, la gran mariposa de la ciudad extiende a los dos lados sus alas de luz.

EL PINTORESCO VIAJE DE SANTOS A SAN PABLO

El serpentario

Atravesamos la población y tomamos la ruta de San Pablo, paralelamente a la vía férrea, entre exuberantes plantaciones de bananales cargados de frutos. El día estaba nublado y el viento era frío, circunstancia realmente extraordinaria en aquella latitud. Nos había sorprendido un día de invierno en una región tropical, y no bastaban para abrigarnos los gabanes abrochados y los cuellos subidos. Cruzamos sobre varios canales, dormidos entre las feraces riberas, que parecían darles aire con los abanicos abiertos de las ramas entrecruzadas; pasamos después sobre el ancho brazo de un río remansado, inmóvil, como extático ante las bellezas del paisaje que reflejaba; y, al fin, la carretera pareció volverse loca y empezó a trepar por la áspera sierra como a saltos, dando vueltas sobre sí misma, asomándose osada a temerarios precipicios, cambiando, veleidosa, a cada momento de dirección y subiendo, subiendo siempre, discola, piruetera, venciendo todos los obstáculos y coronando todas las cumbres.

¡Qué trazado más atrevido y qué paisaje más atrayente! Nuevo y distinto en cada recodo. Corría la carretera aquí, debajo de verticales escarpas, que amenazaban sepultarla; pasaba allí entre los espesos cortinajes de la selva impenetrable y misteriosa; saltaba en otro lado sobre el despeñado torrente rumoroso y parecía gozar en todas partes, al tenderse sobre el magnífico alarde de aquella naturaleza desatada en un ímpetu colosal de pujante salvajismo. De vez en cuando, aprovechando para su emplazamiento gallardos pedestales,



Arbol gigantesco de los bosques del Brasil

sabiamente escogidos, alguna gigantesca cruz sobre una artística basa de preciosa azulejería, las casitas de esbelta traza, ornamentadas con grandes cuadros de historiada cerámica azul, que destacaban graciosamente sobre el marco robusto de la piedra gris.

Continuamos subiendo; pronto, desde algunas revueltas salientes, magníficos miradores colgados del vacío, pudimos contemplar, lo que pudiera llamarse vega de Santos, tendida a nuestros pies. Bajo las hilachas desgarradas de la niebla, nos pareció una lindísima maqueta cubierta por una gasa. Era un semicírculo comprendido entre la circunferencia de la sierra y el diámetro del mar. En él, la apretada malla de los ríos de plata y de los canales de mercurio, los conos torneados de los montes de ónix, los trapecios biselados de los campos de esmeralda, un paisaje encantado, pintado por los ojos de la alucinación o del ensueño. Todo dormía en él: las aguas quietas, las brumas inmóviles, la tierra añorante de las acostumbradas caricias del sol. Y éste, añorante también de la contemplación de su amada, desgarraba de vez en cuando los velos virginales que la cubrían para lanzar sobre ella miradas de fuego.

Seguimos conquistando altura; en la cumbre, una refinada hostería nos ofreció pomitos de aroma en diminutos dedalitos de café, deliciosas bebidas y selectas confituras, como el más elegante establecimiento de la ciudad más aristocrática.

Y después, a caminar nuevamente sobre el mar tendido de las suaves ondulaciones de la cumbre, entre lagos bruñidos artificiales, indómitas cabelleras de erizadas selvas vírgenes y cabañas y ranchos semiocultos por los tupidos bastidores de la pródiga vegetación tropical.

Llegamos a San Pablo, una hermosa ciudad de 1.200.000 habitantes, que hervía en movimiento populoso de viandantes, automóviles y tranvías. Su fisonomía era muy diferente de la que habíamos podido observar en las otras ciudades de América: trazados tortuosos en vez de trazados rectilíneos; topografía accidentada en lugar de topografía plana; edificación diseminada entre grandes plazas y anchos paseos, en sustitución de la edificación compacta y uniforme. Dentro de la



En el serpentario. Las serpientes momentos antes de la operación de extracción del veneno

misma ciudad, curvas longitudinales y curvas de nivel, horizontes y perspectivas, marchas verdes riñendo batalla con la monótona blancura de las construcciones; ciudad de montaña en contraste con la ciudad de planicie; espectáculo mixto de urbanismo floreciente y campo feraz.

San Pablo tiene un magnífico Museo de Historia Natural antropológica y civil; pero su nota destacada, personalísima, interesante, se encuentra en el Instituto de Butantán, llamado vulgarmente serpentario.

Después de lavarnos furiosamente para arrancar de nuestras caras el maquillaje de un polvo amarillo rojizo que nos había azotado con crueldad en un trozo de carretera cuyo piso no estaba asfaltado, almorzamos en un espléndido hotel, donde fuimos previamente sometidos al chispeante interrogatorio de una simpática e inteligentísima joven reporter del *Diario da Noite*, atravesamos la ciudad y subimos a una redonda y amplia cumbre, donde se halla instalado el Instituto.

Su finalidad consiste en elaborar preparados inyectables que neutralicen los mortíferos efectos producidos por las picaduras de las serpientes venenosas, tan abundantes en el país.

En él existen dos parques especialmente dispuestos para la conservación de estos animales, tan peligrosos como repulsivos. Están circundados por un foso lleno de agua y tienen en toda su extensión refugios de forma cónica, con varios orificios cada uno, al nivel de la tierra, por donde entran y salen de la cobijera las serpientes.

Mientras el guardián se calzaba las altas polainas defensivas para poder entrar en los parques y enseñarnos los ejemplares, sin inminente peligro, nosotros, a través de los orificios, veíamos en el interior de los nidos horripilantes madejas enredadas de viscosos trenzados gruesos como maromas. Al fin llegó el guardián, provisto de un palo que terminaba en un recio alambre doblado en un ángulo recto. Entró en el parque, mientras nosotros le mirábamos desde fuera. Se acercó resueltamente a una de las cobijeras; introdujo el palo por uno de los orificios y, con rápida acción, sacó del interior una gran serpiente, que se volvió irritada contra él. Poco a poco fué sacando por el mismo procedimiento, de las diversas gua-

ridas artificiales, serpientes de distintas especies, cuyos ataques esquivaba ágilmente y cuyas iras provocaba al mismo tiempo con la maestría de un domador. Se diría que estábamos presenciando un espectáculo de circo. Los inmundos reptiles, del modo más inesperado y más veloz, se lanzaban sobre él, cargados de veneno en la intención y en la boca; pero él paraba sus acometidas, no menos velozmente, valiéndose del



En el serpentario de San Pablo, el director extrae el veneno a las cobras palo con la experta destreza de un profesor de esgrima, mientras nos explicaba.

Aquellas serpientes estaban sometidas a un régimen dietético. Como al morder expelían veneno y como la obtención de su veneno era el fin que allí se perseguía no se les daba alimento ninguno. Las especies venenosas se distinguen por ostentar dos ventanas nasales en los extremos de la boca roma y por tener las pupilas longitudinales y en posición vertical. Ninguna de ellas ataca al hombre mientras no se ve atacada por él. Pero ¡ay de aquel que inconscientemente las pise al andar o las hiera con algún instrumento de labranza!, cosa bien fácil en un suelo donde abundan tanto ocultas bajo la frondosa hervorescencia espontánea.

De improviso oprimió con el palo la cabeza de una gran serpiente de cascabel contra el suelo; sujetó su cabeza fuertemente con los dedos por la parte superior y, de esta traza la levantó hasta la altura de nuestros ojos, mientras ella se retorció desesperadamente, aprisionando su brazo. Entonces, con unas pinzas le abrió la boca, le descubrió uno de los afilados incisivos ocultos bajo la encía, oprimió el tejido hacia arriba y el diente dejó caer una gota de un líquido no muy flúido, amarillo verdoso, mientras nosotros nos permitíamos la osadía pueril de rodear su cuerpo con la mano hasta donde la longitud de nuestros dedos lo permitía y mientras vibraba en el aire el amenazante tintineo del simulado cascabel que dió nombre a la especie. Después pasamos al segundo parque, donde se guardan las serpientes no venenosas. Allí volvió a la tarea de arrancarlas a su descanso. Rodeado de ellas, hizo experiencias verdaderamente curiosas: separar en algún sitio la hierba, hundir los dedos en la tierra, hacer de ellos tenazas, tirar y sacar de aquel oculto agujero una serpiente inesperada. Tomar por un extremo otra serpiente que parecía muerta, una coral preciosa que hacía honor a su nombre, agitarla en el aire como un látigo y terminar extrayendo de su boca otra serpiente de su misma especie y casi de su misma magnitud, tras de cuya operación el despojado animal salió de su letargo como por arte de magia. Y mientras realizaba estas operaciones explicaba también: "Los individuos de estas especies se devoran unos a otros. Tienen la boca puntiaguda, una sola ventana nasal y pupilas circulares; atacan a veces al hombre y pueden ser peligrosas por su fuerza o por la infección tetánica que inoculan frecuentemente sus mordeduras." Estas reglas generales tienen sus excepciones, que vienen, en realidad, a confirmarlas.

Después pasamos al Museo, donde se coleccionan modelos en cera de los efectos externos producidos por las mordeduras; las cobayas que sirven para las experiencias; los caballos que se utilizan para elaborar los sueros, y el laboratorio. En él un docto profesor nos enseñó los venenos solidificados al calor de la estufa y el procedimiento para obtener los inyectables; nos habló de sus efectos antitóxicos, siempre curativos

y nunca preventivos; nos dijo que cuando el veneno entraba en una vena, el antídoto no era bastante eficaz para salvar la vida del inoculado; nos describió la acción de otro preparado anestésico contra los dolores del cáncer que, mejorando el estado general de los enfermos, logra a veces disminuir el volumen de los tumores; nos hizo conocer el tratamiento de inoculaciones progresivas a que eran sometidos los caballos antes de practicar la extracción de los sueros, y nos hizo saber, por último, que, según se desprende del resultado obtenido en alguna experiencia forzosa, puede llegar a conseguirse la inmunidad contra las picaduras cuando se repite en un mismo sujeto el tratamiento de inyecciones. En efecto: el guardián, que había sufrido cuatro mordeduras, fué tratado las tres primeras veces; en la cuarta no se presentaron los síntomas de envenenamiento, ni fué necesario aplicarle la inyección.

Cuando íbamos a salir del Instituto estaban descargando en el parque un envío de serpientes venenosas y de arañas, cuyos venenos también se cultivan. Las primeras venían en cajas de madera, parecidas, por su tamaño y por su forma, a las que se emplean para hacer envíos facturados de botellas. Rápidamente abrían las cajas y lanzaban vigorosamente su contenido por el aire, a caer en el centro del serpentario. Las arañas venían en cajitas pequeñas, acondicionadas *ad hoc* dentro de las cajas grandes. Una araña se escapó y corrió por el suelo delante de nuestros pies y entonces, admirado de la poderosa manifestación de cultura práctica científica que representaba aquella institución, interesante y maravillosa, a cuya acción benéfica debe tantas vidas el Brasil, pero espoleados por nuestros nervios en tensión, volvimos a los automóviles y emprendimos el regreso a Santos.

Llovía torrencialmente; la niebla nos bloqueó, el horizonte desapareció detrás de ella, y con las luces encendidas a media tarde, cruzándonos cada minuto con otros coches que parecían llevar también desmesuradamente abiertos, como espantados, sus ojos de luz, llegamos por fin al puerto cuando ya la sirena del barco hacía vibrar en el aire las primeras señales para zarpar.

UNAS HORAS EN MONTEVIDEO

Como Santos es una isla o, más propiamente, una delta, todavía no habíamos pisado el continente americano cuando apareció ante nuestra vista Montevideo.

¹ Nunca olvidaré la grata impresión que sentí al contemplar desde el barco la capital del Uruguay. Los rascacielos se erguían, pregonando vanidosos su empaque de colosos urbanos, y las playas, anfibia, blancas, luminosas, interminables, se tendían, rodeadas de parques y hoteles, a lo largo de la costa, con envidia del mar que las besaba y orgullo de la tierra que las poseía.

La célebre frase *monte vide eu*, pronunciada por un soldado gallego o portugués, cuando la sublime locura de Magallanes remontó por tercera vez el río explorado primeramente por Díaz de Solís, corría de boca en boca, de babor a estribor, a la vista del cerro que salta sobre la fértil llanura de Montevideo.

Navegábamos en la tarde del sábado 6 de octubre por las aguas del Plata que, contra la significación de su nombre, cenagosas y cenicientas evocaban las riadas del Tajo toledano. Velas y chimeneas en el estuario; fulgores de sol sobre las blancuras del caserío que íbase gradualmente irguiendo ante nuestros ojos, a medida que avanzaba el buque. Después de dos semanas largas de navegación, viviendo en la torre de Babel: confusión de lenguas, de religiones y de costumbres, que esto es la vida a bordo, volvíamos a encontrarnos con la tierra, y a la distancia de más de 9.000 kilómetros reaparecía, briosa y pujante, España; un poco reforma-

da y alterada por la incomprensión de unos y el egoísmo de otros, pero con la misma sangre, con el mismo espíritu que trajeron descubridores y colonizantes. Saluda la sirena, cae la escala, y en alegres vítores, voceados en viejo castellano por el señor Arzobispo de Montevideo, representaciones llegadas de Buenos Aires y residentes en la capital uruguaya, dan efusiva bienvenida a los grupos de la peregrinación.

Dar una vuelta por Montevideo es hacer un recorrido por la Caleta de Málaga, por Las Arenas de Bilbao, por el ensanche de Cuatro Caminos de Madrid. Si la barbarie arquitectónica de los rascacielos no asombrara lo que queda aquí de construcción de tipo colonial; si no existiese la irrupción de americanismo del Norte, que alcanza en Buenos Aires proporciones gigantescas, diríase que esta ciudad es una prolongación de las nuestras. Pero no hay que deslumbrarse con espejismos de romántico optimismo; lo español de cuño auténtico, que en el aspecto de arquitectura urbana apenas pasa de recuerdo histórico, en lo espiritual pierde influencia y carácter, a pesar de la superioridad numérica de la colonia, porque a la embestida constante y sistematizada de italianos y franceses contestan los nuestros con una acción dispersa, incoherente, desarticulada; con ese feroz individualismo, con ese sentido de capillita política, social, económica y hasta religiosa, que tanto nos perjudica. Pero punto y perdón, pues no aspiran a ser estas líneas volanderas meditación de filósofo, sino apuntes de viajero.

Montevideo es una ciudad simpática, alegre, tranquila, atrayente; una de esas ciudadades en las que nos gustaría vivir. Ofrece al visitante en sus calles desde las casitas de un piso, edificadas en la época colonial, hasta los rascacielos de veintitantos, levantados más por la emulación que por la conveniencia. Pero, sobre todo, es verdaderamente asombroso en ella el palacio legislativo, que costó, si nuestra memoria no es infiel, 14 millones de pesos oro, y que es, sin duda, uno de los más ricos y ostentosos del mundo. En él, aparte las salas de sesiones para el Congreso y el Senado, bien entonadas y graciosamente dispuestas, existe un *hall* central, llamado *sala de*

pasos perdidos, que asombra por sus dimensiones colosales, por su altura catedralicia, por los mosaicos de mármoles diversos, que convierten el suelo en un tapiz; por las inmensas columnas de una sola pieza, también de mármol, que sostienen la bóveda; por el oro de los capiteles, por el gusto y la armonía de la traza, por la esplendidez y hasta el derroche que, con verdadero alarde de suntuosidad, nos sorprenden en todas partes. No de *pasos perdidos*, sino de *pesos perdidos* le llaman irónicamente los uruguayos.

El latido más fuerte de españolismo que sentimos en la primera ciudad americana palpité en el corazón de su Arzobispo, monseñor Aragone, durante nuestra visita a la catedral.

“Estáis en vuestra patria —nos dijo—. A todos nos une el vínculo de la raza y de la lengua; estáis entre vuestra familia, porque nosotros nos honramos llamándonos hijos de españoles; estáis en vuestra casa, porque este templo es un sagrado recuerdo que conservamos de los españoles, donde unimos al santo nombre Dios el nombre bendito de la madre patria. Os recibimos con los brazos abiertos. Alfombramos el suelo con nuestros corazones para que vosotros los piséis al andar.” Las almas se recogían entretanto en sí mismas, para saborear recónditamente aquel tesoro de sensaciones nunca experimentadas. Las palabras del Prelado se grababan para siempre en el altar de nuestras almas.

Nuestras almas hablaban, pero callaban nuestros labios. Todo comentario se hacía imposible. Continuamos marchando por las calles, a pie, para depositar una hermosa corona a los pies del hermoso monumento de Artigas. El acto encerraba también una fraternal grandeza; los españoles rendían el homenaje de unas flores al héroe de la independencia uruguayo. Unos y otros habíamos respondido aquella tarde, en todos los movimientos de nuestro espíritu, a la tradición caballerosa de nuestra raza común.

Ya está el barco otra vez levantando anclas, encallejonado entre los muros de boyas que limitan el paso del canal; los pasajeros viven la última hora marítima y, agradecidos a las generosas facilidades que el Gobierno argentino ha prodigado en los trámites de desembarque, en punto a sanidad, policía

y aduana, se disponen a la entrada en ese mundo nuevo del país argentino, cargado de jeroglíficos espirituales, de enigmas psicológicos en torno a un tipo de civilización que, habiendo asimilado substancia europea, española singularmente, savia norteamericana, influencia asiática, empieza a cristalizar en una resultante de argentinismo, de fuerza y vida, que al iberismo y latinidad añaden algo propio, que no sé si está hecho por la yustaposición de elementos heterogéneos o será una síntesis nueva de latitudes, de razas y de climas espirituales.

Horas breves estuvimos en Montevideo; horas confusas, de torbellino sensitivo imposible de definir; horas que hoy me parecen soñadas mejor que vividas. Cuando despertamos del sueño era ya de noche y estábamos camino de Buenos Aires, adonde llegaríamos al amanecer. Las autoridades argentinas venían ya a bordo y, constituídas en el salón, pasaban la revista de sanidad y de policía a los pasajeros.

Y cuando nos levantamos a la mañana siguiente, estábamos atracados en el dique cuarto del puerto argentino; toda la grandeza de nuestro buque era un minúsculo detalle, perdido en el caos del inmenso conjunto; una *lancha* más de las innumerables que poblaban aquellos muelles de 10 kilómetros de longitud.

EN BUENOS AIRES

Por las calles de la ciudad

Con la avidez de todo viajero que quiere entrar, más que en una ciudad, en su ambiente, en su psicología, en su alma, entramos en Buenos Aires en cuanto logramos desembarcar. Era aún muy de mañana, pero la población, esencialmente trabajadora, se había ya derramado por las calles y se entregaba al tráfago incesante de la vida diaria.

Se dice allí con gracejo, y pudiera decirse en todas partes, que “el vivo vive del zonzo y el zonzo de su trabajo”. Sin embargo, en la capital argentina no tiene esta sentencia adecuada aplicación. En ella el vivo vive de su trabajo y el *zonzo* no existe; todos son vivos y todos son trabajadores. Tal vez imprime con su ejemplo el ritmo de esa actividad el forastero, llegado de tierras lejanas en busca de fortuna, sabedor de que el tiempo es oro y ganoso de convertir en oro el tiempo. Pero es lo cierto que el ritmo acelerado arrastra a la población entera, ávida de los minutos de su vida y del fructuoso empleo de sus energías y facultades. La gente anda de prisa; la circulación es vertiginosa.

Buenos Aires es una de las mayores poblaciones del mundo; tiene 2.250.000 habitantes, pero su diámetro es equiparable a Londres, que tiene doble número de almas. A pesar de eso, se puede decir que Buenos Aires no cabe en Buenos Aires. Sus calles se trazaron sin la previsión de su desarrollo posterior, y aun las vías anchas resultan hoy estrechas. Eso sí: lo que no pueden ganar en anchura lo aumentan en



De entre los rascacielos bonaerenses destaca la torre del edificio del Consejo deliberante Foto. S. C. C. A.

longitud. Algunas se prolongan incesantemente, como espoleadas por el anhelo de alcanzar con su trazado a los pueblos circunvecinos. La calle de Rivadavia, por ejemplo, eje de la ciudad, de donde arrancan a ambos lados las numeraciones de las calles que la cruzan, con nombre distinto en cada dirección, tiene ya oficialmente 12 kilómetros, pero crece todos los días, porque continúa densificándose sin cesar el poblado en torno al camino que de ella arranca. Los planos de orientación de la ciudad son, pues, muy fáciles de hacer. Una línea central representa la calle de Rivadavia; líneas perpendiculares a ella señalan las calles transversales; abajo aparecen los nombres de las calles que cruzan a éstas, y la numeración en ambas direcciones de la cruz indica la que en cada calle corresponde a cada lugar. Este sistema de numeración uniforme ofrece la plausible facilidad de conocer, por este plano trazado sobre una cartulina del tamaño de un sobre de cartas, la altura exacta que ocupa cada número en cada calle, porque coinciden los mismos en las que son paralelas. Para ello se adjudica un número a cada metro de fachada y se hacen las *cuadras* (manzanas) de cien metros. Como la numeración arranca en todas las vías urbanas de una misma línea, la primera vía transversal coincide en cuantas cruza con el número 100, la segunda con el 200, y así sucesivamente. Esto explica que las calles tengan miles de números y que para señalar las distancias se diga sencillamente: "De aquí a tal parte hay tantas cuadras", que es como si dijese: "Tantos hectómetros". Buenos Aires resulta, por tanto, a pesar de su magnitud, una de las poblaciones en las que el forastero se orienta y se conduce a sí mismo más fácilmente. En cambio, esos trazados de vías paralelas cruzadas rectangularmente entre sí ofrecen el inconveniente de su innegable monotonía.

La circulación es muy grande, y como las distancias son enormes, los automóviles de todas clases hacen sus recorridos a velocidades verdaderamente inconcebibles en el tráfico urbano, sin que por eso haya que lamentar apenas accidentes, gracias a los magníficos frenos de los coches y a la pericia de los conductores. No es posible calcular sin datos,

de que carezco, el número de automóviles que circulan por Buenos Aires. Sé únicamente que prestan servicio 5.000 autobuses y que por cada autobús se ven pasar más de tres colectivos y muchos automóviles taxímetros y particulares. No deben, pues, equivocarse los que aseguran que pasan de 100.000 los automóviles de todas clases que pululan por la ciudad. Para ordenar tan enorme tránsito los guardias encargados de esa misión están emplazados, como en Montevideo, a la altura de un metro y medio del suelo de la calle,



Montevideo. «La carreta», obra del escultor Belloni.

sobre unas plataformas circulares embarandadas, que recuerdan a los pulpillos portátiles de las iglesias. Los automóviles colectivos descongestionan en un sentido, a la vez que congestionan en otro, el tráfico rodado, y constituyen un servicio peculiar de la capital argentina. Hace unos años empezó a paralizarse la industria de los taxímetros; sobre todo los viejos y mal presentados llegaron a pasarse los días esperando inútilmente la lotería de una carrera. Entonces, para defenderse desesperadamente en su agonía, discurrieron hacer servicio de ómnibus con recorrido fijo, cobrando 10 ó 20 centavos a cada persona. La idea fué bien acogida por el pú-

blico, y pronto fueron substituídos los coches desahuciados por unos autobuses pequeños, capaces para unos catorce viajeros, que son los colectivos de la actualidad. Además, hay un espléndido y copioso servicio de tranvías.

La Avenida de Mayo, cerrada en sus dos extremos por las hermosas perspectivas del Palacio Rosado y del Palacio del Congreso, recuerda, por su comercio, su animación y su ambiente, las hermosas avenidas de París.

Buenos Aires, como muchas ciudades de todos los países, tiene su calle típica. La calle Florida es allí el punto de cita de los habitantes al anoecer. Se suspende en ella la circulación rodada; la gente se desborda de *las veredas*, como llaman a las aceras los bonaerenses; invade la parte que aun seguimos llamando aquí el arroyo, y en algunos momentos se concentra de tal modo que resulta imposible andar. En torno del torrente humano los escaparates reverberan luz, y los grandes y variados anuncios luminosos perpendiculares a las fachadas forman bastidores policromos que dan a la perspectiva un aspecto fantástico.

Los escaparates ofrecen suficiente distracción para pasar unas horas, sin otra perocupación que la de ir de uno en otro parándose ante ellos. Algunos tienen dos pisos, y por un mecanismo interno se efectúa cada minuto la mutación, subiendo o bajando el que estaba expuesto para dejar su puesto al que se hallaba oculto. También hay escaparates automóviles circulantes intensamente iluminados, que persiguen —pudiéramos decir— al transeúnte, en vez de esperar su visita. ¡Gran comercio el de Buenos Aires! En su seno encuentra el visitante una farmacia, que no he de nombrar para huir de toda apariencia de reclamo, donde se recaudan 30.000 pesos cada día, y grandes almacenes que parecen trasplantados de París. Los puestos donde se vende tabaco y además, generalmente, lotería, abundan mucho. Con cada paquete de cigarrillos que se adquiere suelen regalar una caja o un librito de fósforos. No se usan, pues, los encendedores, llamados con mucho gracejo *los amigos*, porque *fallan siempre que se los necesita*.

Asombra la potencialidad de crecimiento de la población. Todos saben que es una ciudad relativamente nueva; en ella

no hay, ni puede haber, sedimentos artísticos ni arquitectónicos de otras edades; pero su expansión vigorosa invade incesantemente el terreno, según ya hemos dicho, como una inundación de casas que todo lo cubre. Por eso, al lado de la



Avenida de Mayo

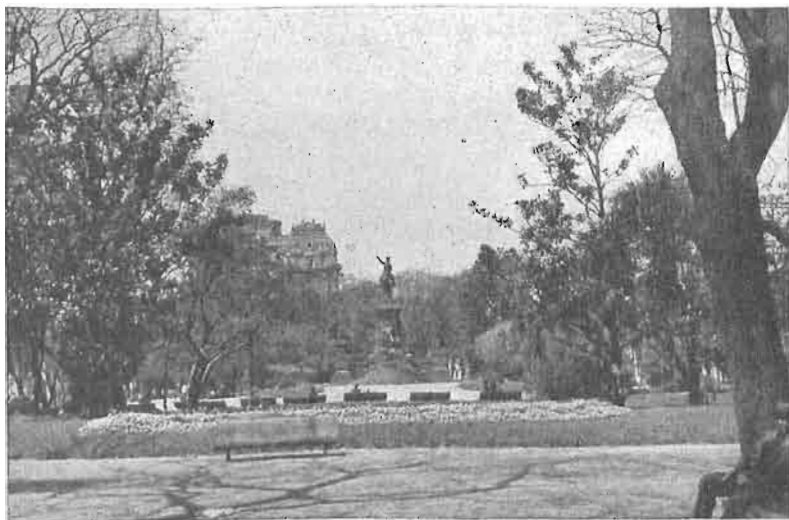
edificación construida de un solo piso, hace unos años, se levanta la casa suntuosa moderna de elevadas proporciones, aun cuando sólo la emulación puede justificar el empeño de aprovechar verticalmente el espacio en un país donde existe horizontalmente de sobra. Los rascacielos tienen veintitantos pisos y en la actualidad se está construyendo uno de treinta y tres.

La vida es muy barata; los alimentos y los artículos de calzar y vestir se adquieren por precios irrisorios. El cubierto en un restaurante *bien*, como ahora decimos para referirnos a veces incluso a cosas que están *mal*, cuesta un peso al mediodía y peso y medio por la noche, o sea dos o tres pesetas, poco más o menos, respectivamente. Así sucede, por ejemplo, en cierto restaurante chino situado en la Avenida Diagonal.

En una ciudad de esta importancia no podían faltar los subterráneos. Tiene dos en servicio, y cuando escribimos estas líneas habrá ya asistido a la inauguración del tercero. Este último es un monumento levantado a España en el corazón y en la entraña de Buenos Aires por el genio y la tenacidad del conde de Guadalhorce. Las dificultades vencidas para financiar el asunto, los problemas técnicos resueltos y el acierto y el gusto con que se ha llevado a cabo la realización del proyecto concebido son y serán siempre un título de gloria para el ilustre español y para su patria. Como no podía ser inaugurado antes de emprender nuestro regreso, el día de San Rafael, la gentileza del conde se apoyó en el pretexto de celebrar su santo para invitarnos a un almuerzo en el Alvear Palace, donde se hospeda, con objeto de llevarnos después a visitar el subterráneo. Vimos allí, entre otras personalidades al Obispo de Madrid-Alcalá y a monseñor Andrea; a la princesa María Pía de Borbón, a los marqueses de Salamanca, a los señores de Maura, a don Pedro González Arnao y a una hija de los condes de Mieres. A las tres descendimos a la estación del Congreso, suntuosa, de techo plano sostenido sobre columnas, espléndidamente iluminada y decorada como la antesala de un cine lujoso; y recorrimos después, en un tren preparado al efecto, las otras tres, ornamentadas con magníficas cerámicas de Talavera, que honran a sus autores; los señores Ruiz de Luna, y pregonan los méritos insuperables del arte nacional. Aquí, como en el teatro Cervantes Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero, Guadalhorce ha querido ofrecer a los argentinos manifestaciones vivas de la Patria.

La hospitalidad argentina es proverbial: atiende, obse-

quia, acompaña y sirve en todo momento al forastero y especialmente al español. No encuentro frases bastantes para encomiarla ni lugar suficiente en mi corazón para agradecerla. Gracias a ella pudimos gustar el mate, la carne con cuero, el churrasco y otras bebidas y manjares criollos en aquellas comidas suntuosas a las que, para mayor facilidad, dada la premura de nuestro tiempo, nos admitían con carácter de intimidad a fin de que pudiésemos asistir *de sacco*, o de americana, como nosotros decimos. En muchas de ellas saborea-



Plaza de San Martín

mos también suculentos pavos, soberbios ejemplares que habían pesado a veces 14 kilos y cuyos padres, de raza, alcanzaban el precio de 500 pesetas.

Su prensa ocupa lugar preeminente en el mundo. *La Razón*, *La Nación* y *La Prensa* son diarios admirados en todas las naciones civilizadas. *El Pueblo*, diario católico de gran porvenir, hizo el esfuerzo admirable, durante los días del Congreso Eucarístico, de publicar sus ediciones en cuatro lenguas. Para nosotros *La Razón*, uno de los diarios de más autoridad y prestigio en Buenos Aires, fué nuestra propia casa durante nuestra *estada* en la Argentina. Su organización es

perfecta; su información, copiosa; sus editoriales, de mucho peso para el país. Realiza una labor españolista digna de todo encomio, que ahora culmina en la edición del semanario *Crónica Española*, cuyos números son arrebatados por el público de manos de los vendedores y cuya factura es de irreprochable maestría. El será, en lo sucesivo, la voz viva de España en todas las provincias de aquella gran República. Aparte la gran sala de fiestas y la magnífica biblioteca que encierra su ostentoso edificio de la Avenida de Mayo, llamó nuestra aten-



Plaza de Lavalle, al fondo el Palacio de Justicia

ción el inmenso archivo que atesora un millón de fichas, entre las que fueron halladas las nuestras a los pocos segundos de ser solicitadas. Su quinta edición, de las seis de la tarde, y la sexta, de las nueve de la noche, son las preferidas por el público. La práctica del periodismo en Buenos Aires es una verdadera cátedra, donde cuantos se dedican, en uno u otro aspecto, a la confección de diarios, tiene siempre algo que aprender.

Como en todas partes, los grandes diarios publican en sus cartelones las últimas noticias. Y era de ver el interés que despertaban en los transeúntes las noticias de España. Ante

las carteleras que las contenían se agolpaba la gente, interrumpiendo la circulación, y muchas veces no se limitaban a mirar: hablaban apasionadamente, discutían, cuestionaban, hasta adoptaban airadas actitudes que llegaban a transformarse en acciones violentas.

El pueblo, aquel pueblo que viste sin excepciones a lo señor, aunque trabaje intensamente, tiene una formación ciudadana ejemplar, de la que dió alto ejemplo mientras se celebraba el Congreso Eucarístico. Los altoparlantes ordenaban



Frente a la Catedral de Buenos Aires

a la muchedumbre lo que había de hacer: replegarse, comprimirse, avanzar, retroceder, desalojar un sitio u ocupar otro, y cientos de miles de personas, observantes y sumisas como soldados ante la orden de un general, obedecían ciegamente sin protestas ni rebeldías. El hecho de que en aquellas enormes aglomeraciones no haya habido que lamentar el más ligero incidente, pregona un grado de civilización maravilloso. Sólo en una ocasión vi desmandado al pueblo; pero aquel desbordamiento, antes que censuras, reclama también admiración. El cardenal Pacelli iba a partir. En la Avenida de Mayo, como en otras ocasiones, se habían tendido a un metro del suelo y a lo largo del encintado de *las veredas* cables

de acero para contener a la multitud. Pero pasó el legado del Papa; la compacta muchedumbre no supo contenerse; los cables desaparecieron y el río humano invadió el centro de la vía pública; pues, aun entonces, no pasó nada. Rodeó el coche, vitoreó, aplaudió y, enardecido de entusiasmo, dejó respetuosamente paso, sin dar lugar en ningún momento a la intervención de los agentes.

El espectáculo de unas carreras en el Hipódromo, que un domingo pude presenciar, confirma también el juicio laudatorio. Cientos de miles de personas; emoción desbordada; señoras con las manos hinchadas de aplaudir; pasiones, juego. Y, sin embargo, orden en las tribunas, orden en las vallas, orden en las filas, orden en todas partes, jamás perturbado por discusiones ni menos por reyertas.

Y lo confirma, sobre todo, el hecho de que, al pasar la manifestación de 200.000 hombres que se dirigían a comulgar a la plaza de Mayo, los otros cientos de miles que presenciaban el desfile, gentes indudablemente de todas las creencias, estuviesen descubiertos; y el de que si alguno por excepción no lo estaba, se descubriese sin protestas en cuanto alguno de los 3.000 muchachos provistos de un brazalete y designados para encauzar aquel río de la Plata humano, se acercaba al irrespetuoso y le decía sencillamente: "Señor, *sáquese* el sombrero."

Y éste fué el Buenos Aires que vimos y adivinamos en nuestros primeros paseos: una ciudad tan grande y tan bella como culta, que, además, en aquellos días del Congreso, lucía el ascua de oro de sus iluminaciones artísticas, fantásticas, colosales, espléndidas, hasta el punto de que ponían en fuga las nocturnas tinieblas bajo los fulgores de un día artificial.

AMANECER DE PRIMAVERA

La información cablegráfica es índice de un guarismo, expresión escueta de un hecho, osamenta, en suma, del organismo periodístico; esqueleto sin calor de vida, que necesita, para el pensamiento y la emoción, de carne que lo vista y de espíritu que lo anime. He aquí el oficio de la crónica; mas no de ésta ciertamente, pues aunque el consabido toque de la flauta de la fábula, pudiéralo cumplir en algún trance, no sería en el presente, en que la idea anda dispersa y el corazón agitado ante la diversidad y magnitud de las impresiones; faltos de aquella serenidad y ponderación que en el mundo mecánico como en el moral producen el equilibrio y son padres de la belleza. Y aplicando el cuento al caso, he de decir que las noticias ahí llegadas en vuelo de ciencia por el cable, con haber sido, sin duda, resumen certero de datos, suma de cifras, exacta relación de sucesidos, no son, ni con mucho, lo suficiente para apreciar y comprender la grandeza y el valor espiritual del primer Congreso sudamericano.

Porque ¿quién puede aquilatar con peso y medida cablegráficas, el fervor de patria que subió impetuoso del alma a los labios a la llegada a Río de Janeiro del Dr. Gomá, Arzobispo de Toledo, creciente en Montevideo e indefinible en la capital argentina, y no disminuyó el entusiasmo, antes mantuvo la línea de brío y pujanza, cuando fué llegado a Buenos Aires el señor Obispo de Madrid y el de Orihuela con sus centenares de peregrinos, cuando los buques iban cuajando las dársenas del puerto y miles de cruzados eucarísticos, venidos de todos los confines del orbe, cantaban en estas arremolinadas calles bonaerenses el himno del amor y de la fe sacramentales?



El Sr. Arzobispo de Toledo, Primado de España, a su llegada al puerto recibido por el Sr. Arzobispo de Buenos Aires, monseñor Copello

Prodigio de organización, de piedad y cultura, de arte y de riqueza, en la hondura e inmensidad de este pueblo; crisol de civilizaciones y de razas, fué ahora fundente aquel sagra-
do *glutinum unitatis* de que habla San Agustín, el aglutinante de unidad eucarística que enlaza, junta y solidifica los elementos más dispersos cuando el amor los depura.

Desde la recepción al Cardenal legado, hasta la comunión de los hombres, que está acabando a las seis y media de la madrugada en que escribo, la oficialidad de todos los actos del gran Congreso se ha absorbido en la substancia de religiosidad popular del mundo entero aquí presente, alabándola, magnificándola, abriendo cielo y tierra en el ósculo blanco y rosa de una primavera del alma, del alma contemporánea, que vivía aterida en los fríos del invierno de la estepa materialista.

Amanecer de primavera espiritual la llamó el cardenal Pacelli en su discurso de inauguración, y lo es, sin duda, claramente manifestada en los brotes eflorescentes de renovación, de juventud, de brío, en la alegría de los semblantes, en el júbilo armónico de los coros, en el acento bizarro con que los congresistas afirman su credo. Todo es aquí juventud, porque es catolicismo constantemente renovado. Juventud y paz, aunque los conceptos parezcan antitéticos, porque la fraternidad en el tabernáculo es incompatible con la guerra, predíquela quien la predique y hágala quien la haga. De la paz que vino a traer Cristo, de la que su Vicario es portador en ese eminentísimo representante.

“Sobre el monumento de los españoles, como un símbolo de la hora actual de tristeza —ha dicho un escritor argentino—, envuelta en el sudario de la tristeza, pero llena de esperanza, porque no ha muerto allí el catolicismo que sostuvieron sus hijos y que fué base de nuestra nacionalidad, se erguía la gran cruz, de transparente blancura, bajo el signo redentor, el altar donde todos los cultos se han celebrado. Mas no como sudario envolvían los lados del altar a nuestro monumento hispánico, sino más bien descansaba en ella como sostén, como ara donde se rinden las grandes inmolaciones libradoras, los sacrificios que redimen.”



Monumento a los españoles. Obra de Querol

Por las cuatro anchas y dilatadas avenidas, brazos abiertos de la cruz, caminaba avanzando la muchedumbre, representando el caminar constante de la Humanidad, siempre en marcha hacia lo alto; volaban los aviones; en aleteos de manos y pañuelos, ansiaban más encumbrada ascensión las almas; agitaba el viento suave velos y mantillas de blondas; cantaban millares de labios angélicos, y cuando la Hostia santa alzábase sobre el oleaje denso de aquel mar humano, en quietud y silencio de adoración, Dios bajaba, misericordioso, hasta el hombre y el hombre subía santificado hacia Dios.

Un grandioso templo toda la ciudad; un inmenso copón cuando, en cualquiera de sus amplias calles, el amplificador era cabal eco de las voces del Palermo, de suerte que, gracias a este servicio, instalado aquí como jamás se vió, cada una de las cajas de resonancia recordábamos las escondidas capillas de nuestras catedrales, Sevilla o Toledo, desde donde los fieles, sin ver al sacerdote, oyen la misa.

Ya cae la tarde, cambiándose la gloria de este sol de octubre por la ondulante y tentadora policromía de los arcos luminosos. Me acuerdo del manso y peligroso atardecer de nuestro Madrid; la oración de la noche la reza el parpadeo de millares y millares de artísticas lámparas suspendidas de pared a pared, y en el fulgor de los nocturnos resplandores parece que se gozan en alumbrar esta hora vespertina y difícil, hora siempre del pecado ciudadano y, al presente, de arrepentimiento y enmienda para la luz de la fe.

Se abren los templos para la *Hora Santa*.

¿Cuántos adoradores? En todos, las selecciones eucarísticas se recogen en actitud de homenaje, de reparación y desagravio. Los prelados, los sacerdotes, la jerarquía del mundo católico llena la Basílica del Santísimo Sacramento. La palabra jugosa de savia evangélica, hecha modernidad de apologética adaptación, de Monseñor de Andrea dirige el ofrecimiento sacerdotal, y oran en el presbiterio el Cardenal Legado y los altos dignatarios eclesiásticos, y sale a la calle el rumor de preces impregnadas en un color morado de Jetsemaní. ¡Hay que amar para que nos amen! ¡Tenemos que sacrificar-nos primero los sacerdotes para que ellos se sacrifiquen!



Millares de congresistas en una de las avenidas de Palermo

A la mañana del día siguiente, 11, la ciudad ha mudado de aspecto. Un gozo de inocencia, una alegría de Belén, un júbilo de infancia corre desbordado hacia Palermo. Como bandadas de palomas, por todas las bocacalles aparece radiante el grupo de niños que van a su comunión. Vierte el ferrocarril central en la estación del Retiro: ¡qué madrileño el nombre!— su carga humana, y en oleaje denso nos encaminamos hacia la cruz. Cuando llega al altar retumba en el espíritu más que en los oídos la estrofa de nuestro *Himno Eucarístico*: “Cantemos al Amor de los amores”, que es aquí popular.

En la sugestión bíblica de las palmeras; en la ternura conmovedora de 107.000 niños que abren su pecho a Jesús Sacramentado; en la polifonía mística del canto gregoriano; en el perfume de la rosaleta que empieza a cuajarse; en la ofrenda del trigo limpio, de la uva madura, del pan sazonado que hicieron los niños; en la emoción de lágrimas de cardenales y obispos vive y alienta de esta mañana de Dios, de esta primavera inolvidable, que será, sin duda, el germen, la semilla de manos puras en el surco que a la tarde será flor y fruto a la noche.

En no pocos aspectos, os lo demostraré en sucesivas crónicas, el Congreso de Buenos Aires supera en grandiosidad, y singularmente en manifestaciones de providencialismo, a todos los celebrados.

“¡Esto es un paraíso!”, comentaba el cardenal Pacelli, resumiendo en la frase su parecer, y este pensamiento, sabiamente glosado por *La Razón*, el periódico españolista por excelencia, la obra magna del Dr. Sojo, tan querido entre nosotros, que anda tan entregado a las tareas informativas como el último de sus redactores, ha compendiado a maravilla el significado de la comunión infantil.

NOCHE ILUMINADA EN LA AVENIDA DE MAYO

“Si la plaza de Mayo hubiera conservado su antiguo nombre habría reflejado con toda exactitud el sentido del acto eucarístico, que pareció congregarse en el inmenso altar de la media noche a todos los hombres del mundo.”

Era aquélla, en efecto, la plaza de la Victoria. De la victoria de la fe, de la victoria de la paz, que elevaba a todo un pueblo en las alas imponderables del espíritu.

“La palabra no alcanzará a reflejar jamás toda la augusta importancia de la ceremonia. Porque mientras los hombres de Buenos Aires afluían al vasto espacio y la multitud se hacía una sola masa oscura, inquieta y ondulante, el marco circular que la contenía se iluminaba, transparente y sonoro, como un vaso de cristal recortado en la noche.

Y seguían llegando las columnas de fieles. Tomados del brazo, prietos como legiones de una nueva cruzada; otras en el aspecto, pero de antigua data en la emoción. Con la misma luz en la frente, los caballeros cristianos debieron seguir la ruta de San Luis de Francia en demanda del Sepulcro santo.

Sólo que éstos de ahora, casi ingrátidos en la maravillosa expresión de fe colectiva, que ponía en la noche una emoción litúrgica indefinible, no parecían querer conquistar otra cosa que la serenidad. Serenidad en el espíritu y en el espacio.

De ahí que cuando la muchedumbre era más densa y los himnos, las oraciones y cánticos asumían un fervoroso anhelo de altura, toda ella parecíase envuelta en un halo secreto

y hondo; luz del espíritu iluminando un trozo minúsculo de la tierra, bendecido desde cuatro altares cardinales.

Enmudeció el aire. La Hostia sagrada se elevó frente a la multitud en la divina presencia de la primera ofrenda. Y por sobre la plaza, de rodillas, vagó un tenue rumor sin eco. Algo así como si palpitase en silencio un solo, un enorme corazón."

Hemos querido dar comienzo a esta crónica transcribiendo un juicio de *La Nación*, a fin de que no parezcan las afirmaciones propias parcialidad de clerecía o figura hiperbólica de escritor. Jamás en los Congresos Eucarísticos a que asistí, y este parecer lo autoriza monseñor Heylen, presidente del Comité Internacional, se ofreció escena tan edificante y grandiosa.

El desfile, que había de principiar a las diez y media de la noche, tuvo que retrasarse, porque a esta hora la plaza de Mayo, de capacidad considerablemente superior a la nuestra de Cibeles, estaba rebosante. No poco menos ocupada toda la Avenida; el gentío arracimado en los balcones y azoteas, que en pleno octubre hicieron su agosto pujando los sitios. Cuando los grupos de legionarios, institución de jóvenes argentinos a la que en gran parte se deben los éxitos de orden en los momentos difíciles de la aglomeración, formando cadenas, levantando muro entre los espectadores y protagonistas, llegando hasta el número 591 de la Avenida, en que yo estaba, iniciábase la marcha en la plaza del Congreso. Desde aquí a la circular de Mayo media una distancia de dos kilómetros aproximadamente, y a tiempo que los arzobispos celebrantes rezaban las preces del *introito* en la misa, el ejército en marcha, en filas de a 50 en fondo, apretado y denso, no había podido alcanzar la mitad del trayecto.

¿Qué cifra habrá dado la United Press? ¿Trescientos, cuatrocientos, seiscientos mil? Hay absoluta unanimidad en declarar que nunca se ha conocido, ni en los días faustos del centenario, un espectáculo semejante; pero lo de menos, con ser mucho, siempre es el número, la cantidad que le cabe en cómputo de sumandos, que el interés, la curiosidad y la devoción pueden congregar. Lo importante, lo que encie-

rra un valor de espiritualidad imponderable, lo que al llegar a Europa tiene que impresionar a pensadores y gobernantes, si el viejo mundo no ha perdido la sensibilidad, es la claridad de posiciones político-religiosas mantenidas ante el Cuerpo diplomático y la prelación universal por el Presidente de la República, que sin titubeos ni reservas subrayó el fracaso de los modos y estilos de Gobierno antirreligioso, la necesidad de volver la vista y alma a Dios en esta hora en que la ideología humanista ha fracasado en todas sus experiencias.

Lo que se graba con buril de fuego en la memoria y en el espíritu es aquella ansia de Dios que acuciaba a los peregrinantes. Miles de confesores hubo durante el día en las iglesias, y ante la solicitud ininterrumpida de los requerimientos fué preciso colocar automóviles en las bocacalles, y como todavía no era suficiente, mientras el desfile avanzaba y los altavoces repetían las oraciones litúrgicas, y monseñor Franceschi dirigía los rezos que el público clamorosamente repetía, en alternativa cordial resonaban himnos nacionales y religiosos y los vítores saludaban al paso de las banderas; en aquella hora de sobrenaturalidad, echando al diablo los respetos humanos, en plena vía, codo con codo, los congresistas, miles de hombres, pedían confesión, y al resplandor de luces policromadas la mano sacerdotal trazaba en el aire el signo de la bendición: "Yo te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo..."

¿Qué otro testimonio, si menos autorizado más significativo, que el caso de que fuí actor y testigo al mismo tiempo? Salía, a las dos y cuarto de la madrugada, del domicilio de la Corporación Americana del Reintegro, desde donde presencié el imponente acto; cerrábase la puerta en despedida, y ya al pie de la escalera, una voz de mujer me llamaba, conmovida en anhelo y sollozos:

—¿Quiere usted confesarme?

Se arrodilló la señora en el suelo, y, acodado yo en el pretil, con el manteo español entre las barras de la reja haciendo de rejilla, empezó la administración del sacramento regenerador.



Los Obispos y dignatarios eclesiásticos al terminar una de las sesiones de la magna asamblea

Aquella mujer tenía cuarenta y dos años, era italiana y jamás se había confesado.

—¡Tengo hambre de Dios, porque los hombres me han engañado tanto!...

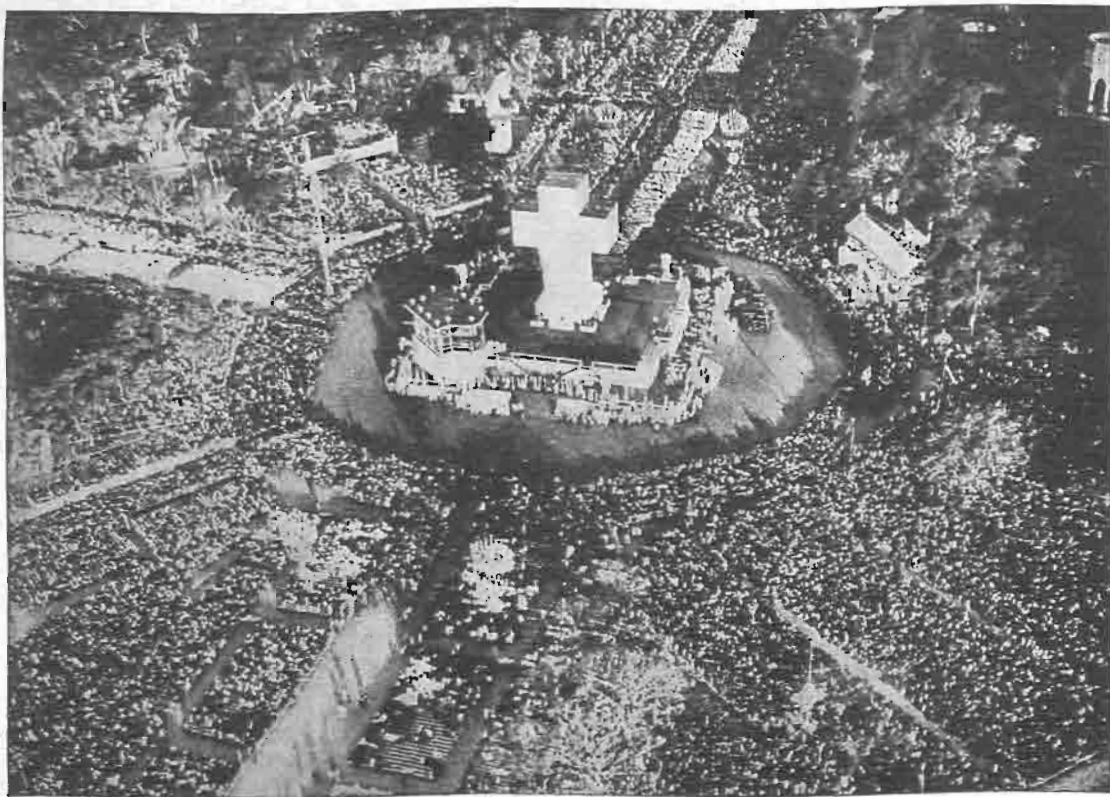
Golpes de gracia como éste, y acaso más contundentes, se han dado por centenares, como si la Avenida de Mayo hubiérase transformado en camino de Damasco, para cambiar el rumbo de muchas almas convertidas en un instante en vasos de elección.

Pero alárgase más de la cuenta la croniquilla, y el tema de encabezamiento exponente inicial de propósito queda rezagado y en segundo término, cuando debió ser el primero, si bien, en disculpa de la preferencia, tengo la importancia objetiva de lo ya dicho y su relación esencial con lo que se va a decir.

Iba en la cabeza de la concentración (es vocablo de la Prensa argentina) de cada uno de los grupos la bandera del país o el estandarte de la Asociación piadosa que representaban, y al paso de cada vanguardia el fervor patriótico levantaba hurras y clamores.

—¿Cuándo viene la nuestra? —preguntaban, impacientes, los compañeros del balcón; y en torno al interrogante apasionado y cálido, el tono polémico acerca de los colores, la ridícula supresión de los tradicionales y la substitución precipitada de los improvisados, apenas nos permitía contemplar con envidia. ¡Dígame con llaneza de Castilla! La entrañable identificación de los asambleístas con el símbolo de su patria respectiva y el desbordamiento nacionalista, ahora laudabilísimo, que en voces y aplausos vibraba de emoción ante la señal evocadora de la tierra y del hogar nativos.

Y en esto andamos cuando, a tiro de honda, vemos, juntos y enarbolados, dos pabellones que ocupaban buena parte de la ancha vía. Eran la argentina y la de España, que algún experto psicólogo y patriota de limpio cuño había anudado para que la hermandad en que de antiguo viven recibiese, en esta noche simbólica, la consagración sacramental que imprime el carácter, y a la faz del universo, aquí congregado,



La Cruz monumental preside en Palermo el Congreso donde el mundo entero está representado

se afirmara nuevamente la unión de los corazones de ambos pueblos.

¿Habrà que añadir a la exactitud del relato que, en saludo continuado de aplausos, teniéndose que detener a cada paso, inclinándose en agradecimiento y correspondencia, banderas y abanderados recorrieron la Avenida? Desgraciadamente, unos y otros, argentinos y españoles, tan fáciles al entusiasmo como al menosprecio, individualistas por naturaleza, formación e índole, acaso hayan olvidado a estas horas la profundidad y altura del simbolismo que una concurrencia intencionada o casual avivó tan oportunamente. "Pero no hay siembra del todo mala", dicen los labradores de la charrería salmantina; y es verdadero su adagio, pues el Congreso Internacional, que primaria y directamente se endereza a fines espirituales y ultraterrenos, lógralos también por manera accidental en el orden de la ciudadanía, pues que es bien notorio que la convivencia de las colectividades españolas, de acuerdo casi siempre con la teoría del refrán: "Cada uno en su casa y Dios en la de todos", "Allá cada cual, y come del tuyo, que con el aire no se oye", ha mejorado en el sentido de solidaridad, que se afirma y acrecienta; de compenetración, que se robustece; de mutualidad no sólo de servicios, sino también de afectos.

Y por lo que hace a los argentinos, no en breve medida contribuyó en el Congreso a que, por efecto y resultante de la fraternidad cristiana, se disipen recelos, se esclarezcan sombras, se borren emulaciones y el ideal de raza, que es para ambas, abrevie a zancadas el camino de la soñada realización. Que no en balde aconseja el Evangelio: "Buscad el Reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura".

EL DÍA DE LA RAZA EN 1934

Afortunadamente para ambos pueblos, el argentino y el español, la celebración hogañó de esta jornada, el recordatorio que evoca la más alta empresa que vieron los siglos, contribuirá a que pase del todo la hora sombría en que España, dolorida, presenció, desde la cruz en que la clavaron odios y egoísmos, cómo se alejaban de su lado, desdeñosos, cuando no enemigos, aquellos a quienes dió en generosa entrega las puras esencias de su espíritu y los glóbulos rojos de su sangre.

Sería pueril regatear valor reconstructivo a la iniciativa y agradecimiento a los iniciadores de este Día de la Raza, en virtud del cual, al juntarnos en la recordación y señalamiento del mismo hito geográfico y del mismo hecho histórico —el puerto de Palos, la aurora de Guanahaní, el intento civilizador de los Reyes Católicos y de Colón—, se subraya y exalta lo característico, lo diferencial de la estirpe, dándole al pasado lo que su gloria merece y abriendo en la anchura luminosa del pretérito rutas hacia el porvenir. Porque no ha de ser la fiesta memoria de una fecha, homenaje a unos monarcas, tributo a un descubridor, y menos, mucho menos, el tópico verbalista en torno y torneo de "la Madre Patria", que ya es mucho *macanear*, como dicen por aquí, con ese apelativo literario a la maternidad, repetido de zoco en colodro, sin saber a punto fijo en qué consiste. La fiesta ha de constituir acto de fe de los que preconizan "una política internacional orientada en el sentido de la mayor intimidad entre los pueblos del tronco hispano, basada en los principios tra-

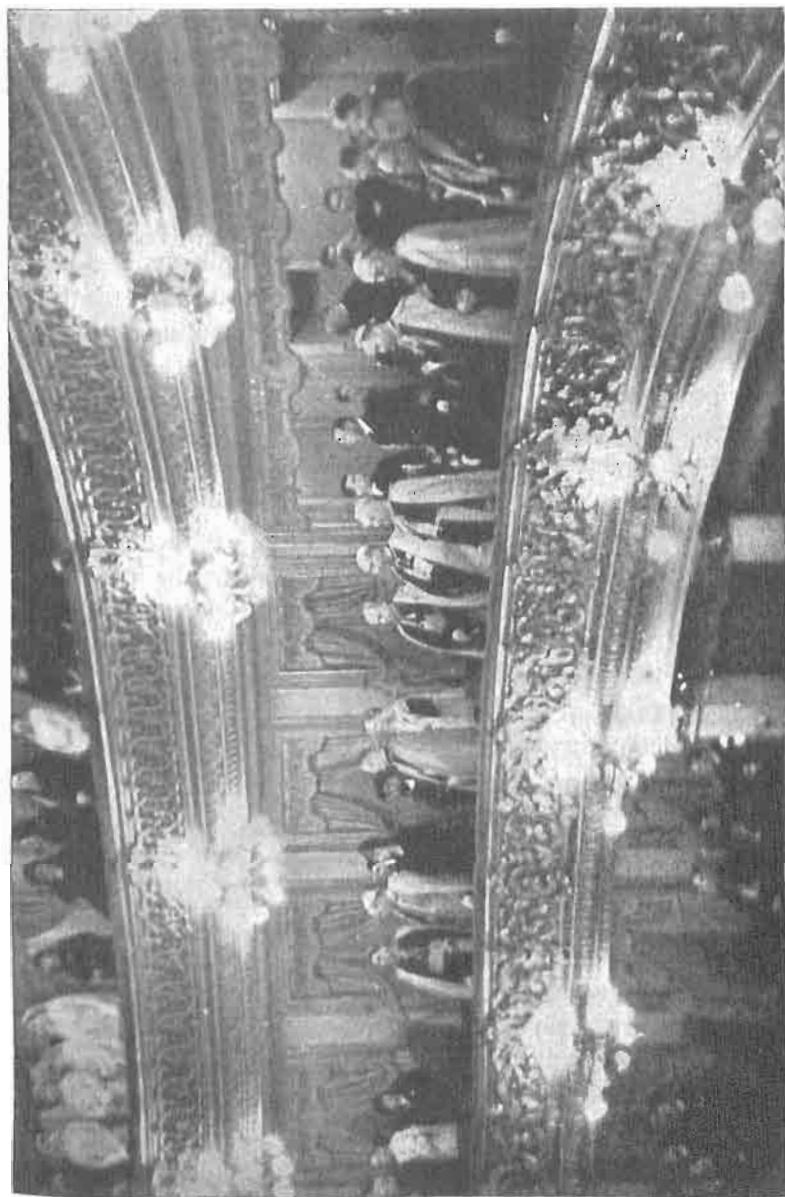
dicionales, fomentada y desarrollada por el intercambio de los intereses morales y materiales y afianzada por una alianza defensiva que lo solidarice contra quien quisiere avasallarlos”.

Que tal ha de ser el rumbo y orientación adviértese aquí con manifiesta objetividad, en vista de la pugna y competencia, de la rivalidad que frecuentemente oculta el velo diplomático, de las hábiles y cautas infiltraciones y del constante asedio de los rondadores, que no pasan noche sin cantar su amor a la reja de América, contentándose muchas veces con desplazar a los que juzgan rivales y procurando otras el brusco rompimiento.

Metrópoli espiritual de sus antiguas colonias, hoy naciones independientes y prósperas, con inmensas posibilidades en el día de mañana, que en estas tierras vírgenes guárdanse acaso las reservas del mundo; el contenido y perspectiva del hispanoamericanismo nótrese principalmente de la substancia religiosa, que fué cimiento de las nacionalidades y civilización de la América española; española y no latina, como escribía con nobilísima terquedad y pertinencia Francos Rodríguez, cuya pluma tan hondo entró en este surco, con la espiritualidad por sostén y base de todos los bienes y ventajas de orden moral y material, que ayudan y fomentan el bienestar, no olvidando que la desespañolización, habilidosamente ejecutada, tiene por vía natural aquí la descatoización.

Grande perspicacia y argumento de españolismo auténtico por tales motivos fué el acuerdo de los organizadores del Congreso al incluir en forma y sitio preferente del programa el Día de la Raza, que, comenzando con la misa en la iglesia de San Agustín, magnificada con la belleza, cordialidad y frases de apología hispánica de la oración que ya habréis tenido la dicha de leer, pronunciada por el señor obispo de Madrid, culmina en la fiesta, que yo no sabría describir, en que la palabra del doctor Gomá fué corona forjada con el oro del más puro españolismo.

Hasta el nombre del teatro elegido —el teatro Colón— contribuía a acrecentar la solemnidad. Grandiosa y fina la traza arquitectónica, sobria y armónica la decoración, con



Fiesta de la Raza. Aspecto del teatro Colón

capacidad superior al famoso de la Scala de Milán. Un cronista de sociedad, sabedor del oficio y del lenguaje, escribiría en su *block* de notas, en seguida de echar el consabido vistazo por plateas, palcos y tertulias, que en el coliseo "habíase dado cita lo más escogido y selecto, el público de las grandes solemnidades".

En la presidencia, el cardenal-legado y el presidente de la República; la mantilla española como airón de patria y pregón de belleza femenina; el rojo púrpura de las vestes platicias, la negra sotana clerical, el uniforme militar, vistoso y atrayente, y el viejo frac y el señorial *smoking*, que el buen gusto de esta República no ha arrinconado al fondo del guardarropa; aristocracia y pueblo, milicia y clero, los cuatro brazos tradicionales de las viejas naciones luciendo en la nueva; una orquesta, que en la artística batuta de su director y en la destreza de los ejecutantes recordaba las de Bretón y el maestro Caballero, de tipo español castizo; en el escenario Martínez Zubiría, Hugo Wast, y en el sillón central el arzobispo de Toledo, primado de España. Figura de los cuadros del Greco la del insigne literato argentino; el verbo ágil y preciso, moderno y clásico, cabal la idea, iban articulando el Evangelio y la Historia, el templo y la calle, Roma y Buenos Aires, con líneas, colores y contornos que, con el tabernáculo por fondo, daban imagen fidelísima del alcance y significación del Congreso, con sus antecedentes y derivaciones en el orden religioso, social y político. No resisto a copiar un párrafo del admirable discurso:

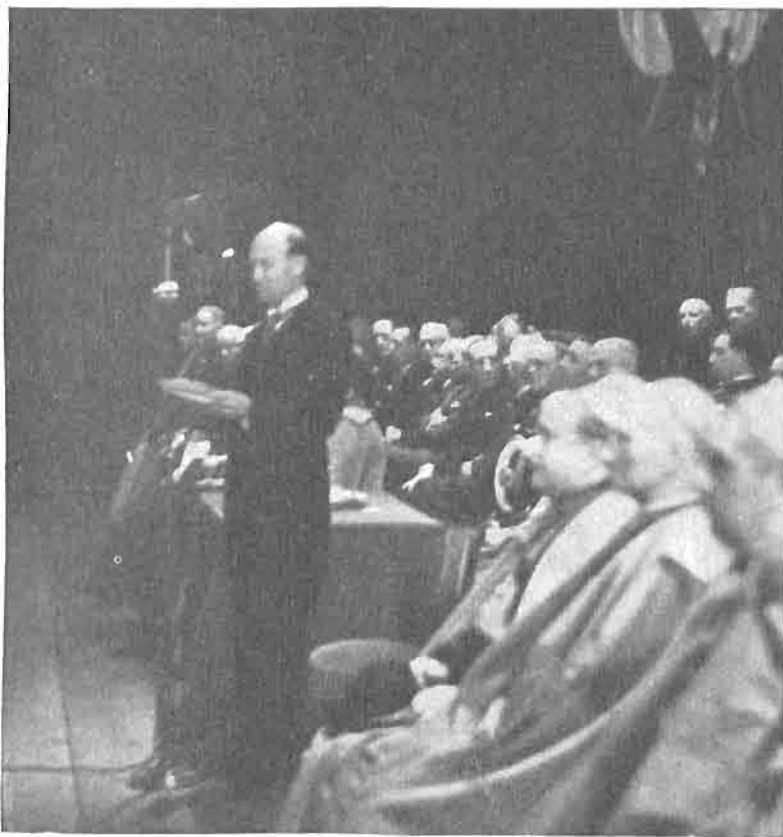
"Cristo hoy recorre las calles y las plazas de Buenos Aires.

"Ya conoce a sus obreros de siempre; ahora busca a los otros. *Quia tempus miserendi ejus, quia venit tempus.* (Ha llegado el momento de la misericordia.) Hay que confesar, digámoslo con seguridad y con orgullo, que Buenos Aires, y cuando digo Buenos Aires digo la nación, y digo nuestra América, y digo nuestra raza, se ha puesto en pie para seguir a Cristo y librar, bajo su pabellón, las supremas batallas contra las puertas del infierno por la fe, por la familia, por la patria.

"Sí, señores; la nación se ha puesto de pie.

"Permitidme citar una vez más el santo Evangelio, según

el texto de San Lucas. Fué en la última Pascua. Tomó el pan y lo repartió, diciendo: "Este es mi cuerpo." Luego el cáliz: "Esta es mi sangre, que será derramada por vosotros." Y, sin embargo, aquí sobre la mesa está la mano del que me traiciona.



En el teatro Colón, el Dr. Martínez Zubiría (Hugo Wast) pronuncia el discurso de salutación

Y aquellos hombres que le escuchan, sin comprenderlo todo, empiezan a disputar sobre cosas nimias; y el Señor los calma, les enseña, y de pronto les dice: "El que no tenga, venda su "túnica y compre una espada; porque estamos llegando al fin." Y ellos contestaron: "Señor, he aquí dos espadas."

"Así ha respondido la nación argentina a la voz de Jesús,

que le decía: "Vamos llegando al fin. ¿Estás dispuesta? Vende la túnica y compra una espada." "Señor, estoy dispuesta; aquí tienes dos espadas."

"Y hemos presentado al Señor la ley que aumenta los obispados y este Congreso Eucarístico.

"Transformación milagrosa y más oportuna que nunca.



El Dr. Gomá durante su discurso en la Fiesta de la Raza

"Buenos Aires, con sus millones de hostias consagradas, es un inmenso copón, que la mano del Papa levanta a los cielos."

Ambiente de fe y de españolismo las frases panegiristas que Hugo Wast pronunciaba en honra del doctor Gomá, eran el saludo de la literatura y de la ciencia al grande sacerdote español, que desde su desembarco del *Madrid* recibió en su

venerable persona el homenaje de todas las representaciones sociales.

Cuando los aplausos nos dejaron escuchar las palabras del exordio, se advirtió ya que el discurso no iba a ser flor literaria, cuyo perfume muere con el día, sino fruto maduro, cosecha de estudios e investigaciones. Cara a cara con el problema histórico y político, sin penumbra en el pensamiento, la voz de España fué cantando la gesta del pasado, deshaciendo errores, saliendo al paso de críticas, situando hombres y cuestiones en el plano que les correspondían. "Jamás —decían los comentarios— se ha hablado en Buenos Aires tan en cristiano y tan en español."

El doctor Gomá, superando prejuicios, resquemores, envidias y torpezas del orden político, escribió en las páginas de su discurso lo que la Prensa argentina ha llamado la Enciclopedia de la Hispanidad.

Dos horas después de la fiesta del Colón, telefonemas del interior de la República y cablegramas de España decían del entusiasmo que el discurso había despertado en todas partes.

La Razón, el gran periódico, españolista por excelencia, lo publicaba íntegro, demostrando así una vez más que no es palabrería, sino obras y amores el españolismo de su ilustre director, el doctor Angel Sojo, y del de toda aquella amable casa. *La Nación*, *La Prensa*, los órganos todos de la vida americana, lo reproducían en gran parte, añadiendo elogiosos comentarios.

No somos quién para analizar ideas y conceptos, estilo y gesto, que podrían velar el juicio con celajes de afecto. Publicado anda el discurso, mejor dicho, la sabia y original disertación, que no eludió riesgos, ni suavizó asperezas, ni calló censuras, ni bordeó, en fin, con habilidades retóricas la complejidad de ningún género de problemas.

Del Real decreto que instauró la fiesta sale, en lógica deducción, la tesis. América es obra de España; España es obra del catolicismo, y sólo con él, por fundamento, pueden vencer unidas.

España creó estas naciones americanas, orgullo legítimo de una raza; derramó en ellas el óleo de su fe, gastó sus cau-

dales e inteligencia, empleó métodos propios para conquistar y civilizar; España sola las amamantó, las crió, las guió maternalmente, sin ayuda de nadie. España las dotó con su idioma, sus leyes, sus usos y costumbres, vicios y virtudes; España transplantó a esos países su propia civilización, se dió íntegra, sin reservas, y por eso es español, neta y castizamente español, el espíritu de esos pueblos, la literatura hunde sus profundas raíces en la literatura castellana, y la comunidad de historia crea los mismos héroes y los mismos valores representativos de la raza.

El idioma es vehículo del pensamiento; la fe, camino de Dios; creencia y lengua, civilización americana; en suma, siempre gloria de España, y con el sello de este linaje de hispanidad entró la raza en la Historia.

España hizo más que ninguna madre, porque engendró y nutrió, para la civilización y para Dios, a veinte naciones mellizas, que no la han dejado, ni las ha dejado, hasta que ellas han logrado vida opulenta y ella ha quedado exangüe.

Porque la obra de España ha sido, más que desplasmación, como el artista la hace con su obra, de verdadera fusión, para que ni España pudiese ya vivir en lo futuro sin sus Américas, ni las naciones americanas pudiesen, aun queriendo, arrancar la huella profunda que la madre las dejó al besarlas, porque fué un beso de tres siglos, con el que las transfundió su propia alma.

Ojeada de análisis documental sobre el tiempo pasado; contemplación objetiva de la hora presente, ruta abierta hacia lo porvenir; en este discurso, ya conocido y admirado en España y América, gracias a la radio y a las copiosas ediciones publicadas; en este discurso, decimos, y en sus derivaciones ha alentado la más eficaz de la actuación nuestra en el gran Congreso.

En clamor anhelante, en vuelo hacia la patria lejana, los peregrinos de la Eucaristía que aquí vinieron, los españoles y argentinos que tan fraternal hospitalidad les dispensaron; todos hemos vivido una feliz hora española, de la España que allá se deshace entre las vesanias y torpezas, de la España que aquí debe rehacerse entre amores y afanes de reconquista.

LA SECCIÓN NACIONAL

“¡Viva España católica!” —exclamó el cardenal legado, mientras la mano, ungida, alzábbase temblorosa, trazando en el aire el signo de la bendición; de hinojos dos mil personas, el alma mirando al cielo, el recuerdo evocando a la patria, la voz del arzobispo primado, voz de la España auténtica, recogía en el saludo al representante pontificio el sentimiento y el anhelo de los que estábamos presentes y el de aquellos que en lejanía material mantenían con nosotros presencia de espíritu, subrayado como rasgo diferencial de la fe española, el culto a la Eucaristía y a la romanidad, características que, firmes y erguidas al través de los siglos, jamás se abatieron, ni siquiera en horas de acrisolamiento y prueba, como las actuales.

La inesperada dignación, única en las secciones de que el cardenal secretario clausurará personalmente nuestros trabajos de discusión y estudio avivó, ni que decir tiene, el entusiasmo, ya antes clamorosamente manifestado en la síntesis que el doctor Gomá hizo de los discursos y memorias presentadas, disertando sabiamente acerca de la música religiosa en los templos, tema explicado por el Sr. Ortiz y San Pelayo, viejo capitán del hispanismo en América; parándose a considerar las apreciaciones y pareceres que en las 25 Memorias escritas por nuestras personalidades del clero secular y regular en su válido argumento de la pujanza científica que, en orden a la teología y filosofía sacramental, todavía conserva y está en vías de crecimiento, la clerencia de seminarios y conventos.

Eclesiásticos y seglares intervinieron en las sesiones de estudio; el padre Alberto de los Bueis, religioso agustino, presidente, no de nombre, sino efectivo, mejor dicho, eficiente de la sección que analizó con singular competencia “los deberes de los niños para con la Santísima Eucaristía”; el reverendo Juan Mugueta, canónigo de Ciudad Real, con verbo cálido y documentado puntualizó el alcance social y público del acatamiento y veneración de pueblos y Gobiernos; el doctor García Elorrio, notable publicista, redactor jefe de *El Pueblo*, que, en párrafos henchidos de fervorosa unción, señaló las obligaciones personales, individuales, que siguen al imperativo de la profesión católica; el señor conde de Guadalhorce, cuyo discurso, por sobrados méritos, merece párrafo aparte, y en todo momento el señor obispo de Orihuela, que, en acertado resumen, gracias al poder sintetizador de su esclarecida inteligencia, marcaba orientaciones, refrenaba entusiasmos, situaba las cuestiones en su justo plano y reducían, en fin, a fórmulas de carácter práctico las doctrinas expuestas y las Memorias presentadas.

Ni que decir tiene que la expectación de los asambleístas concentrábase en torno a la figura de Guadalhorce. Los recién llegados traíamos en las notas de viaje el abrazo de homenaje y desagravio al grande hombre que trazó con mano firme el mapa reconstructivo de España; los aquí residentes tienen en el cuarto del hotel donde se aloja un consulado que, sin expedientes, resuelve todas las solicitudes que interesen al bienestar de los españoles.

Adelantarse a la tribuna y romper la muchedumbre en aclamaciones y aplausos, fué todo uno. La palabra suelta, copiosa y ágil es, primeramente, saludo y agradecimiento, sin que falte en la pronunciación el deje característico de la tierra de María Santísima, el ceceo malagueño y hasta algún que otro modismo, que la hacen más simpática. En un análisis filosófico, en que el libro y la observación rinden fruto, poniendo, como suele decirse, el dedo en la llaga, señala los deberes de los padres para con la Eucaristía y fluyen en evocación de poesía e historia el hogar tradicional de España, que era altar al Santísimo, pues hasta en las puertas tenía



En los salones del Club Español, los Excmos. Prelados y el señor embajador, D. Alfonso Danvila, presiden un acto de homenaje a la Patria lejana

grabado aquel "Bendito y alabado sea", clásico en los buenos tiempos de España. ¿Métodos de educación, modelos, pedagogía, en suma? Educación que sea cultura y educación, *mens sana incorpore sano*. Ninguno mejor que Cristo. Han fracasado todos los sistemas de los hombres sin Dios, y la vuelta al espiritualismo es no solamente enmienda de pecador arrepentido, sino también exigencia de rectificación política.

La Exposición Nacional Eucarística, organizada por la Adoración Nocturna española y su delegado, D. Manuel Gesteira, ha constituido un gran éxito. Millares de congresistas la visitaron. Lección de cosas, la bibliografía abundante y selecta; el mapa de organizaciones, que apenas deja por poblar alguna que otra comarca; las estampas y fotos, bien demostrativas de lo que en metalistería, pintura, heráldica, imaginería; artes, en fin, de tipo eucarístico conserva España de los pasados tiempos y acrecienta en los presentes, fueron índice y exponente gráfico de la primacía que, con todo derecho, mantiene la nación.

Novedad fué, sin duda, para muchos extranjeros, este ensayo; pero lo fué en más alto grado y, desde luego con resultados más provechosos e inmediatos, la celebración en la iglesia de Nueva Pompeya de la vigilia en la noche del día 13. Las Adoraciones de Méjico, Chile, Cuba y Perú, filiales de la nuestra, cooperaron a lo grandioso de la realización.

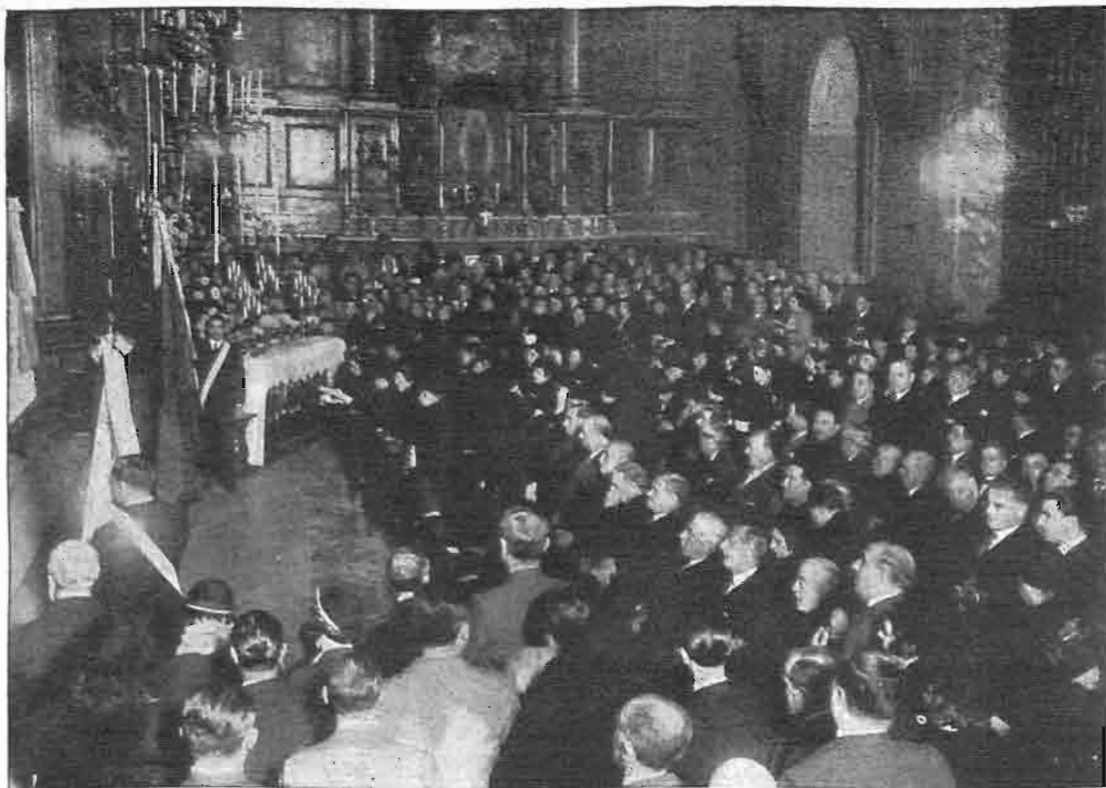
Una inolvidable fiesta de amor. Unas horas en compañía del Divino Prisionero, que tantas veces, desamparado y solo, llora en los sagrarios la ingratitud y el olvido de los hombres. Una luz radiante derramaba su claridad por el ámbito de las anchas y opulentas naves; y subiendo, tenue, indecisa, pálida, no llegaba a iluminar las flores de piedra que embellecen la cúpula del templo capuchino, y una sombra, una inmensa, misteriosa sombra, semejando rico palio, se extendía por el crucero.

Comenzó la vigilia a las diez de la noche; el verso inicial del *Vexilla Regis*, pleno de gallardías, henchido de súplicas, moduló su cristiana firmeza, entonado por voces robustas y firmes; desde la sacristía iban saliendo, triunfadoras, las banderas; al compás del canto movíanse los pliegues de los



Junta de Damas y Caballeros de la Sección española presidida por el P. Alberto de los Bois. O. S. A.

Foto *El Pueblo*. Buenos Aires. Laboratorio Fotográfico



En la iglesia de Pompeya los adoradores nocturnos de España y América celebran solemnísimas vigilia.

estandartes; serenos y devotos, gallardos y sencillos, los abanderados y adoradores avanzaban por el templo, en procesión solemne. En los ojos de los congresistas asomábanse tímidas y emocionantes lágrimas, que causaban los espectáculos de asombro; las estrofas del himno, cuajadas de ansiedades desgarradoras, ganaban el corazón de todos.

Ni un leve rumor rompía la quietud del templo cristiano.

Los oradores estaban en su puesto de honor; comenzaba la guardia, y una voz calmosa, recitadora, hondamente sacerdotal leyó las preces de homenaje y rendimiento. Cuando calló ésta y comenzó a resonar, suave y melódica, la palabra del arzobispo primado, los oyentes se recogieron en silencio de emoción. Otra vez, la sexta o séptima en el día, el doctor Gomá derramaba, generoso, el óleo de su virtud y su ciencia. Valiente y actual el argumento de la fogosa arenga, fué precisar el concepto de adoración en el sentido teológico y latréutico; subrayar el contraste entre el lucieranismo presente, destructor y antipatriótico, y la milicia eucarística, constructiva y española.

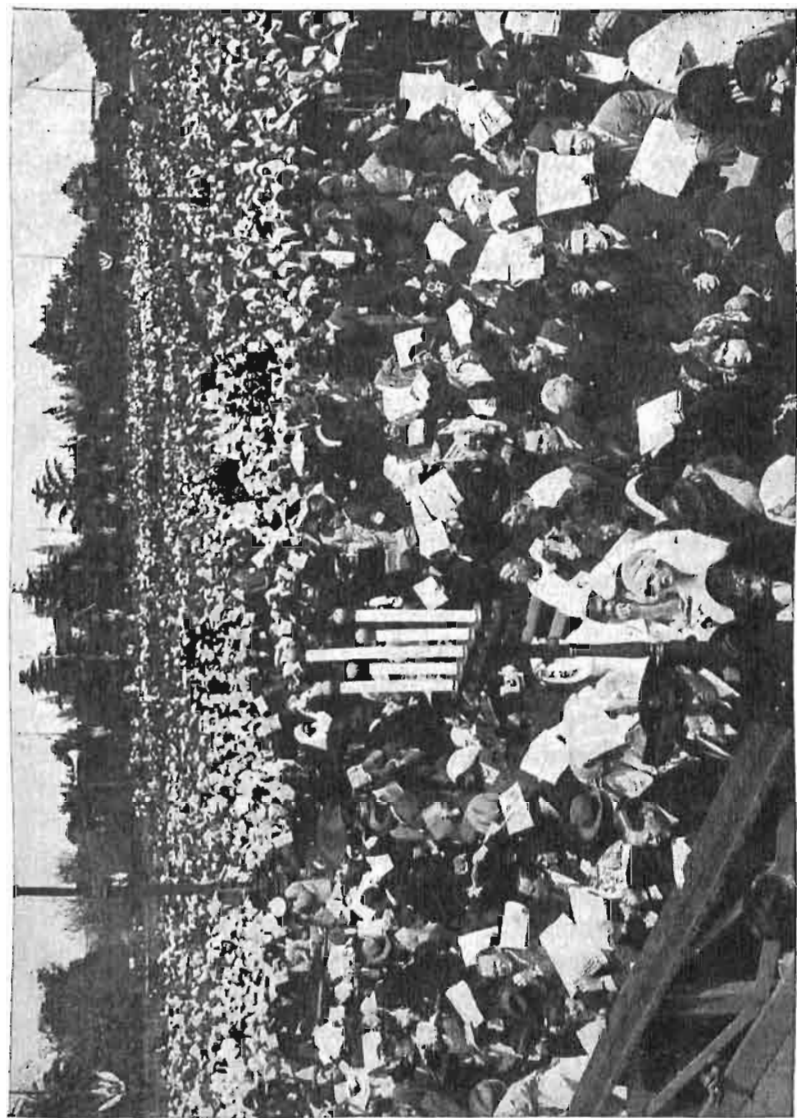
“Ahí quedaréis —decía el señor arzobispo de Toledo, dirigiéndose a los adoradores— ofreciendo vuestra alma a Jesús Sacramentado, suplicando el amparo suyo para España, para Buenos Aires, para cuantos cooperaron a la brillantez de este Congreso, orando por los que no rezan, bendiciendo por los que maldicen.”

Y allí quedaron, efectivamente, rodeando en cuerpo de guardia al Dios eucarístico, oculto y evidente, glorioso y humillado, que, con los brazos abiertos, esperaba a los hombres, y con silbos de vigilante pastor los llama, los llama a su convite...

BAJO LAS FRONDAS DE PALERMO

Los términos de comparación son aquí inexcusables. Madrid, Chicago, Viena, Cartago y Amsterdam... Arte y altar en las rosaledas del Retiro; desfile de entusiasmos y recogimientos por la calle de Alcalá; suntuosidad de liturgia, hondura de fe en la vieja ciudad del imperio austrohúngaro; impresionante colosalismo yanqui; organización por fichas de las falanges eucarísticas; penetración misionera en los aduares del Sahara; lucha cara a cara con la reforma protestante... Todo esto que fué lo diferencial y característico de las magnas asambleas sacramentales por mí vividas, reunido y superado en la de Buenos Aires, ha sido la Semana Santa en la tierra argentina, aromada, como la de Jerusalén, con perfume de virginidad y sacrificio, limitada entre los confines de dos domingos, el de Ramos y el de Pascua, en que multitudes y selecciones ondeaban palmas y desleían fervores, con la privilegiada diferencia de que en ésta no hubo dolor de Getsemaní ni sed de Calvario, sino frutos y cosecha de sangre y cuerpo de Dios en las especies eucarísticas.

“Jamás el triunfo de la Iglesia ha sido llevado a tan alta cumbre —ha escrito con toda verdad un periodista argentino—. Acaso el enorme movimiento de la primera cruzada pueda suministrarnos puntos de vista equiparables. Pero ni eso alcanza. Porque lo que fué entonces encendido impulso es ahora conciencia; lo que tuvo en la Edad Media el atractivo de la empresa caballeresca, de la inmensa romería en pos del sepulcro santo, tradújose aquí en simple acto de adoración, despojado del aliciente que suministraba a la epopeya



Un grupo de asistentes a la procesión encarástica

antañosa el espejismo oriental, y finalmente, porque lo que durante los siglos iluminados del medievo era, en cierto modo, lógico, ya que entonces puede decirse que el espíritu de la fe católica flotaba en el ambiente presente en las actuales circunstancias del mundo las características inesperadas de un renacimiento, de una renovación gozosa de esperanzas en el Ser Supremo, que arrastra a un millón de personas hasta hacerlas caer de hinojos ante un altar, donde un sacerdote está orando por la paz del universo."

Tres momentos representativos, índice y símbolo de la jornada. Había rezado el cardenal secretario el último Evangelio de la misa y, de repente, un silencio misterioso sobrecogió en mística expectación a la muchedumbre. Rumor de viento como el de la Pentecosté evangélica, cuando el espíritu tanto defendió sobre los apóstoles; latido impalpable, que hacía vibrar los altavoces y parecía venir del fondo de los en torno a la inmensa cruz. Como si las nubes se abriesen a los rayos del sol, así pasó, iluminadora, suave, con armonías nuevas, así pasó rozando los oídos y el alma la voz del Papa, que venía de Roma.

"Cristo, Rey eucarístico, vence; Cristo, Rey eucarístico, reina; Cristo, Rey eucarístico, impera." Estas palabras las meditábamos con regocijo y júbilo. ¡Oh, hijos amadísimos en Cristo: mientras seguíamos vuestros trabajos, casi como si estuviésemos presentes, por intermedio de la radio, todos los días, y estaríamos por decir todas las horas. Ahora que termina solemnemente, felizmente, vuestro glorioso Congreso de Buenos Aires, nos place añadir con exaltación: "¡Cristo, Rey eucarístico, triunfa!"

La procesión, segundo momento, se organiza y sale de la iglesia del Pilar, termina en el monumento de los españoles, con lo que, una vez más, la estrofas de este himno gigantesco, los dos cabos de este hilo celestial que anuda en uno a otro continente los espíritus; son gracia y obra de la patria madre. Derramábase la caudalosa riada en una extensión de más de dos kilómetros. Pompa de vestes prelaticias y canonicas; pirea blancura de roquetes; tremolar de estandartes y banderas, parpadeo de luces, polifonías de voces, susurro de ple-

garias. El latín milenario y el habla castellana, unidas en el canto sacramental:

Dios está aquí; venid, adoradores,
adoremos a Cristo Redentor.

¿Se ha hecho estadística de los que participaron, de los que presenciaron devotos la triunfal carrera? El número es incalculable; se congregó una suma astronómica de creyentes; jamás ha visto Buenos Aires nada parecido; son frases y pareceres de la Prensa de enfrente. ¿Más de un millón; dos millones? Nadie lo sabe. El Hijo del Hombre, Dios mismo, que hizo tantos y tantos milagros para redimir a los hombres con su doctrina, así como multiplicó los panes y los peces, multiplicó las almas en uno de sus días de resonante victoria sobre un pueblo que, por su primer ciudadano, se consagra a Cristo; mejor dicho, de todo el mundo americano que, ante la representación de las otras cuatro partes del orbe, allá presentes, confiesa públicamente su fe eucarística. Y ya esa Custodia es resplandor de cielo; pasada la avenida Alvear, entraba en las grandes empalizadas del sacro circuito. El rojo púrpura y el escarlata de los capisayos prelaciales, más de doscientos; como vanguardia de honor avanzaba por los primeros escalones; el mar humano, en denso y apretado oleaje, marchaba también hacia la cruz: el Gobierno en pleno, la escolta militar; como una estampa de Fra Angélico, suave y hierático, orantes las manos, en súplica los ojos, el cardenal legado. La ola retrocedía para abrirse paso, como en el mar Rojo el ejército de Dios, y enmudecido el labio, se arrodillaban las almas. Pasaba Cristo.

La escena, más solemne y grandiosa cada vez. Ya en el altar la custodia. En el ámbito inmenso que ocupaba aquella multitud pujante, avasalladora, que en las cuatro avenidas era los brazos de otra cruz humana, viviente, emocionada, el tintineo de las campanillas de plata nos anunciaba que la Hostia blanca había salido del misterio del sagrario para bendecir a los hombres, y en aquel instante también, sobre los jardines de Palermo, florecidos con los primeros verdores

de la primavera, la luz del sol se nublaba para que brillase con más fulgor el sol de la Eucaristía.

El presidente de la República se acerca al altar; su voz, conmovida, voz y entraña de la de su pueblo, dice unas oraciones, cuyo preliminar hay que buscarlo en aquella inolvidable consagración que hizo D. Alfonso en el Cerro de los Angeles:

“Señor Jesucristo: En estos días de júbilo y de gloria que vivimos —porque los dedicamos por entero a vuestro culto— aquí, en esta tierra, en donde casi no hay abismos que separen a los hombres de los hombres; en este pueblo donde el trabajo fructifica por vuestra bondad; desde los templos y desde las fábricas, desde las humildes viviendas hasta los suntuosos palacios, desde las escuelas hasta los cuarteles; con las dulces voces infantiles y el vacilante acento de los ancianos se alza el clamor de una ferviente aspiración, impregnada de un hálito de la maravillosa belleza derramada en nuestra patria por vuestra mano omnipotente; aspiración plena del espíritu de los que fueron, ya perduren en el recuerdo de los monumentos o descansen en el olvido de las tumbas que cayeron defendiéndola; clamor, aspiración generosa de que el día en que las caravanas de los pueblos desfilen ante vuestros ojos, pase la bandera de los argentinos acaudillando no sólo a cien millones de hombres libres, regidos por las constituciones sancionadas bajo la invocación de vuestro Nombre, sino perfectas como toda obra humana, por lo menos constantemente perfectible, sino también a cien millones de hombres buenos, que reconozcan y acaten vuestro divino Evangelio de humildad, de paz, de fraternidad y de amor.

“Señor, bendecid a todos; bendecid a nuestra patria; protegida, Señor.”

Pero aun quedaba más: el tercer momento, para llevar hasta el delirio la exaltación de esa inmensa masa popular, que permanecía allí, palpitando frenéticamente al conjuro de una sugestión indescriptible.

El altavoz anunció que iba a arriarse la bandera de la república. La palabra de Monseñor Napal, incansable, fervorosa; orientación y guía de las multitudes, es ardor de patria y



En la gran procesión de clausura, el Cardenal Secretario, Monseñor Pacelli, portador del Santísimo Sacramento

lengua de fe. Sonaron los acordes graves de la banda. Se cuadraron militarmente los soldados. Y los ojos de la muchedumbre, descubierta, se clavaron en el extremo del mástil, de donde bajaba lentamente la enseña nacional.

Cuando ésta llegó a las manos de los militares y civiles que habrían de llevarla en triunfo, hubo un solo grito, en el



La palabra de Monseñor Napal, ardor de patria
y lengua de fe...

vitorear de millares de corazones, atenazados por una angustia indefinible.

Y luego el himno nacional, que fué coreado con unción, como un desahogo de las almas, mientras las sombras de la noche iban envolviendo ya el escenario de la sublime escena, cerró aquella ceremonia maravillosa, aquella apoteosis magnífica de un pueblo que acaba de encontrarse a sí mismo en la fe cristiana y en el amor patrio.

Pero ¡qué patriotismo, lectores! No era patriotería ni hipersensibilidad nacionalista; era, a mi juicio, la resultante de los fracasos europeos, como lección reconstructiva, un linaje de amor al hogar nuevo y equilibrado; lleno de ponderación y lleno también de pasión. Iniciativa de un sacerdote español, de nombre esclarecido, padre Zacarías Vizcarra, el Congreso ha acordado:

Primero. Que esta cruz, con la misma figura y proporciones que tiene, sea reproducida, como recuerdo perenne, en la prolongación de la avenida Sarmiento, junto al Río de la Plata, sobre un espigón en forma de nave que emprende viaje, con la bandera argentina al tope, a fin de simbolizar que, desde hoy, la nación argentina ha iniciado la gloriosa empresa de exportar al mundo entero no solamente los alimentos que producen sus campos ubérrimos y sus innúmeras cabañas, sino también los alimentos del espíritu y los frutos sobrenaturales del alma.

Segundo. Que en las entrañas de esta nave simbólica, debajo de la cruz gigantesca, se labre una capilla eucarística, escondida y evocadora, donde se ore continuamente por el aumento de la fe y piedad de nuestros pueblos, por el triunfo del Evangelio en el mundo entero, por la paz y prosperidad nacional, por la justicia social y por la concordia universal.

PIEDRAS QUE RELUMBRAN.⁽¹⁾

En el año 1607 se instituyó en Madrid, para homenaje y desagravio al horrendo sacrilegio que la soldadesca cometió en Londres, durante el reinado de Jacobo II, dando de comer a los caballos hostias consagradas, una Archicofradía Sacramental. Esclavos se llamaron los esclavos y Esclavitud la Hermandad en contraposición al orgullo y arrogancia heréticas.

A partir de aquella fecha y a lo largo de cuatro centurias, el oratorio del Caballero de Gracia, uno de los más clásicos y devotos de la corte, ha sido antorcha encendida en amor eucarístico que ningún viento apagó.

De la angosta calle madrileña, del estrecho templo, el bien que en sus muros albergaba, difusivo como ninguno por ser entre todos el más alto, rompió los cercos y, cruzando tierras y aguas en vuelo de amor, puso el pie en la ciudad de Buenos Aires, donde, instaurada en 1633 la Archicofradía como filial preferente, ha congregado en torno a su tradicional bandera a lo más granado y selecto de la devoción argentina.

Símbolo y ofrenda de la piedad americana, la lámpara que junto al sagrario ardía, alimentada con grasa de potro por falta de aceite en los primeros tiempos, fué enriqueciéndose a medida que prosperaba la colonia, y la custodia, pobre también a raíz del descubrimiento, es ahora, gracias a generosas y constantes dádivas, áureo joyel cuyo esplendor se anubla con los rayos del sol sacramental que en su cenit fulgura.

(1) Este capítulo es del Sr. Polo Benito. (Nota del editor.)



La Custodia de la archicofradía argentina
del Santísimo Sacramento

El hemisferio del mundo es su base, para representar lo dilatado del reino de Cristo; tiene por pedestal el continente americano, señalándose cada nación con una piedra preciosa: diamante, rubí, topacio, esmeralda, amatista... y solamente España, entre las europeas, por fuero de gloriosa maternidad, acompaña en sitio de honor al lucido cortejo.

Acierto felicísimo de la Archicofradía argentina, con ocasión del Congreso, los países en la custodia representados han podido verificar un intercambio de joyas que, por su valimiento y riqueza menos que por la excelsitud alegórica del hecho, significase una afirmación solidaria de rendimiento eucarístico, un nuevo eslabonamiento de anillos que anudase la hermandad de los unos para con los otros y la esclavitud de todos ante Jesús Sacramentado; un anhelo de paz y de amor en esta hora sombría de lucha y de odios.

Desde la calle del Caballero de Gracia oyó el llamamiento la Archicofradía española, y la respuesta pronto y cordial dada por su presidente, el ilustre escritor Sr. Martínez Kleiser, ha constituido inolvidable epílogo de las magnas fiestas.

Misa de pontifical celebrada en la iglesia metropolitana por el señor obispo de Madrid. Su palabra vibrante y siempre conmovedora, tallada en el mármol de las canteras del Evangelio, alcanzó aquel día relieves como nunca expresivos, delicadezas y fervores como jamás atrayentes, explicando a los fieles, el primero de los cuales era el embajador de España, el significado espiritual, el valor de redención de la sangre de Cristo, de la que es derivación y resultante la sangre de raza, de fe, de idioma que España transfundió en América. Dió luego la bendición con el Santísimo el prelado de Orihuela, y seguidamente, en el patio del palacio arzobispal, comenzó la ceremonia.

Estampa antañona, evocadora en la forma y en el contenido de los libros de actas de las antiguas juntas gremiales, la prosa lisa y llana, con llaneza de señorío, que seguidamente vais a leer, tiene aquella precisión, aquel amoroso cuidado del detalle que la hace no solamente referencia histórica, sino también apreciación justa del valor emocional del hecho a que se refiere.



El Excmo. Sr. Obispo de Madrid y el de Orihuela presiden la ceremonia de la entrega y donación de un brillante que ofrenda la archicofradía de la villa y corte de España

El acta dice así:

“En Buenos Aires, a veintiún días de octubre del año eucarístico de mil novecientos treinta y cuatro, en el primer día del Octavario de la Preciosísima Sangre de N. S. Jesucristo, el excelentísimo señor obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo y Garay, en representación de su diócesis, celebró una misa pontifical por la madre Patria, y acto continuo, acompañado de los señores miembros del Cabildo Catedral, presididos por el obispo de Orihuela y el venerable deán, pasaron a la sala de sesiones de la Archicofradía del Santísimo Sacramento, donde el señor presidente de la Esclavonía de Madrid, D. Luis Martínez Kleiser, con elocuentes palabras, entregó al hermano mayor un brillante extraído de la cruz de la custodia matritense, lo que hacía en prueba de fraternal unión entre ambas Cofradías. La Archicofradía de Buenos Aires, por intermedio del Dr. Martín Jacobé, hermano mayor, agradeció tan valioso obsequio, que será colocado en el viril, próximo a la Sagrada Forma, y para corresponder en forma digna, desprendiendo del hemisferio la joya de zafiros y brillantes que señalaba los colores patrios, la capital de la República, la puso en manos del Sr. Martínez Kleiser para que sea engarzada en la custodia de la Esclavonía de Madrid, signifique en forma material la unión de ambas Hermandades a los pies de Jesús y el amor filial de los argentinos hacia la madre inmortal de América. Y para perpetua memoria, firmaron este acta los ilustrísimos señores obispos, canónigos y representantes de ambas Hermandades, en el lugar y fecha *ut supra*.

Horacio Cadelago Pereyra, secretario.”

La Prensa reprodujo en su integridad el discurso de Martínez Kleiser, y no soy yo, que por afecto podría pecar de parcialidad, quien ha de ponderar los méritos literarios de la oración religioso-patriótica que por manera admirable y con palabras que eran a la vez idea y sentimiento, poesía y realidad, cantó la gesta eucarística española. Leed no más los siguientes párrafos:

“Unida en Jesús apareció estos días aquí toda la catolicidad del globo y, dentro de ella, la comprendida en las naciones de habla española. Y entre este magnífico coro de oradores, como humilde presidente de los indignos esclavos del Santísimo Sacramento, es decir, como el más indigno de todos ellos, me cumple hoy ofreceros, en nombre de aquella Esclavonía y, por tanto, de España católica, nuestra madre común, la piedra preciosa que ha de engastarse en el puesto ocupado hasta hoy, en vuestra hermosa custodia, por la que vosotros vais a ofrecernos.

”Tallada por nuestra efusión, esa piedra será un sol de fuego y de luz, lengua viva elocuente de nuestros ardorosos sentimientos y de nuestros luminosos ideales; pero, aun cuando hubiésemos podido traer el brillante mayor del mundo, el verdadero sol de todas las piedras preciosas, parecería siempre a nuestros ojos un pobre satélite en comparación con la fervorosa grandeza de nuestros amores a Cristo y con la cálida ternura de nuestros cariños a las tierras sudamericanas. Representativamente, queremos que encierre a vuestros ojos de hermanos toda la significación simbólica de ese sol soñado, portador del fuego de nuestros corazones, tan unidos a los vuestros; todos los destellos de las virtudes tradicionales patrias; todas las facetas de nuestros anhelos comunes, y todas las luces de nuestro entendimiento racial. Piedra preciosa en la que sólo se han de pesar los quilates de su espíritu os ofrecemos; piedra para recordar aquella otra sobre la que Cristo quiso asentar su Iglesia; preciosa, para ser menos indigna de recordar ante vosotros la riqueza de nuestros sentimientos.

”Católicos argentinos: Dios no puso entre vuestra hermosa tierra y la mía las altiveces de una cordillera inaccesible ni la hosca severidad de una muralla infranqueable; extendió entre América y España esa llanura oceánica, verdadero haz de caminos abiertos ante la proa del navegante, que, lejos de separarnos, nos une en la fraternidad de un abrazo eterno. América española es un tesoro de nuestro corazón y un orgullo de nuestra raza. Nuestros antecesores fueron los dueños del pasado; vosotros tenéis, ante vuestra

ruta gloriosa, el porvenir. Aquellos descubridores os enseñaron nuestra hermosa lengua, que, según un dicho popular, es la más a propósito para hablar con Dios. Aquellos misioneros trajeron también a vuestra tierra paradisíaca la realidad y la fe del Santo Sacramento de Jesús, que hoy nos congrega en comunidad de religión, de afectos y de ideales. Como de hermano a hermano, nuestro corazón os ofrece hoy, más que un trozo de carbón cristalizado, una gota de rocío de nuestras almas, cuajada sobre la flor de nuestros entusiasmos eucarísticos, y una lágrima de nuestros ojos, caldeada en todo el fuego de nuestros amores a las naciones hermanas de América, predilectas de nuestro corazón.”

Después del cambio de joyas, volvió de nuevo la custodia del altar mayor; un sacerdote, revestido de sobrepelliz, hizo solemnemente el traslado del Santísimo, y mientras se engarzaba el brillante español, fulgor de tierra y resplandor de cielo, temblorosa, la voz sacerdotal iba rezando lentamente:

“¡Una estación a Jesús Sacramentado! ¡Viva Jesús Sacramentado!”

EL SUBTERRÁNEO DE LOS ESPAÑOLES

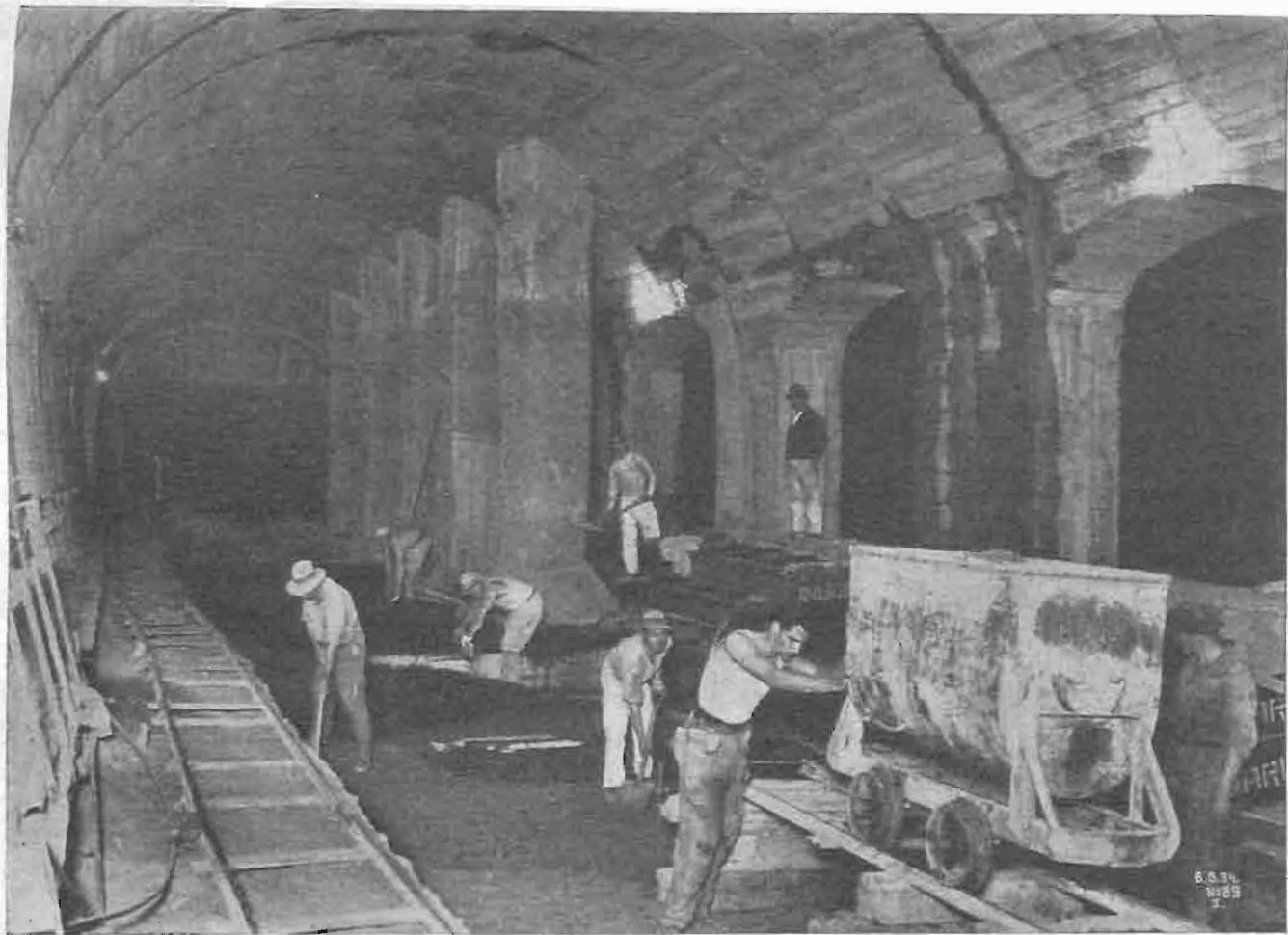
A bordo lléganos por radio la noticia de haberse inaugurado hoy la primera línea del Metro —Constitución-Retiro—, proyectada y construída por la C. H. A. D. O. P. I. F. En cantos de epopeya y con versos de Ercilla o de Camoens habríase de tocar esta gloriosa proeza de una voluntad que, al impulso de una fe y de un sentimiento —Dios y Patria— ha sabido reconquistar valores de señorío espiritual que incompreensiones y torpeza tenían malbaratados y deshechos. En estrofas de epopeya y no en líneas periodísticas trazadas a vuela pluma, a fin de que alcance en Bahía el avión del lunes y lleguen veloces al hogar lejano.

¿Por qué llama “todo Buenos Aires” el subterráneo de los españoles a este sistema de circulación que penetra y traspasa las entrañas de la gran ciudad? No tienen los motivos vuelta de hoja. Primeramente, porque es el alma y cerebro de la gigantesca empresa un español representativo: el conde de Guadalhorce, que a maravilla evoca en la ideación, traza y finalidad de su obra la de aquellos misioneros, descubridores y soldados que en dilatar las fronteras del reino y ensanchar el Evangelio de Cristo ponían briosos su mejor empeño.

Surcos abiertos en el agro; cauces en el ímpetu tumultuoso de las aguas; venas en el torrente circulatorio de la sangre nacional. ¿No eran índice y expresión de las nuevas capacidades que engrandecieron la riqueza, la cultura, el patriotismo, en suma, aquellas carreteras “de los años ominosos”; aquel aprovechamiento articulado y coherente de los ríos que van cantando por camino de desesperanza la can-

ción solitaria y estéril de sus aguas? No permite el régimen casi pastoril de la pampa las perfecciones de técnica que significa este linaje de ingeniería; se realizarán pronto, pues son enormes las posibilidades de esta tierra de promisión; pero la densidad de población, la más grande entre las latinas después de París; el movimiento de viajeros en el interior de la magna urbe, que excede de 50 millones cada año, demandaban la ampliación de las vías subterráneas, y este propósito inicial fué cabalmente núcleo de pensamiento y acción en torno al cual se organizó la Compañía Hispano-Argentina de Obras Públicas y Finanzas. Acreditase además el españolismo porque nuestro Gobierno —el anterior al régimen republicano, si mal no recuerdo— autorizó la “libre exportación de materiales sin su reintegro en pesetas y para que la Compañía abone en Madrid los intereses de las cédulas cuyos tenedores así lo convengan”; porque nacieron y formáronse en nuestras escuelas los técnicos García de Sola y García Olano, que con Guadhorce dirigen las obras; porque fué capital español —60 millones de pesetas— el que en 1932 absorbió la ampliación de presupuesto; porque en talleres y fábricas nuestras labráronse gran parte de los elementos de construcción, y muchos más hubiera sin las huelgas que en Zaragoza paralizaron los trabajos: de Sevilla, Segovia y Talavera ha salido la azulejería industrial y artística que decora las estaciones, y, en fin, porque el pequeño ahorro de la colonia hispana se ha entregado con confianza y sin miedo a las prodigiosas manos del ex ministro de Fomento.

¿Qué representan el primer tramo, ya en marcha, y los restantes del proyecto total? En cuatro palabras, y con un conocimiento de las realidades de que yo carezco, lo ha dicho Rodolfo Alvarado en *Caras y Caretos*: “Terminada esta línea y las proyectadas entre Parque Chacabuco y Constitución, de Jujuy, pasando por plaza Once, hasta Saavedra, por Belgrano y Moreno, plaza de Mayo y Avenida de San Martín, el promedio actual de un kilómetro de vía subterránea por cada 140.000 habitantes quedaría reducido a un kilómetro por cada 50.000, lo que se colocaría a la altura de Madrid, nos haría superar el promedio de Berlín, que tiene un kilómetro

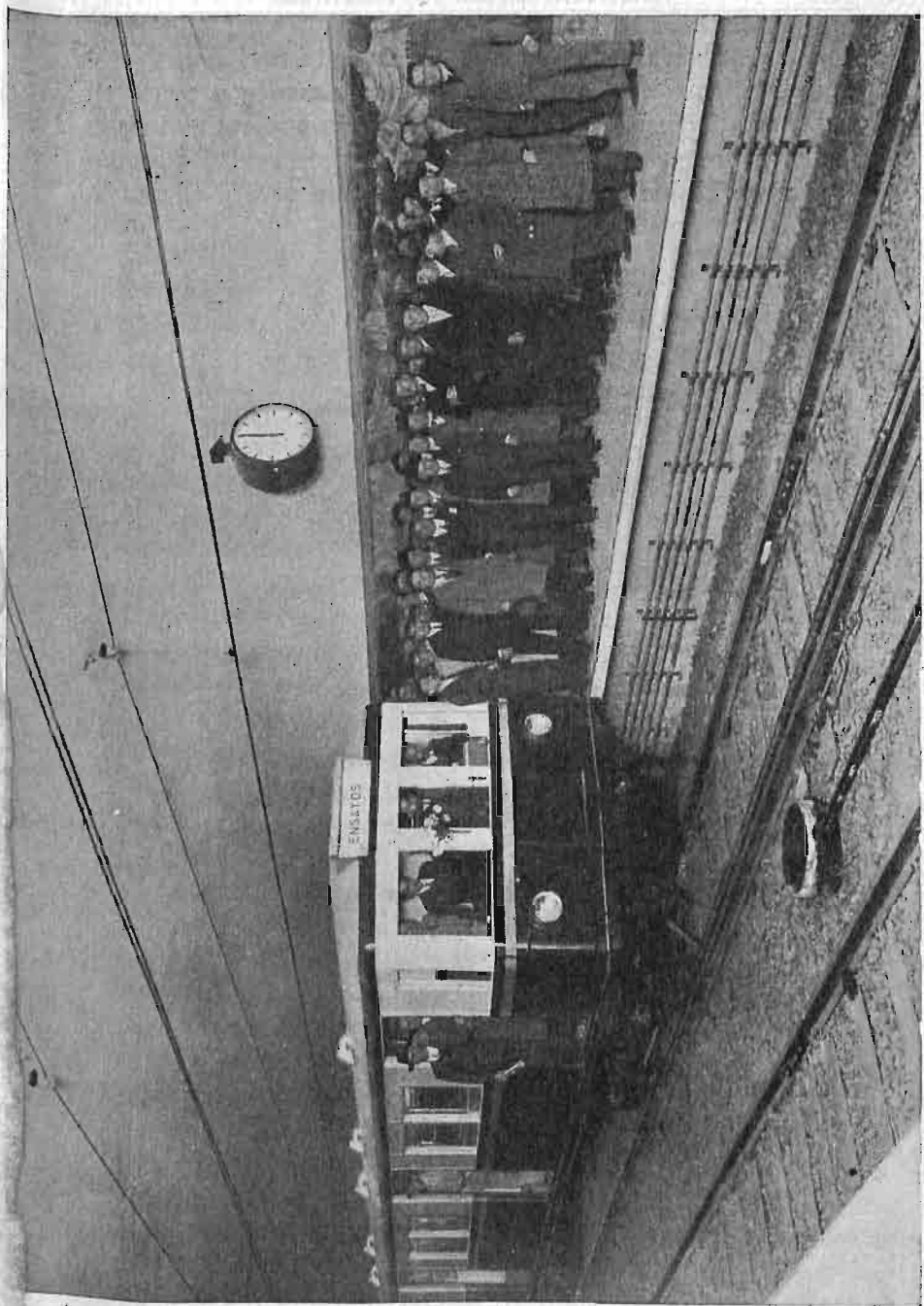


Cerramiento de una de las bóvedas en los túneles del Subterráneo

por cada 55.000 habitantes; nos aproximaría a París, que tiene un kilómetro por cada 43.000, y sólo nos superarían ampliamente Nueva York y Londres, que, respectivamente, lo tienen por cada 20.000 y 37.000 habitantes."

Pero lo que puede parecer inferioridad, nunca deficiencia en el sentido de economía circulante, conviértese en superioridad cuando hasta el más lego considera las dificultades que se habrán superado, los esfuerzos científicos que suponen el cruce y paso simultáneo entre tres líneas de metro superpuestas, sin que una hora, mucho menos un día, se haya visto suspendido el tráfico de los otros tranvías subterráneos. Y, sin duda, la novedad —arte y patriotismo juntamente— es suprimir el tono comercial que suelen ofrecer los motivos decorativos en Madrid, sin ir más lejos; substituirlos por una ornamentación a base de cerámica artística, en que nuestra fisonomía nacional, romántica y evocadora, se viste con los colores y las luces de Toledo, de Avila, de Segovia, de Ronda, en el barro hecho oros de Talavera y Sevilla, en el pincel luminoso de Sotomayor, en los coloridos mágicos de Daniel Zuloaga y Ruiz de Luna. España surge embellecida en lo más noble de su historia gracias a la iniciativa de Guadalupe y a la admirable cooperación de dos arquitectos argentinos, Martín Noel y Manuel Escasany, cuyos nombres, ya esclarecidos, merecen agradecimiento de todo buen español. Las tradiciones de las alfarerías locales han dado esta nota singular y atractiva que ponen tan de relieve la fuerza y la elocuencia de las artes populares hispánicas, representadas en esta obra por los ceramistas Montalván, Ramos, Rejano y Zuloaga; por las cerámicas de Sevilla, Talavera, Segovia y Valencia, que, al representar cartones de Noel-Escasany, han demostrado su talento de artífices y la virtuosidad de sus acreditados procedimientos.

Emoción de patria sentida en la lejanía y en el desamparo de la hora ingrata; reconquista de hispanidad desconocida y menospreciada por el egoísmo de los de aquí y el individualismo de los de allá; reconstrucción de lazos hispanoamericanos sin chinchines de retórica, milagro de la voluntad, que antaño levantaba catedrales.



El primer tren de ensayo que circuló en el Subterráneo de los españoles

La obra de Guadalhorce es ciertamente nacional, y esta característica debe enorgullecernos; mas conviene poner en la balanza todos los pesos y añadir que no hubiese alcanzado tan grande logro sin las eficacias y las generosidades argentinas, con lo que bien se advierte que aun vive y alienta la vieja estirpe, matriz del progreso.

LOS FRIGORÍFICOS

Los cereales y las carnes son los dos ríos de oro que salen de la Argentina por el río de la Plata. Por eso consideré indispensable visitar un frigorífico.

El frigorífico en cuestión se halla instalado en la Plata, para donde salen trenes cada cincuenta minutos desde una de las grandes estaciones de Buenos Aires: la de Constitución. Nos indicaron la conveniencia de ir temprano, y, en efecto, salimos antes de las ocho de la mañana.

La Plata es una ciudad que apenas ha cumplido cincuenta años y, sin embargo, tiene ya 60.000 habitantes. En la Argentina nacen y crecen las ciudades con tanta espontaneidad y rapidez como las plantas.

Tiene además una población oscilante de gran importancia, que ingresa de día, para acudir a las oficinas, y regresa de noche a Buenos Aires. Las calles, anchas y rectas, se cruzan perpendicularmente y ostentan nombres que no se usan. Para designarlas vulgarmente se emplea su número de orden: calle Una, calle Dos, calle Tres, etc. Sus casas son de un piso; pero los edificios oficiales de que está dotada como capitalidad son muy hermosos.

Un taxi nos condujo hacia el puerto de Beriso, en la ribera del Plata, donde está situado —ubicado, dicen allí— el frigorífico. En este puerto la población es incipiente. Las casas, de un piso también, están construídas de chapa de hierro ondulada. Esta clase de modestos edificios es muy común en los alrededores de Buenos Aires. Son baratos y se montan y se desmontan en muy poco tiempo. Las de Beriso están dota-

das de puertas y ventanas labradas hasta con lujo en buenas maderas. Algunas albergan buenos comercios de todas clases. La uniformidad y el color de esta clase de casas, su aparente pobreza, aunada con sus atisbos de bienestar y de elegancia, dan a la población una fisonomía personalísima e inolvidable.

Llegamos al frigorífico. Tuvimos que hacer un largo viaje a través de las múltiples construcciones que componen el gran pueblo industrial, y un recorrido ascendente, de oficina en oficina, hasta llegar a la jefatura, donde se dispuso nuestra visita al establecimiento.

El primer trámite fué invitarnos a almorzar para después de la visita, amabilidad inesperada y totalmente nueva para mí en estos casos, puesta allí en práctica con alguna frecuencia. No aceptamos.

Después nos vistieron largos blusones blancos y designaron al empleado que había de ser nuestro acompañante.

Según sus informes, se matan diariamente allí 10.000 cabezas de ganado lanar, 3.000 novillos y 2.500 puercos. La Argentina produce cantidades fabulosas de carne, que no consume. De ahí la instalación de los frigoríficos, donde se prepara la carne para exportarla al extranjero. Inglaterra es gran consumidora de carnes, que importa en barcos con bodegas frigoríficas, encargados de abastecer aquel mercado importantísimo. Su baratura es tan grande, que podría ponerse, por ejemplo, en Madrid a una peseta el kilo.

Mientras hablaba, avanzábamos entre tractores y carritos-automóviles que ponían en comunicación las distintas dependencias.

Al fin llegamos a la gran nave, donde se sacrificaba el ganado vacuno. Maravilla la minuciosa distribución del trabajo implantada para realizar las diferentes operaciones. El ganado entra por puertas laterales en una especie de chiqueros, sobre los que avanza el ejecutor de la sentencia provisto de un pesado martillo que, colocado al final de un mango muy largo, sacrifica las reses, cayendo certeramente sobre sus cabezas. Cuando el novillo que entra ¿en suerte?, diremos en desgracia, cae desplomado, un mecanismo levanta la trampa que pone en comunicación el chiquero con la nave, al mismo

tiempo que el piso de aquél bascula para arrojar la res muerta fuera de su recinto. Y una vez vacío el chiquero, vuelve a nivelarse su piso, a caer la trampa y a recibir otra res viva por el lado opuesto. Así se matan 350 novillos cada hora, abriéndose las trampas y cayendo animales sacrificados a los pies de los encargados de sacarles el cuero o arrancarles la piel. El olor y el espectáculo, que no quiero describir con más vivos colores, es poco agradable; pero la escrupulosa y magnífica mecanización de la industria despierta interés suficiente para distraer la atención de las demás consideraciones. A bastante altura, trazando varias eses a lo largo de la gran nave, hay suspendida una vía sobre la que rueda una cadena de recios ganchos. De cada gancho se cuelga media res, y en estas condiciones, girando sin cesar la noria, van pasando sucesivamente los animales por delante de los obreros. Cada uno de éstos está especializado en una tarea. Cada uno le desprende de determinada parte de la piel, corta determinada víscera, limpia de un lugar determinado la sangre, hasta que, después de las doscientas operaciones dichas, queda en disposición de ser depositada en la cámara la carne. Cada obrero es, pues, un maestro en su especialidad.

Cuando está despojado de la piel, una gran cuchilla circular y mecánica corta el novillo a lo largo de la espina dorsal en dos pedazos. De allí pasa a la primera inspección de los veterinarios. De aquel punto arrancan dos vías: una, que se encamina a la inspección definitiva o autopsia a que las reses sospechosas han de ser sometidas, y otra, que lleva las reses sanas a sufrir las restantes operaciones. Al terminar éstas, una báscula montada en la misma vía aérea señala el peso de cada media res. Los novillos desechados caen en una trituradora tan potente que los reduce a pasta en pocos segundos. El hombre encargado de manejarla está atado, para evitar las fatales consecuencias de un descuido. Durante el corto tiempo que permanecí en la nave fueron desechadas cinco reses.

La nave para el ganado lanar está montada del mismo modo que la ya descrita, con la diferencia de que allí se sacrifican por hora 850 animales.

Es innecesario decir que las cámaras frigoríficas son enormes. Caben en ellas miles de toneladas.

Paralelamente a las carnes para exportar se preparan en estos establecimientos embutidos elaborados en máquinas veloces, que actúan valiéndose de la presión hidráulica, y conservas, para cuyo envase se fabrican 18.000 latas diarias, de todas formas y tamaños.

Subimos a esta sección en un gran ascensor destinado principalmente a elevar los tractores. La fábrica de envases es verdaderamente maravillosa; sus máquinas sabias, como dotadas de inteligencia, sin apenas intervención de manos humanas, cortan la hojalata, la toman utilizando captores de goma en los que se hace el vacío, la curvan, la sueldan, la conducen por medio de rieles de unas a otras, colocan sobre los tubos las tapas, las sueldan también, y las imprimen, y las dejan en disposición de conservar la mercancía. Ciento veinte autoclaves esterilizan, por fin, las latas cuando ya las ha llenado otra máquina, que extrae de ellas el aire y les suelda la última tapa.

Merece mencionarse, por último, el departamento donde se funden las grasas y se separa la margarina de la estearina que contienen, en proporción de un 65 por 100 de la primera y el restante 35 por 100 de la segunda.

La limpieza y la pulcritud es la nota dominante allí por todas partes. Para ponderarla, basta decir que hay manicuras encargadas de hacer las uñas a los operarios antes de entregarse a sus faenas y que todos visten blusas blancas.

En aquel gran pueblo ganan su vida 4.400 personas de ambos sexos, que cobran desde 4,80 a 14 pesos de jornal cada día.

Cuando suena la hora de comer, asusta la multitud que sale de cada uno de los talleres. Las calles interiores del establecimiento recuerdan los alrededores de un estadium al terminarse un partido de fútbol. Sin embargo, pocos salen al pueblo: la mayoría de los obreros y de los empleados comen en los comedores que a ese efecto tiene montados la misma industria, donde toman tres platos por 35 centavos, que equivalen a 70 céntimos de nuestra moneda.

Nosotros regresamos a La Plata para almorzar y visitar después el Museo de Ciencias Naturales. Un Museo instalado en una ciudad niña, recién nacida como aquélla y que encierra, sin embargo, uno de las mejores colecciones del mundo.

¡Qué mejor prueba de su pasmosa potencialidad industrial y cultural puede ofrecer un país que la presentada ante nosotros por estos dos colosos de la industria y de la ciencia en el trancurso de unas horas!

UN VIAJE A LA CIUDAD DE CÓRDOBA, LLENA DE EVOCACIONES, Y A SUS SIERRAS CUBIERTAS DE PARAÍOS

Pretendía mi espíritu viajero insaciable visitar en poco tiempo los lagos del Sur, espejos de montañas gigantes y de nieves andinas que pueden competir en grandiosidad y belleza con los paisajes encantados de Suiza; quería escuchar la voz magnífica de las cataratas de Iguazú, más poderosa que la emitida por el Niágara en sus saltos famosos; quería hundirme en la contemplación de los Andes colosales, desiertos, desnudos, soberbios e incomparables en su misma desolación bajo la eterna mortaja de la nieve; pero cada uno de estos viajes requería, por lo menos, una semana, y yo tenía contadas mis horas.

—Vaya a Córdoba —me dijo el Dr. Sojo—, ya que esas otras excursiones son irrealizables. Allí se encontrará un ambiente muy interesante en la ciudad y unos paisajes muy hermosos en la sierra.

—Es que al hablar de esos viajes no había pensado nunca en renunciar a Córdoba —le respondí.

—¡Pero entonces usted es incansable! —comentó—. Si no le contenemos un poco tendremos que acabar por recogerle en una cesta al final de cualquiera de sus correrías.

Era verdad; no tenía tiempo para hacer nada de lo que pretendía, pero tampoco hubiese tenido resistencia.

Quedó acordado el viaje a Córdoba y encargado el señor Diosdado, alcaide de la Aduana y secretario del Consejo directivo de *La Razón*, de preparar el viaje y acompañarme en

todo su recorrido. Habríamos de salir un viernes por la noche para regresar un domingo por la mañana.

Al día siguiente recibí recado de la Compañía del ferrocarril por el que se me hizo saber que su director quería entregarme personalmente el billete. Fui a las oficinas con el simpático, inteligente y culto Sr. Diosdado; recibí el billete, acompañado de todo género de ofrecimientos. Nos manifestaron que era su deseo poner a nuestra disposición un departamento de dos camas para cada uno; pero surgió la dificultad de que para el viernes señalado no había ninguna cama vacante. No pude averiguar el procedimiento utilizado; el resultado fué que el viernes tuvimos los dos departamentos y emprendimos el viaje a las nueve de la noche, después de una espléndida comida con que Diosdado tuvo la amabilidad de obsequiarme en su casa.

Llevaba una contrariedad. El acto en el que había de entregar yo una piedra preciosa que había de representar a España en la custodia utilizada durante la procesión solemne, y en el que había de recibir la joya donada en correspondencia por Buenos Aires, se había señalado juntamente con pontifical y sermón, a cargo del señor Obispo de Madrid-Alcalá, para el domingo a las diez de la mañana. Me era, pues, forzoso restar veinticuatro horas a mi estancia en Córdoba y viajar dos noches seguidas en el tren.

Afortunadamente, éste era comodísimo: camas amplias, armarios ingeniosos en el departamento desahogado; movimiento suave, sin trepidación ni ruido. Un alto funcionario de la Compañía, que también hizo el viaje con nosotros, me explicaba:

—Esta vía tiene lecho de piedra; a usted le sorprenderá la afirmación, porque en España todas lo tienen; pero es que aquí, a través de la Pampa sobre todo, es muy cara la piedra, y por eso carecen de ella los caminos de hierro y no existen apenas carreteras.

En efecto, éstas escasean mucho en toda la Argentina; ahora están en construcción la de Mar de Plata y la de Córdoba, y sólo contando con buen tiempo se puede transitar en automóvil sobre los caminos de tierra.

Yo estaba agotado, rendido, tenía fiebre. La agitación constante, los actos, los banquetes, las visitas, la conversación a todas horas, el poco descanso, la actividad no interrumpida del cuerpo y del espíritu, habían acabado por convencerme de la razón con que el Dr. Sojo me pronosticaba la final derrota de mis energías. Pero me dormí pronto, y hasta puedo decir que dormí de prisa, para rescatar horas de sueño perdidas anteriormente; sólo al amanecer me despertaron la luz y la impaciencia, invitándome a ver encerrada en el marco de la ventanilla la llanura sin fin, monótona, rica, interminable, como un verdadero océano de tierra firme.

Mi gratitud imborrable al gobernador, Dr. Frías, con quien tuve una deliciosa entrevista de media hora. suficiente para demostrarme su cultura y su competencia; al cónsul de España, D. Miguel Sainz Llanos, que me llevó en automóvil a la sierra y me obsequió por la noche con un comida; al vicecónsul, Dr. Quiroga; al representante y corresponsal de *A B C* y a la Prensa de todos los matices, que me colmaron de atenciones. Ciertamente, ser español y colaborar en el gran diario citado son títulos que abren todas las puertas en la Argentina.

Cumplidos los agradables deberes de correspondencia y urbanidad con las citadas personalidades y con las entidades periodísticas, emprendimos la excursión a la sierra. ¡Qué gratas son a los ojos las montañas después de 600 kilómetros de llanuras! ¡Qué delicia internarse en sus gargantas pintorescas, trepar por sus laderas agrestes, coronar sus cumbres abruptas, respirar sus aires salutíferos, sentirse acariciado por su brisa primaveral! Sin embargo, yo no pude ser más que el meteoro de la sierra.

Nuestra excursión se redujo al recorrido hasta La Falda; al espléndido almuerzo en el magnífico hotel allí instalado, desde cuyos ventanales se contempla un verdadero edén, y al regreso contemplando el panorama magnífico de alguno de los hermosísimos embalses que nos hacen recordar las bellas perspectivas de los lagos de Italia.

Los ríos en aquella región, como las calles en La Plata, se llaman Primero, Segundo y Tercero, por la numeración

ordinal que corresponde a su situación. Sus caudalosas aguas no corren indolentes ni estériles. La ingeniería las conduce, las remansa, las eleva, las despeña, las transforma en mares o en torrentes; hace de ellas azogados espejos o rumorosos cantores; las ennoblece en la práctica de un empeño artístico o industrial; puebla sus riberas y embellece sus márgenes; las rodea de playas risueñas y de campos de deportes, hasta convertirlas en paraísos de placentero descanso y en fuentes de riqueza y de vida. Uno de ellos, el más importante, tiene 7.000 hectáreas y 110 kilómetros de ribera feraz.

Las sierras son a veces monótonas también, como las llanuras. Allí la monotonía no existe: el paisaje es constantemente vario. Desde las severas cumbres graníticas del Guadarrama a las agrias estribaciones de los Picos de Europa, pasando por las ondulaciones suaves y risueñas del norte de España, todas las manifestaciones de los paisajes montañosos encuentran aquí su remembranza y su réplica. En su intrincada orografía se ofrece al visitante lo bello y lo hermoso, lo plácido y lo abrupto, lo seco y lo feraz, lo solemne y lo amable.

Para recorrer sus pintorescos rincones está cubierta la montañosa comarca de una red de carreteras que no tienen nada que envidiar a las españolas. No en balde abunda en toda la serranía la piedra tanto como en España. Y completa la red de caminos un servicio cómodo, económico, completo y frecuente de automóviles. Por eso, por su clima agradable, por los recreos y atracciones que ha creado allí con profusión la floreciente industria hotelera, son todos aquellos preciosos lugares puntos de reunión de la sociedad bonaerense, tanto en verano como en invierno.

Para los españoles, según me informaron, tienen además otro atractivo: el de los recuerdos venerandos que nuestros antepasados dejaron en ellos. La iglesia de Yacanto, cuyas campanas, colgadas de un travesaño sujeto entre dos árboles, por no haber podido el campanario resistir su peso, fueron importadas de nuestra Patria; la iglesia de Ischilín, de más de doscientos cuarenta años de antigüedad; la de Valle Hermoso, aun anterior a la precedente, y la de los Nogales, en

La Cumbre, que toma su nombre de los muchos que la rodean, alguno de los cuales cuenta ya tres siglos, son reliquias preciadas de otros tiempos históricos nuestros, más felices que los actuales.

Regresamos a Córdoba. Cuando vi la ciudad desde la altura del Parque Zoológico me preguntaba: Pero ¿es verdad que estamos en el corazón de la Argentina? Una ciudad andaluza, alegre, riente y soñadora, jubilosa y blanca, con bóvedas de primorosa azulejería y azoteas envueltas en torrentes de luz era lo que veíamos. Otra ciudad sultana. Otro trasunto de Córdoba la bella; una ciudad creada por la raza aventurera y soñadora que a la sombra de los pendones de Castilla realizó tan legendarias proezas.

En sus calles aun se acentúa más la semejanza. Fachadas que reverberan bajo el sol, rincones soledosos, típicas construcciones, patios de misteriosa poesía. No podría sorprendernos que en el interior de alguno de ellos vibrase, romántica y apasionada, una sevillana o una saeta.

Su magnífica catedral de tres naves, edificada con todas las características arquitectónicas propias del siglo XVIII; la iglesia de la Compañía, con sus hermosas bóvedas de cedro paraguayo decoradas al óleo, su capilla doméstica cubierta por un cielorraso gótico renacentista y su sacristía interesante, construída en 1586; el Museo Colonial, instalado en la residencia que fué del virrey de Sobremonte; la Universidad, fundada por el Obispo Trejo y Sanabria, son otros tantos antiguos amigos que nos salen al paso para hablarnos de la vieja España y de su labor educadora y constructiva. ¡Cuántos atractivos para estar en las sierras y en la ciudad días memorables y deleitosos!

Pero yo debía estar en la catedral de Buenos Aires a las diez de la mañana del día siguiente, y tuve que romper el encanto; decir adiós a la página de historia nuestra que palpitaba allí y abandonar la docta, la mística, la culta, la españolísima Córdoba americana para emprender de nuevo el viaje hacia la capital de la Argentina.

UN VIAJE EN HIDROAVIÓN

Se había anunciado un paseo en hidroavión hasta el Delta del Paraná, y yo adquirí con tiempo mi billete. Ver remansada la ciudad de Buenos Aires a mis pies; volar como un pájaro sabio sobre el inmenso archipiélago terrestre que forma el árbol corpulento del Paraná al extenderse y repartirse en las ramas innumerables de lo que pudiéramos llamar su extensa copa; vislumbrar en la lejanía la orilla opuesta del río de la Plata, mar infinito para los ojos de cuantos lo contemplan desde tierra, era regalo a cuyos atractivos deliciosos no hubiera sabido resistirme.

Yo no había volado nunca y, por tanto, la impresión de viajar cabalgando sobre los aires como sobre un Clavileño de verdad acuciaba fuertemente mi fantasía.

Llegué a Puerto Nuevo, donde estaba fondeado el hidroavión; me pesaron y vi cómo pesaban escrupulosamente a los demás viajeros; descendimos desde la lindísima caseta-estación al embarcadero; subimos las angostas escaleras y nos hundimos en el interior de las cámaras. No bien ocupé mi asiento se me acercó el empleado del avión, que vestía lujoso uniforme, a ofrecerme sendos algodones para los oídos; y, mientras se iniciaba la salida, hice una visita ocular a la jaula metálica donde acabábamos de encerrarnos. Tenía cinco cámaras. En la anterior iba sentado el capitán ante las palancas de mando, llevando a su derecha un piloto auxiliar. La cámara contigua a ésta aparecía ocupada por la estación radiotelegráfica, y en ella, con los auriculares adaptados a los oídos, el radiotelegrafista, atento al cumplimiento de su misión. Las tres cámaras restantes, ocupadas por los pasajeros, ofrecían a éstos cómodos y amplios sillones en ambos lados. Las cinco se comunicaban entre sí por un pasillo cen-

tral. A la altura de las cabezas, unas estrechas ventanillas cerradas herméticamente con cristales fijos, muy gruesos, nos prometían la contemplación de panoramas deliciosos. En bolsas de metal, debajo de las ventanillas, otras bolsas grandes de papel se ofrecían a quienes temieran las molestias y las consecuencias de lo que podíamos llamar el mal del aire, ya que allí no cabía denominarlo mal de mar.

Conté las personas que allí nos encontrábamos. Eramos 21 pasajeros y los cuatro tripulantes ya mencionados más arriba. Entre los que cobraban y los que pagaban por viajar nos hallábamos, por tanto, 25 en la aeronave; un peso enorme, según pensaba yo, para sostenerse en el vacío.

De improviso se pusieron las hélices en movimiento, se largaron las amarras y el hidro se separó del muelle batiendo los aires y las aguas. Sin embargo, no se remontó, y en mi graciosa inexperiencia de neófito llegué a creer que, a pesar de sus grandes alas, le pesaba demasiado el cuerpo para despegar. Actuó el acelerador imperioso, atronaron los motores, trepidaron las hélices y se duplicó la velocidad; entonces las aguas, alborotadas, se levantaron en montañas de espuma, y durante algunos momentos viajamos debajo del agua que cubría las ventanillas, como si nuestra nave, en vez de un hidroavión, hubiese sido un submarino. Indudablemente, pensaba yo, el hidro no puede levantarse. Los otros pasajeros pensaban lo mismo. Cambiamos comentarios a voces, pero nuestras frases naufragaban, como parecía naufragar bajo las olas el aparato, y sólo lográbamos entendernos por señas. Callaron los motores, se aquietaron las hélices, se acostaron sobre el lecho del río las cascadas invertidas de espuma, y el aparato amenguó su marcha desbocada. Nuestros augurios parecían confirmarse. El pájaro, impotente, renunciaba a levantar el vuelo. No había tal cosa, sin embargo. Aquel primer recorrido sobre el agua era premeditado; su objeto era salir de Puerto Nuevo a pleno río para virar allí en ángulo recto y despegar. Así lo hizo, en efecto; segundos después, volvieron a zumbir los motores y a enloquecer vertiginosas las hélices, y entonces, suavemente, magníficamente, insensiblemente, empezamos a separarnos de la superficie del

agua y a elevarnos en el espacio. ¡Qué espectáculo más interesante! Cuantos han visto fotografías panorámicas impresionadas durante un vuelo pueden imaginarlo. Pero la fotografía y la imaginación se ven, en este caso, superadas por la realidad, porque nuestra mirada se extendía no a un segmento de círculo, sino a todo el círculo del horizonte. Buenos Aires ofrecía el conjunto de un tapiz adamasquinado tendido a nuestros pies. Los rascacielos parecían estirarse y ponerse de puntillas para vernos pasar. Las avenidas se hundían como gargantas, las plazas se abrían como valles y las calles semejabán grietas de la llanura entre los tejados de las casas. Alguna de ellas, como la de Rivadavia, prolongada en una extensión de muchos kilómetros, daba la sensación de que la tierra iba a partirse en dos pedazos por allí. Mirando hacia la izquierda, veíamos ciudad y más ciudad, siempre ciudad. Hacia la parte opuesta, río y más río, siempre río. La ciudad sin fin y el río sin fin también mirándose frente a frente, de igual a igual, como dos colosos. Ni los límites con el campo por un lado ni la orilla opuesta por el otro. Sólo el gran oasis de Palermo, en el que aparecía impresa la inmensa cruz de dos de sus paseos levantando en su centro a su vez la otra gigantesca cruz provisional que cubría con su evocador simbolismo el monumento de los españoles. Empezamos a trazar círculos sobre la ciudad, mientras abandonamos nuestros asientos para acudir cuándo a una ventanilla, cuándo a otra, persiguiendo en todas nuevos puntos de vista. Al mismo tiempo que avanzábamos subíamos casi inapreciablemente, y, al fin, pudimos ver que por una parte disminuía la densidad de las edificaciones, aunque sin permitirnos vislumbrar ninguna línea en la que se pudiera decir: allí termina Buenos Aires, y por otra, se dibujaba, borrosa, la ribera de Colonia, la orilla opuesta de aquel río que, aun así, era bahía o brazo de mar a nuestros ojos mejor que caudal de agua fluvial y terrestre. Por último, emprendimos el vuelo en dirección al Tigre.

Desde la altura vimos los edificios que albergan la magnífica instalación de filtros purificadores, donde las aguas sucias, repugnantes, del río se convierten en un venero transparente,

saludable y riquísimo; vimos la gran pista de prueba para los automóviles Chrysler, abierta sobre el tejado de sus propios talleres; campos de deportes y poblados sin solución de continuidad; y así llegamos al Delta, escrito así, en singular y con mayúscula, tal como los argentinos lo escriben para significar mejor con el vocablo el grandioso fenómeno y diferenciarlo de los deltas comunes a todos los ríos. Bajo nuestros pies, las barras de acero de los ríos y los hilos de plata de los canales tejían una malla metálica tendida sobre el paisaje en toda la extensión del amplísimo horizonte, ofreciéndonos la apariencia de una maqueta primorosa.

Navegaban en ellos infinidad de embarcaciones de juguete. Islas preciosas, hoteles, clubs, astilleros, árboles, flores. Después, la extensión inmensa, la soledad, el río misterioso de los yacarés y de las pirañas; el elemento flúido donde pulula el surubí, gran pez que después de una fuga inesperada de las aguas se recoge por toneladas en los canales secos; el inmenso caudal de agua donde se cría el pejerrey, digno de su nombre por ser uno de los pescados más exquisitos del mundo. Y, entre sus brazos innúmeros, islas y más islas deshabitadas, exuberantes, salvajes, desiertas, como muchachas bonitas sin novio que las quiera, ni mirada que las contemple, ni poeta que las cante, o como ignorados paraísos donde todavía no acertó a penetrar el genio humano con la civilización y con el progreso,

De repente, empezó a descender el avión; unos momentos de inquietud primero; un voto de reconocimiento después. Gracias a esta maniobra maestra pudimos disfrutar la deliciosa sensación de avanzar a 180 kilómetros por hora tan cerca del agua, que creímos navegar como centellas sobre uno de los ríos. Luego, otra vez a 800 metros de altura, rumbo a Buenos Aires. Algunos baches nos hicieron descender y subir como si fuésemos sentados en un columpio gigantesco.

Por último, otra vez los rascacielos levantaron sus brazos enormes en ademán de impedirnos el paso, y, al fin, con la suavidad de una gaviota, nos posamos sobre las aguas del Puerto Nuevo.

EL MARAVILLOSO DELTA DEL PARANÁ

En dos automóviles nos dirigimos hacia el Tigre.

El camino, pintoresco, encantador, pasa sucesivamente por distintos poblados, que son, en realidad, una alegre prolongación de Buenos Aires. Villas de hotelitos, jardines primorosos que parecen cestas de flores, campiñas verdes, árboles enormes. Los hotelitos hablan, a través de sus estilos, de afectos vivos añorantes, de nostalgias, de recuerdos, de homenajes rendidos a la tierra nativa; porque se ve, en unos, el estilo vasco, gracioso y retozón, y en otros, el español severo y clásico; en éstos, el plateresco cincelado, y en aquéllos, el barroco exuberante, con una gran variedad de matices que predica, sin embargo, a España siempre.

Atravesamos Vicente López, Olivos, Martínez, San Isidro, San Fernando, poblados todos cuyos nombres, españoles también, comunes e incesantemente repetidos unos y gloriosos y consagrados otros, me parecieron, en la ruta evocadora, hitos de remembranzas.

La pequeña ciudad consagrada al popularísimo Patrón de Madrid nos interesó particularmente. En ella se respiraba el ambiente de nuestra Patria como en ninguna otra. Aquella calle, formada sobre la misma carretera por casas de un solo piso y adornada con dos hileras de naranjos cuajados de frutos, nos trajo a la memoria la visión placentera de un pueblo andaluz. Hasta me pareció que aquellos árboles, esféricos como sus frutos de los que ningún transeúnte se atreve a despojarlos, nos saludaban movidos por el aire, como antiguos amigos.

Llegamos al Tigre, que es la tierra prometida de los bonaerenses, el parque de esparcimiento, el retiro de descanso, el jardín del ensueño, el paraíso de la ilusión. Yates magníficos, lindísimas piraguas, miles de embarcaciones de todas clases, hoteles, asociaciones de recreo, espléndidas manifestaciones del deporte fluvial, hablan por todas partes de paz, de alegría y de sano deleite. Los días festivos se despuebla Buenos Aires y se puebla el Tigre; el Delta de la capital argentina se sale de madre y se vierte en el Delta del Paraná; los sentidos de los excursionistas se aquietan, reposan, se despreocupan viendo convertidas las calles en canales y ríos, las hileras de edificios en hileras de ribazos pintorescos, el aire denso en aire puro y la actividad febril en indolencia sedante. Nosotros embarcamos en el yate de D. José Coll, construído en uno de los muchos astilleros que allí luchan en rabiosa competencia de precios y perfecciones fabriles; un precioso yate, con comodísimas literas para siete pasajeros y dos tripulantes, con su cuarto de baño, su lindísimo y amplio comedor y sus dos lanchas salvavidas. Para Coll la semana se divide en dos partes: una de seis días abrumadores, agobiantes, en los que, según afirma él donosamente, trabaja para sostener el yate que le recrea, y otra de un día solo, reconfortante y consolador, en el que descansa para sostener las fuerzas que trabajan. Vive, pues, con el cuerpo y con la inteligencia en Buenos Aires, pero con la memoria en el yate y con la voluntad en el Tigre. Lo mismo les sucede a cuantos trabajan como él, intensamente, en la vida de la ciudad agotadora.

Decía que embarcamos en su yate y empezamos a navegar lentamente río abajo, entre innumerables embarcaciones, unas atracadas y otras en marcha, saboreando el extraordinario deleite de contemplar un panorama que se escapa a la perspicacia del objetivo fotográfico, a la pericia de la descripción y al genio del pincel. Tan grande es, que no cabe en las placas, ni en los lienzos, ni en la retina, ni en la misma anchura del lenguaje, ni siquiera en las fronteras casi infinitas de la imaginación. Ella será, sin embargo, la única que pueda aventurarse en la empresa difícil de concebir esta gran



Regatas en el Río Lujans, cerca de Buenos Aires

Foto. The Standard.

maravilla de la Naturaleza. Procúrese, pues, imaginar una inmensa superficie, de 1.200 kilómetros cuadrados de extensión, por la que se reparten las aguas del río Paraná, llamado también, con acierto, el Nilo del Nuevo Mundo y el Mississipi de América del Sur, formando algunos ramales mayores que los mayores ríos de Europa, subdivididos a su vez en ríos secundarios, siempre muy grandes, en ríos más pequeños, y en canales, cubriendo toda la interminable superficie con una red de agua que parece de metal fundido, entre cuyos infinitos nudos quedan aprisionadas miles de islas y por cuyos cauces se puede navegar meses enteros sin repetir ningún trayecto, y se condensará lo concebido en una visión pobre y mísera aun comparada con la realidad.

Navegar por aquel gigantesco laberinto de vías fluviales, tratando de completar el encantado panorama visible con el vuelo soñador de las miradas del espíritu, es acaso uno de los más grandes deleites que se pueden experimentar en el mundo. Con ellas se ve cómo las aguas se destrenzan, primero madeja a madeja y luego hilo a hilo; podría comparárselas a un colegio que camina formado en dos filas, disciplinado y juicioso, para el que de repente suena la hora del asueto y se reparte desbordado, campo a traviesa, inundándolo todo y trazando innumerables *deltas* entre los caminos de sus corrientes. Sólo que aquí *el colegio* es tan grande que ocupa la dimensión de un Estado, y cuando vuelve a reunirse, terminados sus retozones jugueteos, forma, después de recibir las aguas del río Uruguay, un brazo disforme que alcanza 50 kilómetros de anchura al pasar por delante de Buenos Aires y 200 en la desembocadura. Sigamos pensando: ese río Paraná, cuya etimología, en lengua guaraní, significa, acertadamente, *padre de la mar*, tiene más de 3.000 kilómetros de curso, arrancando sus nacimientos de tres naciones y recogiendo aguas hasta en los 13 grados de latitud Sur. Pueblan sus márgenes infinidad de caimanes llamados yacarés; en sus aguas se oculta el terrible piraña, pez chiquito, pero carnívoro y voraz, que ataca a las personas y, reunido en bancos numerosos, ha llegado a devorar un caballo que se aventuró a cruzar el río. Sus aguas crecen y menguan inesperadamente, como por

arte de magia, sin sujeción a ley alguna. En una hora sube a veces su nivel metro y medio, tal vez obedeciendo al viento Sur; en el mismo tiempo, desciende en ocasiones cuanto antes había subido, obedeciendo acaso al viento Norte. Su mansa superficie se agita algunos días airada, como sumisa a la voz de un encantamiento amenazador; su agitación se pacifica otros, como esclava de fuerzas desconocidas capaces de destruir el maleficio. En su interior, centenares de islas deshabitadas y ríos que quizá se pudieran llamar vírgenes y en los que resulta peligrosísimo aventurarse, porque sería difícil o imposible salir del intrincado dédalo después. La inmensidad, lo ignorado, lo magnífico, una suprema belleza, una esplendidez grandiosa nos rodea en todas direcciones, achicándonos con su magnitud, asombrándonos con su hermosura y reclamando el rendimiento de nuestro espíritu para las sombras de sus misterios y para las dimensiones ignotas de sus dilatadas comarcas.

Y a través de este portentoso país comprendido entre las cataratas del Iguazú, superiores a las del Niágara en magnificencia, y el mar ficticio del río de la Plata, superior en anchura, ya que no en caudal, al Amazonas, íbamos nosotros navegando. Los cauces de agua se cruzaban y se entrecruzaban en torno nuestro, por todas partes. Sus dimensiones variadas, irregulares, polimorfos como el trazado de sus cursos, alcanzaban anchuras de cientos de metros o se reducían a estrecheces de pocas brazas. Sobre las islas, verdaderos bosques de sauces desmayaban sus brazos indolentes, como entregados a un eterno éxtasis contemplativo. A veces se enlazaban abrazándose amorosamente sobre el agua de los canales estrechos, hasta formar bóvedas impenetrables sobre naves tortuosas, calladas, desiertas, oscuras, embellecidas por aromas indefinibles y misterios recónditos. Mientras se alcanzan desde la lancha los membrillos, se ven entre los bosques de sauces o de ceibos y los cortinajes agrestes de la flora exuberante los graciosos ranchos o chozas, lacustres, solitarios, cimentados sobre pies derechos y contruídos a una altura aproximada de un metro de la tierra con ramas y barro, bajo una cubierta de totora o paja. Delante de ellos,

el carapachayo, como allí se llama al habitante de las islas, trabaja aprovechando la fertilidad de aquellos terrenos anegadizos en los que las aguas trabajan, abonan y son las mejores auxiliares del agricultor.

El panorama, constantemente vario, ofrece sorpresas en cada recodo; parece cerrar toda salida unas veces, las finge engañosas otras; desorienta, recrea, absorbe, esclaviza siempre, y nuestros labios enmudecen, y nuestros ojos se entregan a la contemplación deleitosa, inmóviles, sedientos, insaciables ante aquel magno poema de la tierra argentina que es una maravilla indescriptible de la Creación.

Durante el recorrido de unos 70 kilómetros que hicimos a lo largo de estos y de aquellos ríos nos cruzamos con el tranvía fluvial, que va haciendo rápidamente entre las islas el mismo servicio que realizan los tranvías terrestres sobre las calles, y vimos también el mercado ambulante, montado en una barcaza con motor y rodeado de mujeres que adquirirían en él sus provisiones.

A las cinco abandonamos la cubierta y bajamos al lindo comedorcito a tomar un espléndido té. Pero nuestras miradas siguieron, a través de las ventanillas, saboreando las mágicas invitaciones del paisaje, olvidados de las apetencias del cuerpo y entregados únicamente a los incomparables deleites del espíritu.

TRIPTICO NOCTURNO

I

En el estudio de Quinquela Martín

El Dr. Sojo, sumo sacerdote del culto rendido por la hospitalidad bonaerense a los españoles que visitan la ciudad del Plata, nos anunció con la cálida efusión de su temperamento expansivo y cordial:

—Esta noche voy a ofrecer un delicioso regalo a sus espíritus. Visitaremos primero el estudio de nuestro gran pintor Quinquela Martín; después asistiremos a una comida en la típica sede de la República de la Boca, donde serán ustedes proclamados ciudadanos de honor; por último, escucharemos armonías vivas y palpitantes de canciones criollas a la magnífica orquesta de nuestro músico incomparable Filiberto. Una fiesta de vibración artística, de color local, de ambiente típico, de belleza, de evocación, de poesía.

Y, en efecto, llegamos ante el estudio de Quinquela. En la esquina de dos calles del barrio de la Boca, mirando al puerto, una modesta casita de dos pisos escondía, mejor que exhibía, el estudio de aquel mago de la pintura.

Atado en la barandilla de uno de los balcones se ofreció a nuestros ojos el círculo grisáceo de un salvavidas. Era todo un emblema en aquel sitio. Detrás de él se albergaba un naufrago de la vida, recogido de manos de la Asistencia Pública por unos carboneros, y salvado después, sobre el

flotador de su genio, cuando iba a perecer en el océano del anónimo.

Durante su niñez sólo aprendió a leer, a escribir y a trabajar rudamente, confundido con los infatigables obreros del puerto rumoroso. Pero no aprendió a pintar. Llevaba en el alma la misteriosa luz que alumbra de dentro a fuera y desdeña los destellos que, desde fuera, vienen a iluminar el interior. Autodidacto, acaso inconsciente, se sorprendió un día a sí mismo manejando colores y manchando lienzos. Y sus creaciones sorprendieron a los demás. Y su fama atravesó los mares. Y sus obras llegaron a ser gala de todos los grandes museos. Su fecunda producción se encuentra repartida entre las mejores colecciones de Argentina, Brasil, Cuba, España, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia y Nueva Zelanda. Este hecho encierra su mejor encomio. El obrero abismado del puerto del Plata se ha convertido en el obrero encumbrado de todos los puertos de oro del espíritu.

Pero ha tenido la virtud de llegar a ellos sin abandonar el suyo. Ni antes vivió amargado por su desgracia ni hoy vive desvanecido por su éxito. En la cumbre de una existencia *que parece el asunto de un cuento de hadas*, como dijo Camille Mauclair, sigue siendo el hombre humilde, sencillo, ingenuo, que pudo ser descubierto por los amigos del Arte y no ha querido todavía, sin embargo, descubrirse a sí propio en el fondo de su alma. Pinta para todos, pero sólo vive para él, en su soledad de cartujo o en su amorosa coyunda con la emoción creadora: en el puerto, del puerto y para el puerto; recibiendo su luz y reflejándola en sus telas maravillosas; escuchando sus rumores pujantes, sus ritmos isócronos, sus fragores dinámicos y transformándolos en vibraciones de color que, pese a su silencio, gimen, crujen, golpean, silban y ensordecen.

Vamos a entrar en un templo del arte para iniciar así la realización del interesante tríptico nocturno propuesto por Sojo; rómpete, pluma; aletea, pensamiento; escribe, alma; deja grabadas indeleblemente sobre el papel todas tus impresiones de esta noche.

Subimos por una escalera angosta y pobre; llegamos al

descansillo del piso segundo; entramos en una habitación destartalada. En ella encontramos al pintor; nos recibió insignificante, sonriente, apacible, como alejado de su propia celebridad. De las desconchadas paredes penden retratos de grandes personalidades del mundo, avalorados con valiosos autógrafos. Repartidos por los rincones y alineados a lo largo del no estudiado estudio, parece parlamentar una asamblea de curiosísimos mascarones de proa que pertenecieron a embarcaciones ayer audaces y hoy jubiladas y que bañaron muchas veces sus pies en la revuelta espuma de las olas. Sobre una mesa conviven cajas de hojalata, botellas de licor, preciosas miniaturas de barcos, un ovillo de hilo, un reloj, un cuchillo, un trozo de mineral, varios frascos, bombillas de luz eléctrica, una varia muchedumbre de objetos como la que llena los escaparates de todas las prenderías. En medio de la estancia yerguen su andamiaje dos viejos caballetes. Clavadas en los muros, cerca del techo, grandes hojas de papel destacan de su fondo amarillento vigorosos dibujos al carbón. Unos sobre otros, descansan, apoyados en las paredes, muchos cuadros grandes que parecen bastidores de una decoración y que dan al estudio el desordenado aspecto de un escenario teatral en la semipenumbra de un ensayo. Ningún refinamiento, ningún lujo hay allí que pueda distraer la mirada espiritual ni la mirada corpórea del tema único al que parece consagrado, en el modesto taller, hasta el ambiente. Allí todo es Quinquela, arte de Quinquela, alma de Quinquela, pletórica de aire de mar y de panorama de puerto, fundida en colores sobre superficies muertas que cobran vida al transformarse en atmósfera, aguas, celajes, grúas, hornos, marineros y cargadores, con todo el espléndido vigor de la realidad y todo el palpitante verismo de la vida.

Empezaron a desfilar ante nuestros ojos atónitos lienzos animados, ante cada uno de los cuales creíamos que se descorría un telón o que se abría de par en par una ventana para descubrirnos momentos febriles o descansos sedentes del vivir portefío. Sobre ellos, las masas de color se agolpan en oleadas, unas sobre otras, alejando horizontes y destacando primeros planos, *fabricando aire*, trazando enérgicas silue-

tas y abultando formas corpóreas que parecen modeladas en relieve. Aquellas composiciones no están logradas con pincel, sino con espátula; más que la mano que pinta, se diría que ha trabajado en ellos la mano que esculpe. En su factura se llega hasta el último detalle con un genial desprecio del detalle; su técnica, que maneja frecuentemente cientos de figuras, no ofrece nada acabado particularmente y, sin embargo, está perfectamente acabado el conjunto. Una pincelada más destruiría la magia de la impresión, porque el secreto de su perfección pictórica se esconde en sus imperfecciones mismas.

El poema del puerto canta allí gigantescas estrofas; no con lenguaje ampuloso y exhuberante, sino con frase de color, concisa y cortada; con toda la elocuencia de la elipsis. Es la suprema armonía hallada en la suma de notas discordantes; es la sinfonía del movimiento, el ritmo patético del trabajo rudo, el choque recio de los contrastes y la danza de los reflejos; es la esmeralda del Riachuelo y el rubí de los cascos cubiertos de minio; es el bosque de los mástiles, pululado por los monstruos antidiluvianos de las grúas y los hormigueros de los hombres; es el volcán de los hornos y la fumarola de las chimeneas, que iluminan o enturbian el topacio de un crepúsculo o el granate de un amanecer, o el brillante de un día espléndido, o el ópalo de una niebla o el azabache de un nocturno; es la reciedumbre, la virilidad, la energía en la visión, en la concepción y en la realización de las obras; es la síntesis mejor que el análisis del mundo vigoroso y estridente que se encierra en el puerto de la Boca. Y en ella palpitan, no escenas sueltas, sino momentos distintos de la gran escena íntegra, con todos sus caóticos y abigarrados componentes.

Todos los cuadros del gran artista retratan el mismo escenario; el que Quinquela vivió en su niñez y quedó como estereotipado en su retina. Son como facetas de un mismo brillante, o rayos de un mismo sol, o variedades tornasoladas de una misma perla; la vida porteña siempre, en todos sus aspectos y en todos sus instantes. Y así vemos, entre luminosidades, fosforescencias, cielos ardientes o densidades brumosas, buques de carga, lanchas de pesca, bocas de infierno que



En la República de la Boca son *condecorados* los autores de este libro

vomitan lenguas de metal candente, y esqueletos náuticos abandonados, desprovistos ya de sus músculos de hierro o de madera; la elegía de la vida o la tragedia de la muerte; el aire que arde encendido en su propia lumbre o la Naturaleza que llora después de haber sido azotada por la lluvia; la agitación turbulenta de la industria o la paz callada de la faena tranquila; la oda arrebatada del fuego o el romance plácido de la tarde gris, formando entre todos la más rica gama de color y varia diversidad de impresiones que puede producir un mismo pincel al interpretar un mismo asunto.

De cuadro en cuadro, que es tanto como decir de asombro en asombro, se deleitó extático nuestro espíritu, mientras el tiempo resbalaba, silencioso e inadvertido, sobre nuestras vidas. Fué preciso, al fin, abandonar el estudio; la República de la Boca nos esperaba. Y entonces salimos de nuevo a la calle, a la verdadera Boca del Riachuelo, que nos pareció más apagada, más muerta, menos interesante que la plasmada por el genio en los maravillosos lienzos de Quinquela Martín.

II

En la República de la Boca

La República de la Boca se reunía solemnemente aquella noche en uno de los salones de su *palacio ducal*, que no era otra cosa sino un simpático figón, acreditado bajo el nombre de *El Pescadito*. El edificio estaba engalanado con banderas de varios países, presididas por la española. Era éste un delicado homenaje que se rendía a nuestra nacionalidad. En el dintel de la puerta nos esperaba el presidente de la República imaginaria, empuñando un bastón de mando tan grande que, apoyado en él, nos pareció una imagen de San Cristóbal. De una cadena colgada de su cuello, gruesa como un calabrote, pendía la insignia de su dignidad, del tamaño de un plato y formada por un ancla, un salvavidas y dos remos graciosamente entrelazados. Quinquela, *recontralmirante* de la Armada, colgó de su cuello otra insignia igual.

Su *Excelencia* nos recibió *solemnemente*, tuteándonos, y tras los efusivos saludos de rigor, atravesamos el bar, donde bebían y charlaban hombres del puerto y vecinos de la barriada, pasamos al comedor, decorado también como la fachada con múltiples banderitas, éstas de un telégrafo de señales.

Tomamos asiento en la mesa, dispuesta en forma de U, hasta unos 20 ciudadanos. El presidente ocupó el centro entre nosotros dos; la banda oficial tocó entonces la *Marcha de la República*, que todos escuchamos respetuosamente en pie, y cuyos graciosos acordes desafinados premiamos con aplausos calurosos.

Y empezó la solemne ceremonia, mientras nosotros poníamos nuestra atención en varios donosísimos detalles. Sobre la mesa aparecía trazado un camino de hojas de lechuga. Las botellas lucían etiquetas impresas, encabezadas con el escudo del jubiloso Estado, y en cuyas leyendas, bajo el rótulo común a todas que decía: "*El Pescadito*, palacio ducal de la República de la Boca. Vino oficial, tipo blanco o tipo tinto"; ostentaba cada elaboración nombres sugestivos y evocadores: *Mascarón de proa*, *Cuando llora la Milonga*, *Fragata Sarmiento*. Hasta había alguno bautizado —sin agua— en honor del presidente, con su propio nombre precedido de una burlesca alusión a su *autoritarismo terrible*: *Dictador Molina*.

Sazonada con razonables sorbos de los alegres vinillos, se deslizó la jocosa comida, mientras el *ministro de Comunicaciones* nos disparaba magnesios, en competencia con el fotógrafo de *La Razón*. El menú oficial —allí todo era oficial— se compuso de *caponada*, plato marinero de pescado; *tallarines* y *chupin*, plato de pescado también, mucho más agresivo, a pesar de su aparente inocencia, que *El Dictador Molina* y que la *Fragata Sarmiento*. Al terminar el primer plato, el presidente se levantó con solemnidad ceremonial —allí son solemnes todas las ceremonias—; retiró una servilleta que cubría, delante de él, una especie de monumento al *football*, fundido en plata, que resultó ser una desmesurada copa, en la que escanciaron *vino oficial*. Bebimos nosotros en pie, a título de neófitos, en medio del silencio respetuoso y

regocijado de todos; bebió después con gravedad el presidente, y volvimos a sentarnos, satisfechos de haber recibido aquella original consagración. Mientras comíamos, aquel grupo de hombres excelentes, sinceros, expansivos, cordiales, tan pletóricos de buen humor como de buenos sentimientos, llegados al seno de la República unos desde las mansiones del arte, otros desde el mundo del periodismo; éste desde las más modestas esferas del trabajo, y aquél desde las más elevadas cumbres de la intelectualidad, yo recordaba la letra de su himno:

Somos boquenses,
hombres geniales,
los generales
del corazón.

y pensaba que, en verdad, son los generales del corazón quienes con tanta inocencia se divierten y con tanta sencillez gozan a las puertas de una ciudad vorágine, y, sin embargo, al margen de sus anhelos y de sus inquietudes.

Con razón podían seguir cantando:

No tiene nombre
nuestra alegría;
de noche y día
se oye el clamor.
Aquí no hay penas,
y no hay rigores,
y no hay dolores;
sólo hay amor.

Amor mutuo y amor al desvalido, sobre todo, porque es de saberse que cuando en el hospital escasean los recursos, se improvisa un festejo popular; se nombra hijo adoptivo a un personaje que se preste a seguirles el humor; consagran su nombramiento conduciéndole en una carroza por las calles, acompañado de los altos dignatarios de la República, que lucen vistosos uniformes de alquiler; se dirigen en comitiva a un campo de *football*, donde cobran una módica entrada y recrean a los espectadores con la exhibición de algunos núme-

ros de variedades, y al fin entregan, satisfechos y gozosos, al hospital desvalido los 10 o 15.000 pesos recaudados durante la celebración del festejo.

Quinquela, por su parte, tal vez recordando su desamparada niñez, y llevado, desde luego, de su amor a los niños de aquella República ideal, ha donado terreno para el emplazamiento de una escuela, de cuya construcción se ha encargado el Consejo de Educación de la verdadera República. De tan gentil, caritativo y gallardo modo conquistada la alegría, no es extraño que puedan decir tales ciudadanos con todas veras:

Aquí no hay penas,
y no hay rigores,
y no hay dolores;
sólo hay amor.

Al finalizar la comida, el presidente, nuevamente en pie, dió lectura al donosísimo documento por el cual se nos nombraba ciudadanos honorarios de la República de la Boca: "Don deberá usar desde hoy esta credencial, por orden del GRAN CONSEJO SUPREMO..."

Nos entregó después los títulos correspondientes, debidamente firmados y autorizados por sendos sellos en tinta y en lacre; nos proveyó de los oportunos pasaportes, graciosamente impresos, autorizándonos para transitar libremente dentro de sus dominios; y nos puso sobre el pecho las medallas de nuestra nueva ciudadanía, cuyo anverso lucía el interesante escudo del Estado supuesto, y cuyo reverso ostentaba grabados nuestros nombres y la merced de ciudadanos honorarios con que acabábamos de ser favorecidos.

Aprovechando la regocijada emoción del instante que estábamos viviendo, D. Pedro González Arnao, agregado civil de la Embajada de España en Buenos Aires, tuvo el acierto de pedirnos que enviásemos para la escuela mencionada un banco de una escuela española, que hubiera sido ocupado por algún alumno aventajado y ejemplar. Allí estaría ocupado también por el muchacho más estudioso. La idea era delicadísima. No es necesario decir que nosotros ofrecimos enviarlo, con gran

deleite de nuestros espíritus. Y entonces los célebres ceramistas de Talavera de la Reina Sres. Ruiz de Luna, nuevos ciudadanos, como el Sr. González Arnao y como nosotros, de la interesante República imaginaria, ofrecieron la inscripción en cerámica que, colocada en la escuela, perpetúe la historia del banco español.

Como todo acaba en el mundo, acabó también la sobremesa gratisima. ¡Con cuánto placer la recuerdo! En el seno generoso de aquel nido de artistas y de corazones, entre bromas solemnes, gravedades jocosas y regocijados protocolos, pasamos algunas de las horas más deliciosas de nuestra vida.

III

El maestro Filiberto, autor de música criolla

Nos esperaba Filiberto. ¡Juan de Dios Filiberto! No sin emoción escribo este nombre. Como Quinquela en sus cuadros, Filiberto en su música ha sabido captar, encerrar y compendiar, en un nuevo soplo de vida, toda el alma de la Boca. Son como dos jaulas primorosas, entre cuyos alambres de oro vibra íntegramente, con rica variedad de modulaciones, el personalísimo espíritu porteño. Con Quinquela nos habíamos extasiado ante la vigorosa armonía del color; con Filiberto iba a deleitarnos el color de la armonía.

Filiberto, miembro de nuestra nacionalidad adoptiva, tan ignorante de sí mismo y tan popular como Quinquela, puesto que, aun cuando parece ignorarlo, sus tangos criollos y sus canciones porteñas, y sus zambas melodiosas, y sus rancheras indolentes han recorrido triunfalmente el mundo, había comido con nosotros en el *palacio ducal* de la República. Nosotros conocíamos ya sus composiciones. Los discos de gramófono, los artistas de variedades y las estaciones radiofónicas nos habían deleitado mil veces con sus melodías. Pero esta gran fiesta del espíritu, a la que estábamos invitados, nos ofrecía una emoción mucho más intensa. El propio autor iba a ser la lengua viva de las canciones al frente de su orquesta ágil,

disciplinada y sensible. Aquellos 18 profesores, compenetrados con Filiberto y con su música, ponen vibraciones del alma del compositor en los instrumentos, de tal manera que la justeza exacta, la cadencia soñadora, la melodía doliente y el ritmo subyugador parecen producidos por el mismo maestro, faquir de los silencios y brujo de las sonoridades.

Nos encaminamos a su linda casita, situada también en aquel barrio de la Boca, donde un día fundó Pedro Mendoza por primera vez la ciudad de Buenos Aires. Y en el *hall* íntimo, recogido, atrayente, donde tal vez había caído muchas veces sobre el pentagrama la lluvia de notas en que se derramó la inspiración del músico al componer, tuvimos la suerte envidiable de oír aquellos bailables y aquellas canciones, que acariciaban o se convertían en arrebatadas lenguas de amores, o estallaban en momentos de pasión, o se quejaban dolientes, o reían triunfales, o lloraban vencidos, o jugueteaban graciosos en un vibrar de voces instrumentales, fundidas en una sola y en un palpar de almas sincronizadas, mientras Filiberto, al frente de su mesnada artística, abstraído del mundo externo, envuelto en las oleadas armónicas, las aquietaba o las comunicaba su vehemencia en una especie de diálogo apasionado, enervante, extático y febril, y mientras nosotros sentíamos escalofríos de emoción, agonías de deleite, purísimos espasmos de dolorosa complacencia o agitaciones indisciplinadas de una extraña y tranquila inquietud espiritual, hechizados por el encanto del arte brujo:

Caminito que todas las tardes
feliz recorría cantando mi amor,
no le digas, si vuelve a pasar,
que mi llanto tu suelo regó.

decía la letra de la melancólica canción que puso fin al programa; y, en efecto, lloraron las notas candentes sobre el caminito de la melodía desamparada.

Salvador Ruiz de Luna, en un descanso de la orquesta nos hizo oír al piano primorosas composiciones suyas, en diálogo elocuente con las canciones criollas. Y luego volvió a tomar

la palabra la orquesta. Y Filiberto dirigía; dirigía sin batuta; la batuta estorbaba allí.

La batuta es un símbolo de rigidez, de rectitud de línea, de inflexibilidad inadaptable al ritmo de aquella música inquieta como el mercurio, blanda como la cera, dulce como la miel, ágil como la ardilla, rebelde como las olas, mansa como los lagos, trivial como la infancia y profunda como el océano. Filiberto dirigía con acción y actitudes de conferenciante reposado, nutrido de doctrina. Sus manos se movían con suavidad y delicadeza al compás del ritmo melodioso, como las ramas de un ombú, mecidas por la fogosa caricia del pampero.

¿DE VUELTA A LA HISPANIDAD?

Enhiestas y tendidas las alas del cuervo —odio y mentira— no sueltan la presa española. Basta un pretexto, cuando más un motivo, como ahora desgraciadamente lo hubo, para que la leyenda negra escriba una página de desprestigio y menosprecio.

En los dos meses largos que llevo por mar y tierra, las contadas veces que el nombre de mi patria encabezaba artículos o telegramas en el servicio marítimo de radio o en la sección noticiara de la Prensa, siempre la hipérbole interesada y parcial, exagerada, las luchas políticas, la inseguridad pública, las revueltas de carácter social, “la sombra de Torquemada flotante en la Península”...

¿Cuándo aprenderemos a defendernos de la letra de molde? Una agencia de información que difundiese las noticias en términos de exactitud y de equilibrio; una colaboración literaria que, con decoro de forma y autoridad de pensamiento, analizara la vida nacional política, social y religiosa, sería un servicio de inapreciable valor a la patria.

Se ha comprobado en estos mismos días que la voz de 800 españoles, impregnada de verdad y de fe, sin alardes patrioteros, ha puesto en su justo lugar a hombres y cosas que los periódicos de Sudamérica afectaban ignorar. Una vez más, mientras la pasión y el sectarismo menoscababan dentro de casa el nombre hispánico y el eco sombrío de la revolución se ensanchaba más allá de fronteras, el catolicismo tradicional, culto y discreto, representado en los centenares de congresistas, levantaba entusiasta la sagrada bandera, deshaciendo

paciente y desinteresado el crédito español. Y cuenta que en esta labor rectificadora no contaron con apoyos oficiales. El Gobierno, de espaldas no solamente a obligaciones de carácter moral, sino también al valimiento de intereses de índole material, se desentendió del Congreso Eucarístico. ¡Era laico y no podía intervenir! Entretanto, naciones de la magnitud de Francia, con su laicismo para la exportación, ordenaban a sus embajadores que no escatimasen sacrificio ni gasto para que las delegaciones nacionales se hallaran rodeadas en todas partes de los máximos respetos y afectos.

Es doloroso ver que, no ya por parte del laicismo gobernante, pero, lo que es peor, por parte de muchos de nuestros hermanos, políticos de nombre y categoría, se va olvidando la misión histórica de España, clave de su personalidad y secreto de aquella antigua fuerza y cohesión que le dieron prosperidad y gloria.

Ni importa que al presente seamos un pueblo débil y sin importancia con el consabido concierto internacional. ¿Eramos acaso más fuertes y poderosos en trances más arriesgados y difíciles en que el ocaso español salvó los principios de la civilización occidental? ¿No puede Dios hacernos invencibles, como entonces, si somos fieles a su llamamiento y mandato soberano?

Pueblo evangelizador y aventurero, fuimos sembrando la fe y la lengua por toda la redondez de la tierra y ahora nos encontramos con que es innumerable nuestra descendencia; que solamente aquí, en la Argentina, dos millones, poco menos, de compatriotas viven al amparo de nuestros pabellón; que es prolongación de nuestra casa, que son nuestras costumbres, nuestros vicios y nuestras virtudes la substancia y nervio de la vida americana y que bastaría un poco de tino y discreción para que se recobrara el señorío espiritual más vasto y sólido de que hay ejemplo en lo pasado y que en lo porvenir sería promesa y augurio cierto de bienandanzas.

Esta fué la idea central del Día de la Raza, pronunciada por el arzobispo primado, doctor Gomá. Una edición popular de 100.000 ejemplares, hecha por la iniciativa y generosidad de algunos españoles en Buenos Aires, es en esta hora de

siembra de hispanidad, reivindicación y defensa del nombre hispano. ¿Puede afirmar con viso de certeza que se ha logrado un triunfo para la fe y la patria; que los días del Congreso en América rehacían valores y principios que rotos y deshechos andaban por calles y plazas a golpes de lengua y pluma? Vale la pena de reflexionar sobre este punto. Los días de navegación largos y sedantes nos brindan la mejor oportunidad.

Suenan todavía, como música de villancico, es decir, de nacimiento o de renacimiento las palabras que el cardenal Piacelli dirigió al señor presidente de la República Argentina en su primer saludo oficial: "Católico que el precioso patrimonio secular recibido de la Madre España, que, con la lengua que hablaron Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, os legó una fe tan profunda y robusta que las tempestades de tantos siglos no han logrado destruirla." "La visita vuestra —decía a S. el general Justo—, como primera de un legado pontificio a la que fué América española, considero como el punto en que culmina la épica trayectoria iniciada un día como éste, hace cuatrocientos cuarenta y dos años, cuando fué plantada la Cruz en tierra americana, como símbolo de cristianismo..., en aquella expedición fabulosa que una reina creyente impulsara y en cuyo incierto desarrollo brindan como un rayo de luz la esperanza mística y la fe incommovible de su jefe."

Expresión la más autorizada del españolismo que, a través de los siglos, sigue palpitante en el corazón de América, las ideas y palabras que a continuación reproducimos constituyen, escribe con admirable oportunidad la españolísima revista de Buenos Aires *El Pilar*, un florilegio de amor y reverencia a la patria madre:

"¿De quiénes se compone y de dónde ha venido esta selecta e incontable muchedumbre —preguntaba en el discurso inaugural el señor arzobispo de Buenos Aires, y luego de contestar, refiriéndose a todos los Estados del Norte y del Sur, decía: *¿Unde venerunt?* ¿De dónde han venido? De la hidalga España, que nos descubrió en arriesgada y colosal empresa, que nos dió las armonías de su idioma, las esperanzas inmortales de su fe."

Y más abajo, en conmovido apóstrofe, aludiendo a la vocación eucarística de los pueblos, ponderaba la del nuestro con esta encendida frase:

“Sobre todo tú, noble madre de América, España, que, coronada de laureles por Colón, diste un mundo cristiano al mundo, donde la primera plegaria fué siempre: bendito y alabado sea el Santísimo, y donde, desde el Corpus de las Selvas misioneras de la conquista hasta el nombre de sus pueblos y ciudades, en sus Universidades, en sus capillas, en sus templos, en sus catedrales, siempre se ha cantado con fervor el amor de los amores.”

De las tres súplicas que el señor arzobispo de Lima puso a los pies de Jesús Sacramentado fué la primera:

“Por la madre España, que nos trajo la fe y nos enseñó a amar a Jesús; para que, Monarquía o República, sea siempre la España inmortal del Sagrado Corazón”.

“Habéis llegado, eminencia —decía el presidente, general Justo, al cardenal legado—, a un continente en cuyo descubrimiento y conquista y en el transcurso de cuya vida se destaca imponente el símbolo sagrado del Cristianismo. Lo llevó Colón, como ya recordé, en aquella su expedición fabulosa, que una reina creyente impulsara y en cuyo incierto desarrollo brindan como un rayo de luz la esperanza mística y la inmovible de su Jefe. Y a tal punto y en tal forma impelen estas convicciones al audaz navegante que se ha dicho con razón que si la América no hubiera existido, Dios la habría creado para premiar así la confianza y la fe de aquel hombre. Estáis, pues, eminencia, en el seno de uno de esos pueblos que guarda como blasón preciado de su estirpe la doctrina de paz, de amor y de solidaridad que le transfundió junto con su sangre la madre España.”

Y el cardenal Pacelli comentaba de esta suerte las palabras del primer magistrado de la nación:

“Vuestra civilización contiene tesoros y energías de un orden esencialmente superior. Porque esa mentalidad que asienta toda la civilización sobre los postulados del espíritu es en vuestra patria tradicionalmente católica. Católico fué el preclaro patrimonio secular recibido de la madre España, que

con la lengua en que hablaron Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, os legó una fe tan profunda y robusta que las tempestades de tantos siglos no han podido destruir."

Halagado el sentimiento de patria con estas afirmaciones, las más valiosas y significativas, no sólo por la índole del trance y ocasión en que se pronuncian, sino también por la excelesa categoría de quienes las hacen, forzoso es reconocer que la hispanidad, en lo más puro y noble, en lo más constructivo de su esencia y carácter: en lo religiosos, triunfaba plenamente en la Asamblea. Pero el concepto de hispanidad, tal como hoy se entiende e interpreta, implica y contiene otros valores, que si bien no se produzcan como resultante de la profesión y credo religiosos, diéronse con éstos la mano en la historia de nuestra acción en América.

Y a ellos principalmente se contrae la pregunta. ¿Hemos vivido los españoles en la Argentina la hora definitiva de rehabilitación y desagravio? Más concretamente todavía. ¿Perdura la crisis de hispanidad, lema de uno de los capítulos del gran libro, breviario del patriotismo, de Ramiro de Maeztu? Sólo en índice puede señalarse el preliminar de ideas y hechos, que es condición indispensable para dar cumplida respuesta. "Entre los escritores actuales, sobre todo entre los nacionalistas —dice Manuel Gálvez en su bellissimo libro *El Solar de la Raza*—, hay una seria corriente de simpatía hacia España."

Las afirmaciones contenidas en esta obra, singularmente en el primer capítulo, *El espiritualismo español*, escrito para ofrecer a los argentinos, que desean aliviar de peso el fardo materialista, una auténtica imagen de espiritualidad, no son el consabido florilegio retórico adobado con tópicos ya manidos: cada argumento es substancia de Historia, atisbo de psicología, lección de vida. "Somos españoles porque hablamos el idioma español, como los españoles eran latinos porque hablaban el latín. El idioma es quizá el único elemento caracterizador de las razas." "La influencia española es necesaria para nosotros, pues lejos de descaracterizarnos, como ciertas influencias exóticas, nos ayuda a afirmar nuestra índole ame-

ricana y argentina..." "Quiero que conozcamos la historia española, que es la más honda y vasta fuente de nobleza, de energía, de razón, de idealidad que haya existido en el mundo..." Construyamos el idealismo argentino sacándolo del fondo de nuestra raza, es decir, de lo español y lo americano que llevamos dentro de nosotros..." "La principal causa, a mi ver, que ha determinado la formación de las leyendas sobre España, se halla en la falsificación de la Historia, realizada con fines de religión y de raza. La Historia ha sido hecha por los protestantes ingleses..." "En la Argentina, el odio a España ha sufrido la evolución de todas las cosas, y al transformarse en necio desdén protector, ha desaparecido. La generación de la independencia, que vivió hasta mediados del siglo XIX, conservó, como es natural, el odio al enemigo. Republicanos y criollos, como eran los argentinos, detestaban a los españoles, que eran monárquicos y extranjeros. La muralla china de la barbarie caudillista, el aislamiento del exterior, agravó la antipatía existente. Por otra parte, el delirio nacionalista de la época complicaba con él trances enemigos a todos los extranjeros. Luego, al terminar la lucha entre la campaña y las ciudades, como aquella dejara algo de su barbarie en el espíritu de las ciudades triunfantes, se continuó despreciando al extranjero... Durante el tercer cuarto de siglo la hispanofobia se intensificó. Sarmiento, Alberdi, José María Gutiérrez amontonaron sobre España sarcasmos, injurias, ironías, denuestos, todos los aspectos verbales que adoptaba su hispanofobia. Las escuelas normales, nacidas en esa época, eran, a la vez que lugares de patriotismo, focos tenaces de aquel mal sentimiento. Más tarde, todo hubiera concluido sin la guerra de Cuba. Nuestras simpatías, claro está, iban hacia la isla americana que se desangraba en heroísmo luchando intrépidamente por su libertad. Pero nuestro sentimiento americano irritaba a los españoles... Ahora, las cosas han cambiado. Distinguidos escritores han hablado de España con cariño; la literatura y la pintura española ejercen enorme influencia y sus prestigios crecen día a día; los viajeros visitan aquel país... No obstante, quedan aún enemigos de España, sobre todo entre los normalistas, los patrioteros, los anticlericales,

los mulatos y los hijos de italiano. El odio del mulato hacia España es el odio del negro al blanco. Los anticlericales ven en España, como he dicho, un país de frailes y fanáticos, y los italianos y sus hijos, un país rival del suyo en el predominio en la Argentina.

Después del centenario de nuestra revolución, la simpatía hacia España ha aumentado considerablemente...

Los restos de hispanofobia de la Argentina no desaparecerán mientras dure el huracán de esnobismo que nos tiene enfermos. La moda es ley suprema... Con las tonterías que aquí se dicen sobre España podría escribirse un libro muy divertido, aunque seguramente no se pondría de moda... Contra las ridículas modas, contra las influencias extrañas que nos descaracterizan pretende reaccionar el nacionalismo argentino. ¡Feliz y oportuna aparición la de este noble sentimiento! El nos exige dejar a un lado las tendencias exóticas y nos invita a mirar hacia España y hacia América... Ha llegado el momento de sentirnos argentinos y de sentirnos americanos y de sentirnos, en último término españoles, puesto que a la raza pertenecemos... Dentro de la latinidad somos y seremos eternamente de la casta española. Las inmigraciones, en inconsciente labor de descaracterización, no han logrado ni lo lograrán arrancarnos la fisonomía familiar. Castilla nos creó a su imagen y semejanza. Es la matriz de nuestro pueblo. Es el "solar de la raza", que nacerá de la amalgama en fusión.

Amemos a España. Es tal vez el más noble amor que ha existido sobre la tierra... Dejemos que templen de espiritualidad a nuestras energías materiales los efluvios de la España vieja. La decadencia del solar de la raza debiera ser para nosotros una fecunda fuente de idealidad. Entre las ruinas suntuosas y tristes de la España vieja podemos hallar los grandes bienes que faltan a nuestra riqueza ascendente. Así, a las cumbres opulentas de oro llegan a veces, para atenuar su materialidad, vaguedades de aromas en que expresan su misterio los profundos valles."

Larga es la cita, pero menester era reproducirla íntegra, porque en su contenido, hechura de varios párrafos de un

solo capítulo, se recogen en síntesis casi cronológica las causas eficientes y ocasionales de descastamiento, ¡que a tanto llevó el desdén y el olvido de muchas ingratitudes!, y se señala camino a la rectificación.

El viaje, la cultura genuinamente hispánica, la revisión de nuestra epopeya colonizadora...

En mis años de vida toledana he recibido a muchos eclesiásticos y seculares representativos, que en su "paseo" a Europa se "alargaron" hasta esta ciudad de arte, y de labios de todos escuché casi siempre la misma cantilena, acompañada de asombros y tristezas: "No nos perdonamos haber tardado tanto en conocer estas bellezas." "¿Cómo podíamos figurarnos que fuese esto?" "¿Por qué no hacen ustedes más propaganda?" Justo el reproche en parte, pues en punto a proselitismo cultural y turístico, italianos y franceses han sido y lo son al presente más rápidos, eficaces y constantes que nosotros; un poco por eso de que "el buen paño en el arca se vende", los viajeros americanos, la mayoría cuando menos, daban con sus huesos en París y, creyendo de buena fe que Europa se acababa en los Pirineos, volvían al hogar, con el sentimiento de "no haber tenido tiempo de visitar a la madre patria".

Un caso análogo ha ocurrido con la cultura, que, española en sus orígenes, se ha venido deformando, principalmente después del período colonial, por obra y gracia de los manuales escolares de instrucción primaria, por los libros de enseñanza superior, juntamente con otras direcciones y rumbos ideológicos, extraños a la argentinidad, pero coincidentes con este sentimiento que han explotado, en perspectiva del desplazamiento español.

¿Culpa de los compatriotas que en aquel país residen y en su vida influyen desde hace muchos años? El emigrante, en general, vencido o aventurero; el que sin trabajo en su casa va a buscarlo en la ajena sin otras miras; quien a la tierra argentina entregó sudor y brazos; el que al comercio o a la industria consagró destreza y laboriosidad; los españoles que fueron conquistando una posición social o económica y que por afecto y gratitudes se sienten compenetrados con aquel

país, no llevaban preparación y bagaje suficiente para tan alta empresa. Ni podía exigírseles. Ni tampoco la minoría de elegidos, sacerdotes, abogados, médicos y catedráticos que en el desamparo de su soledad tenían que abrirse paso entre la explicable oposición de los naturales y la competencia de titulares de otras naciones, que, mejor apercebidos para la lucha, ensanchaban la misión diplomática haciendo de Embajadas y Consulados centros de penetración, bien abastecidos de toda suerte de medios y recursos. Enorme servicio realizaron con sólo mantener en alto la bandera nacional, por todo viento batida, los que empapaban con sus sudores el surco abierto en la Pampa y los que en la ciudad, con brío y pericia, salían por los fueros del ideal hogareño.

Gobiernos con intereses menos dignos de custodia, defensa y propaganda que los nuestros sacratísimos, no perdonan gasto ni eluden sacrificio, para conservar los que más o menos legítimamente han adquirido, fundando instituciones sociales y docentes para la expansión y desarrollo. ¿Qué otra finalidad alientan L'Alliance Française, la Institución Cultural Germánica y análogas obras sostenidas y pródigamente subvencionadas por diferentes países? Y ¿existe, por ventura, alguna institución oficial, dotada sin tacañerías, que, aprovechando la comunidad de fe, de idioma, de temperamento, hasta de historia, que con la nuestra estuvo unida durante cuatro siglos, sea el organismo no encargado de la difusión y afianzamiento cultural? Acertadísimo en este punto el parecer del Sr. García Elorrio, periodista y abogado de gran prestigio, redactor jefe de *El Pueblo*, en Buenos Aires, navarro, por más señas, que es decir dos veces español. ¿Corre todavía por allá la frase vulgarísima que en mis tiempos atribuía al Gobierno la culpa de todas las calamidades? Pues la inculpación que, por demasiado general, resulta deficiente e inválida, alcanza en este caso una eficacia definitiva. Ni vale sacar a colación el estribillo del siglo pasado *Laissez faire, laissez passer*, criterio estatal del liberalismo que dió rienda suelta a todos los apetitos, sin que la sociedad los frenara. Esta posición de indiferencia y pasividad nunca justificable, se explica al menos cuando no hay de por medio imperativos

que obligan sin excusa ni atenuante. Ni sirve tampoco eludir su cumplimiento con el pretexto de estimular las libertades y los esfuerzos individuales que, por generosos y enérgicos que sean, y aquí lo son mucho, no pueden superar a los del Estado. Y, por desgracia, el haber del Estado, monárquico o republicano, el color del régimen no muda la especie, es bien corto. ¿Tan difícil y costoso hubiera sido auxiliar la acción de los españoles que residimos en América con la fundación de escuelas y colegios, con la creación de un centro cultural de tipo genuinamente español, donde la enseñanza primaria, secundaria y superior, confiada a maestros que lo fuesen no solamente en la respectiva asignatura, sino también en el conocimiento de hombres y cosas del país, con facilidades para la incorporación a la enseñanza oficial, allí donde las leyes lo permitan; un palacio de la cultura española con Academias, Exposiciones, Prensa, cursos de divulgación, sin concesiones al partidismo, sin beligerancias a la mediocridad o al enchufe? ¡Las cosas que aquí han pretendido hacernos pasar por moneda legítima! Hay que acabar con el intelectuallismo de exportación que venía a “descubrirnos el Mediterráneo” de la cultura hispánica, y los mejores productos que traían en la maleta eran lecturas o investigaciones de tercera o cuarta mano, y, por supuesto, de marca extranjera. De los dos conceptos esenciales que implica la hispanidad, religión e idioma, matrices de nuestra civilización en América, el primero, ¿qué testimonio más fehaciente que el Congreso Eucarístico? Ha penetrado tan adentro del espíritu americano que le es consubstancial, y este arraigo y pujanza, este florecimiento que desde Palermo derramó ahora sus perfumes por ambos continentes, no fué sólo gracia del buen Dios que nos tuvo amorosamente de su mano; ha sido también mérito y obra de la evangelización constante que, abnegados y fervorosos, realizaron misioneros y sacerdotes españoles, continuada hoy por una clerecía que de la virtud, de la ciencia y de la argentinidad —soberana trilogía normativa— ha hecho altar y culto.

Pero esta misión cristianizante no se ha interrumpido; ha pasado, es cierto, por aciagas vicisitudes, por etapas de per-

secución y períodos de tibieza y frialdad. Las apostasías y defecciones de la España oficial, que, al volver las espaldas a la propia tradición, una e insoluble en ambas direcciones, religión y cultura, tenía forzosamente que acarrear los peores efectos sobre los países formados, poco más o menos, a nuestra imagen y semejanza. Si España, negándose a sí misma, tiraba por otros rumbos, desviándose de los caminos de su historia, ¿cómo esperar que los pueblos americanos resistiesen al empuje de otras corrientes políticas y sociales que los alejaban de la casa paterna?

Esta interpretación de la filosofía de la Historia, que se eleva desde los efectos sensibles a los motivos espirituales, es la tesis del libro de Maeztu, que va calando corazón adentro en los escritores de la nueva generación argentina. Ayer mismo uno de ellos, Ernesto Palacio, en las páginas de la revista *Hogar*, que hojeábamos camino del puerto, subrayaba en fervoroso tono penitencial este rumbo hacia la contrición y la enmienda.

“Es un hecho que las generaciones hispanoamericanas desde la Independencia nos hemos nutrido, casi exclusivamente, con substancias intelectuales de procedencia francesa y aun inglesa, pero no española. Muy a menudo se nos ha hecho un cargo de esa aberración. Se creía, porque a ello dió lugar la propaganda de nuestros románticos, que el despego por el pensamiento de la antigua metrópoli era deliberado y se inspiraba en el propósito de consumir, en la esfera del espíritu, la obra emancipadora. Y quienes veían en dicho fenómeno un síntoma de descastamiento y corrupción predicaban la vuelta, igualmente voluntaria, a la tradición de la lengua... Pero las tentativas hispanizantes fracasaron, y sus representantes literarios —de Oyuela a Capdevila— estuvieron siempre divorciados del sentimiento argentino. El embate de las doctrinas y de los propósitos no podía conmover esta convicción irreductible: España era extranjera. Sus problemas eran los nuestros. En sus escritores más altos no encontrábamos ninguna luz que nos iluminara el camino, ninguna idea sobre la misión de nuestra estirpe, sobre nuestro ser auténtico y común. Siendo así, ¿qué sentido podía tener el sometimiento a

las reglas de la Academia, sino el de un atentado de la letra contra el espíritu? Que la antigua unidad se había quebrado harto lo demostraba la vacuidad de la retórica hispanoamericana vigente en los actos oficiales: hojarasca sentimental de inequívoco género necrológico. La hispanidad era una ilustre matrona difunta que se recordaba una vez al año.

Ninguna manifestación del moderno pensamiento español conmovía nuestras fibras íntimas; había entre él y nosotros un divorcio absoluto. ¿Por ser español? Así se creía, y en ello cifrábase toda la propaganda relativa a nuestra supuesta diferenciación. Pero no; precisamente por lo contrario, por no serlo. España se había negado a sí misma, y este repudio de su propio ser la hacía inapta para mantener vínculo de filiación con las naciones que había fundado. Así lo demuestra Ramiro de Maeztu, con argumentos definitivos, en el libro que comentamos.

Esta admirable *Defensa de la hispanidad* explica la defección de España y propone las condiciones para el restablecimiento de la quebrada unidad hispánica. No es exagerado afirmar que se trata de la obra más importante de la moderna bibliografía española, y que señalará una época en la historia del espíritu. Porque los problemas que trata no son peninsulares, sino comunes. La voz de Ramiro de Maeztu encontrará eco entre nosotros, porque es la voz de la estirpe, es nuestra propia voz. Nos dice lo que muchos presentíamos, sin formulárnoslo todavía con la precisión y la fuerza con que el autor lo expresa: signo de las obras fundamentales destinadas a remover las almas y perdurar en el tiempo. España nos lo debía, para rescate de sus culpas. No nos entendíamos, y, a través del gran intérprete, volvemos a entendernos. Pero la hispanidad —añade luego— no es solamente España, sino también nosotros. “Muchos sienten (en los pueblos hispánicos) que las cosas no marchan como debieran, ni mucho menos como en otro tiempo se esperaba. En lo económico, esos países, que viven al día, dependen de las grandes naciones prestamistas: antes, de Inglaterra; ahora, de los Estados Unidos... Viven... sin un ideal que el mundo entero tenga que agradecerles. ¿Y no dependerá la insuficiente solidaridad de

los pueblos hispánicos de que han dejado apagarse y deslucirse sus comunes valores históricos? ¿Y no será esa también la causa de la falta de originalidad? Lo original ¿no es lo originario?"

Las reflexiones que el magistral ensayo sugieren al escritor Sr. Palacio se orientan hacia reformas de pensamiento y conducta en otro artículo que la mencionada revista divulgó a fines del año y llega a mis manos cuando estas líneas volanderas, escritas hace tres meses a bordo del *Sierra Salvada*, se corrijan y depuren. Vale la pena de transcribirlos literalmente. "Esa trágica orfandad de ideal en que se encuentran, como nosotros, todos los pueblos hispánicos, es el mal que señala magistralmente Maeztu en el libro que comentamos. Orfandad que obedece a causas complejas, pero principalmente a la defeción de las clases dirigentes españolas del siglo XVIII, según hemos visto en el artículo anterior, que, seducidas por el espejismo de las ideas revolucionarias, renegaron de los principios en que se había fundado la grandeza del imperio. España olvidó su misión "católica", y este olvido señaló el comienzo de la disgregación. ¿Cómo reprochar a las jóvenes naciones surgidas de la anarquía militar sobreviviente la consiguiente pérdida de rumbo y el buscar ejemplos extraños para su constitución y sus costumbres? Sólo quedó subsistente el vínculo del idioma, que barbarizó con entusiasmo, porque hasta en el abuso del galicismo seguimos siendo españoles, a pesar nuestro. Al pretender emanciparnos de la tradición española, no hicimos sino seguir el camino de la metrópoli, que también se había apartado de aquélla, y así se comprueba en la formación mental de los principales prohombres de nuestra revolución: Capdevila no se equivoca al hablar del "españolismo" de Rivadavia, siempre que se entienda por tal el de los "afrancesados" y "progresistas", que propiciaron el sistemático descastamiento con castizo afán apostólico. De todo ello proviene la anarquía actual de España y la desorientación de la mayor parte de las Repúblicas de Hispanoamérica, fluctuantes, según exacta expresión de Maeztu, "entre los yanquis y el soviét."

En coincidencias de ideas y propósitos, mas con la ven-

taja y el mérito de haberlos señalado certera y valientemente en una hora de cobardías y de sombras y en presencia de los congresistas de Prensa Latina, lo que realizaba el desinterés del gesto, la firmeza de la opinión y la virilidad del ánimo, el escritor peruano D. Víctor Belaunde proclamaba, hace doce o catorce años, la supremacía del ideario cultural hispánico sobre el del monroísmo y la necesidad de que los pueblos americanos se entrasen francamente por las rutas católicas volviendo sobre los pasos del afrancesamiento laicista. "Han fracasado —decía— los esfuerzos realizados por los elementos anglosajones para arrastrar a la América española hacia un movimiento panamericanista bajo la dirección de los Estados Unidos. Las tres etapas de la política yanqui han demostrado el carácter absorcionista del intento. Primero, la extensión de la doctrina de Monroe a Sudamérica, lo que equivalía a levantar una muralla entre la Europa latina y las naciones hispanoamericanas. Después, la invasión económica por medio de la participación en las empresas industriales, los empréstitos y el control financiero de diversos países. Por último, la política de la intervención armada en Haití, Méjico y Nicaragua. Esto ha bastado para echar por tierra el ideal panamericano.

"La reacción que se está operando en el espíritu de las generaciones jóvenes —añadía el Sr. Belaunde— nos lleva hacia España. Para comprender esto es preciso recordar que nuestra separación fué debida, aparte de las aspiraciones naturales y universales a la independencia, a la influencia también de los principios revolucionarios franceses. La ideología de los derechos del hombre se encuentra en la base de todas nuestras Constituciones. Hemos vivido bajo la dirección de estos principios hasta la víspera de la guerra. Hoy el mismo fenómeno que se ha producido en Europa, el mismo proceso de desvalorización, que en Occidente ha sufrido la fe en la democracia, se ha producido en nuestros países. Y esta reacción, ética y estética al mismo tiempo, nos ha llevado a mirar con simpatía nueva al país que por nuestra experiencia histórica es el que mejor simboliza la oposición al liberalismo antijacobino: España. Este movimiento, más o menos

manifiesto según los diferentes países, es, sin embargo, general en la América latina. Y va acentuándose. Nuestro espíritu público se orienta hacia la solución de nuestros problemas morales en un sentido que no dudo en llamar católico. El fermento católico vuelve a conmover no sólo a las masas, sino a los jóvenes de la Universidad, donde los síntomas de inquietud religiosa aparecen bajo formas muy diversas."

El gran señor de las letras argentinas D. Enrique Larreta, en el discurso que pronunció en Sevilla el 11 de mayo de 1929 para solemnizar la inauguración del pabellón de su patria nativa en la Exposición Iberoamericana de Sevilla, precisaba los contornos y matices de este anhelo de reincorporación al tronco secular, en virtud de la comunidad de estirpe y de lengua con las jóvenes naciones que ella (España) nutrió con su sangre más ardorosa, como el ave eucarística, abriéndose tantas veces el pecho. "Ahora, por fin, las naciones americanas, todas ellas, decía el autor de *La gloria de Don Ramiro*, no sólo reconocen lo que la deben, sino que la piden otra vez su espíritu animador y originario, único remedio contra bastardías de todo orden y, en especial, contra cierto exotismo sin alma que nos trae la muerte de aquella admirable excelencia moral de España, de aquella admirable fineza de raza que produjo en nuestras pampas el milagro del gaucho, el más señorial campesino que haya existido nunca..."

También las demás Repúblicas de habla común siéntense cada día más apegadas a la madre Patria. Una clara intuición persuádeles ahora que nada logrará mantenerlas tan unidas y fuertes como el lazo de ese culto unánime, augurio de un grandioso destino y a la vez muralla fraterna".

ESTANCIAS ARGENTINAS

—A las siete en Constitución, y adviertan —añadió sonriente el Dr. Sojo— que acá no se tocan pitos ni campanas para avisar la salida de los trenes... que luego suelen salir con retraso.

¿No sería esto lo que la frase quería significar? Con puntualidad, pues, nos hallábamos a la hora marcada en la estación terminal del ferrocarril del Sur, la de mayor capacidad y movimiento de la metrópoli, pues alcanza diariamente en taquilla la cifra de 15.000 viajeros, cuando menos; número de billetes (*boletos*, que dicen allí) al que solamente se aproxima la de Retiro entre las otras tres.

Anchura, limpieza y comodidad en los coches. Por el lado de la población que vamos recorriendo, ya casi las afueras, el extrarradio que ahora llaman, se observan a primera vista análogos indicios de expansión y crecimiento que en las restantes zonas del territorio suburbano. Alguna que otra casa de tipo moderno, construída por supuesto de cemento, con su portalada y jardín delantero y el consabido montón informe de chozas mal encubiertas con tablas y latas de desecho, las cuales en un mañana cuya primera luz depende del flujo y reflujo de la economía nacional, se transformarán en saludables viviendas. ¿Qué grado marcará en esta hora inquietante de crisis la columna demográfica de la ciudad en relación con los primeros lustros del siglo que absorbieron más de un millón de habitantes? El aumento es incesante, aseguran las estadísticas; pero el notorio contraste entre la den-

sidad, al parecer desmesurada, de la urbe y la despoblación rural nubla la clara visión de estos campos, de suyo feracísimos y hambrientos del músculo que ahonde en el surco la semilla de pan y trabajo. En la doliente oposición de los dos extremos luchan cuerpo a cuerpo la extensión e intensidad de un problema que, andando el tiempo, tendrá que acometer resueltamente la República.

Se alza rápido el telón. Cambia la escena. El tren ha dejado atrás las últimas tapias del caserío arrabaleño, y una campiña abierta al sol de Dios, gloria de luz y colores, se extiende deslumbradora ante los ojos en ofrenda de fecundidad y fuerza.

Llanura inmensa, inacabable, vestida de fronda; macizos de árboles de trecho en trecho que señalan un "puesto" o guarnecen una estancia. Aquí verdeguea un cuadro de alfalfa; más allá abre su caña el maíz; un corralón entre los sembrados; un cerco de espinilla, alambrada para separación y defensa de las fincas. Manadas de vacas, caballos y ovejas pastando a deseo. No ha mediado, ni con mucho, la mañana y el ganado en siesta comprueba la hartura. Matojos de cardos más altos y frondosos que los llamados borriqueros en tierra de Castilla ponen el tono gris sobre el verdor de aquella hierba que nunca se marchita.

¿Es esto la Pampa? ¿Responde la realidad de esta pradería lozana y fragante, de esta variación y riqueza de cultivos que coordinan la planta forrajera y la leguminosa, el cereal y las gramíneas, al concepto, aprendido en los libros, de planicie monda y rasa, sin ondulación y relieve, donde apenas prospera una vegetación dispersa y pobre, encogida al golpe violento del aire pampero; tierra desolada y hostil que ahuyenta la vida? En la infinidad de esta línea que se desarrolla en formas horizontales, las casas de labor, con sus molinos, con sus galpones, con sus bañaderas, parecen hitos gigantescos que señalan el paso del hombre y el triunfo de su energía.

En un misterioso e indescifrable paralelismo, nuestros ojos y los del tren avanzan oteando sobre el horizonte inmenso y plano, codiciosos de un límite que sea descanso a la

vista entorpecida, y como impotente para dominar aquella órbita de visión en igual y constante desdoblamiento, sin solución de continuidad. ¿Efecto óptico o enigma de las pampas? Los cuatro jeroglíficos, psicología de la argentinidad, al decir L. Durtain; la majestad de la línea —pampa, *puna* de los Andes, estepa patagónica—; el misterio impresionante del gaucho, reemplazado en parte por el estanciero; la geometría urbana realizada en cuadrados; el sentido del trabajo universalista. Siempre la línea —afirma el escritor francés—: la recta, la sinuosa, la cuadrada, la que es hechura y resultante de engranajes mecánicos o morales. La línea, esquema anatómico, columna vertebral de la Argentina. “Señal de infinito —pampa, estepa o puna— arrancada de la substancia del suelo.” Su característica es lo ilimitado; paciencia, vivacidad y sueño. Durtain se inclina por atribuir a estos rasgos fisonomía india.

Ha parado el tren, y el nombre de la estación que canta el empleado, más que en los oídos, resuena en el alma. Dos palabras tan sólo; pero, como acaece casi siempre, la simplicidad es pureza; la sencillez, armonía. *Roque Pérez*. ¿Qué puede significar la denominación? El Dr. Angel (desde la entrada en el ferrocarril el ilustre argentino, al que todos los viajeros vienen a saludar con reverencia y afecto, pierde el popularísimo apellido y todos le llaman, por mayor familiaridad sin duda, con el nombre de pila) nos explica el caso. Se trata de un médico español fundador del poblado. El buen gusto y la gratitud han aconsejado conservar las primitivas denominaciones que por el contenido de evocación bienhechora incluyen una enseñanza.

—Recuerde las estaciones que hemos pasado. *Lomas de Zamora, Ibarlucea*. Pueblos y apellidos de los colonizadores españoles son corrientes en el país. Juntos así el nombre y la obra, van unidos también en el homenaje que esto representa. En la epopeya española de América —sigue diciendo el director de *La Razón*— se glorifica casi exclusivamente a los descubridores, a los misioneros, a los caudillos militares. La Historia y la crítica suelen olvidar en los cómputos de heroísmo otro elemento representativo sin el cual la hazafia no

hubiese adquirido consolidación. No sé si por olvido o por injusticia. Acaso por ambos motivos. Y la reparación es bien merecida. Me refiero a los hombres de campo, a los extremeños, castellanos y vascos, éstos de manera especial, quienes, sin otro amparo ni padrino que la destreza y experiencia de sus conocimientos agrícolas y ganaderos y la legítima aspiración de mejorar de fortuna, todo ello presidido e inspirado por ideales de fe, laboriosidad y honradez, fueron los vencedores de otras batallas y héroes de otra epopeya: la del surco pampero. No ha tenido cantor este magnífico poema de los antepasados míos que, saltando desde la montaña al sollado de un mal velero, iban solícitos desde el puerto viejo a "tratar con el paisano aquí establecido; adquirían, en arrendamiento o en compra, unas hectáreas de terreno; levantaban un rancho, arreaban una tropilla de ganado, "se hacían" con los aperos de labranza y, al cabo de unos meses, el zortzico guipuzcoano cantaba sus melancolías a compás de la reja del arado. ¿No oyeron referir alguna vez las incursiones de la indiada —rapaña y ferocidad—, que todavía a mitad del siglo pasado traía en jaque a soldados y labradores? La arquitectura estratégica se acoplaba al tipo de la casa campestre. Vivían en asechanza constante. Nuestros padres manejaban con igual habilidad y frecuencia el azadón y el fusil. Indiscutiblemente, el progreso agrario de la República, su riqueza ganadera, están en deuda con aquellos hombres, verdaderos *pioniers* de la cultura en la doble significación —espiritual y material— del vocablo.

"Empezaron luego a venir los vascos —refiere el historiador José Antonio Wilde, en su pintoresco libro *Buenos Aires setenta años atrás* (1918)—; aquí aparecieron con su boina, su ancho pantalón, su andar especial, su aire satisfecho, formando notable contraste con el resto de la población, que vestía la librea que Rosas nos había impuesto, al extremo de que ver a un hombre era verlos a todos, en cuanto al traje...; magnífica emigración, compuesta, en su mayor parte, de hombres atléticos, honrados y laboriosos, dedicándose entonces casi todos ellos a trabajos de saladero. Más tarde, fueron variadas sus ocupaciones, haciéndose labradores... Algunos se ocuparon

como picadores en las tropas de carreta, habiendo llegado hoy muchos a ser dueños de tropas bien organizadas, con peones vascos también, haciendo largas travesías en nuestra campaña, tan familiarizados ya con esta clase de trabajo como el hijo del país. Otros tienen buenas majadas y aun rodeos; en sus establecimientos se nota aseo, prolijidad, buen gobierno..."

Hubo que hacer punto en la conversación. Llegábamos a *Soladillo*, que es decir la casa solariega de la familia Sojo. En un abrir y cerrar de ojos cien manos apretaban las nuestras en saludo de efusión inmerecida. La sementera de bondades que en amoroso y abnegado cultivo atendió de por vida el padre del Dr. José Ramón Sojo, que también, como el médico *Roque Pérez*, da nombre a estación ferroviaria, levantada hoy sobre campos que sus manos desbrozaron de la maleza primitiva, alienta en el recuerdo popular, continuada por sus hijos, que en cosecha de afectos reciben el pago.

—Mañana iremos todos, pero a la vuelta tienen que detenerse ustedes aquí. Habrá misa en sufragio de los muertos de la colectividad española, y banquete.

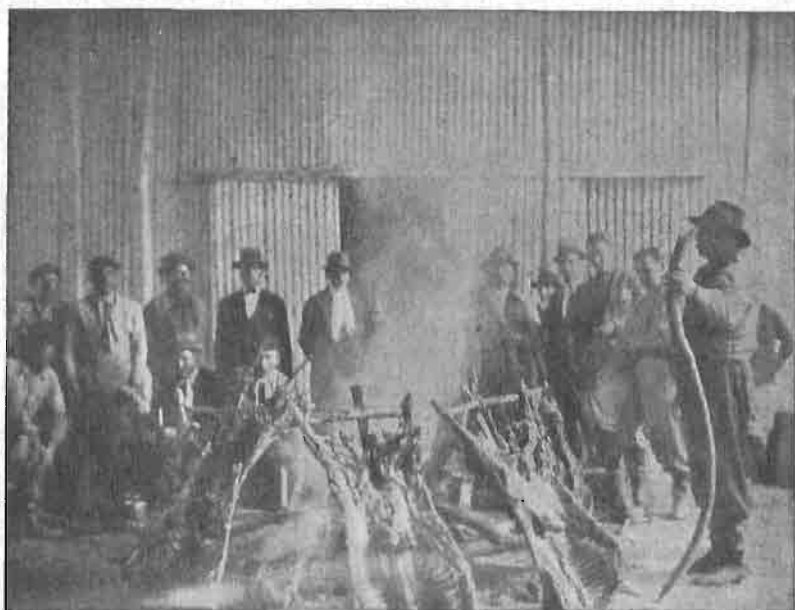
Todo esto dicho y, más que dicho, cantado con recia voz atenorada, por un sacerdote joven, ojos ardientes, morena la color, rizado el pelo y como aceitado de puro brillante, nos recordaba la hospitalidad de Castilla, el regocijo de las buenas gentes del pueblo a la llegada de los forasteros.

El señor cura que así hablaba en nombre de las consabidas "fuerzas vivas" y en el propio era el párroco de *Soladillo*, clérigo de ascendencia libanesa, de la nueva generación eclesiástica desbordante de argentinidad y ansia de almas.

—Excelente aportación la de los países de Oriente, de los que el padre procede —comentaba el Dr. Sojo, después de agradecer cumplidamente las finezas recibidas—. Buen exponente del dinamismo de la raza este sacerdote educado en el Colegio Pío Latino Americano. En breve temporada de ministerio parroquial, con su acción de consejo, orientación y estímulo; de caridad para con los necesitados, de justicia con todos, de amplia y fecunda evangelización, se ha ganado hasta los reacios. Pero el tipo de la actividad emigrante sirio-libonesa es distinto de la española. Los liboneses han venido hace

pocos años; su aplicación e ingenio dedícanlos al comercio e industria de la ciudad. Apenas trabajan el campo; esta labor, lo mismo en la época colonial que después de la independencia, ha sido española e italiana principalmente, y de las regiones hispanas, acaso las de Guipúzcoa, Galicia, Vizcaya y Navarra fueron las vanguardistas, como ahora dicen.

Es mediodía. El sol primaveral, claro y radiante, espejea



Los peones de la estancia preparan la carnicada

en fosforescencias multicolores sobre los sembrados, que dan la impresión de olas inmóviles en un mar sereno y pando. El verde húmedo de la alfalfa, el amarillento de los pastizales, el azulado verdor de los cuadros del lino, el pardusco de la trigada naciente... El árbol y el pájaro de la leyenda gaucha —nos dicen—, el ombue y el *chajá*, van poco a poco desapareciendo.

General Alvear se llama la estación donde nos apeamos para ir desde allí, poco menos que a campo traviesa, por sen-

das embarradas y cenagosas, hollando el pasto, abriendo "tranqueras", hasta la estancia del marqués de Olaso.

La finca, miles de hectáreas, está dividida, para mejor administración y vigilancia, en seis o siete puestos, que toman nombre del de los hijos de su opulento propietario. El puestero, cargo equivalente al guarda de las dehesas castellanas, es el encargado responsable de su sección.

Al fondo de una ancha calle de elevados y frondosos euca-



Las señoritas P. Olaso y Dolly Sojo en un descanso de la caballada a través de las Pampas

liptos se alza el palacio; castillo o fortaleza diríase con más exactitud al ver los peines o torreoncillos flanqueantes, las terrazas y almenas.

—Parece un fortín, ¿verdad? Palmo a palmo hubo que defender este terreno cuando las tribus ranqueles, temerarias y aguerridas, asediaban la comarca. Las expediciones militares, al mando del coronel Pacheco, a principios del siglo XIX; las de Ramírez y Ramos, más tarde, y, ya casi en tiempos nuestros, las de Uriburu, Ireyre, Maldonado y otros generales, acabaron con los indios.

Y la palabra íntimamente cordial de Enrique Sojo, versada en peripecias de la historia pampeana, referíanos epi-

sodios de la conquista guerrera y civil, agraria y económica, que estos aspectos y muchos más ha tenido.

Mansión de traza señorial la del marqués bilbaíno. Escudos de familia sobre el montante de las puertas, viejos retratos de hidalgos de Vizcaya, oleografías con escenas y paisajes del Nervión, arcones y bargueños.

El mayoral de los "peones", Villaverde, cincuentón magro y avisgado, castizo "baquiano", ducho en saberes de pampa, avisó respetuoso desde el vestíbulo que "todo estaba a punto para ver las tropillas ganaderas". Enrique y Jorge, con sus bombachos a lo gaucho, rastra de monedas y tacón al cinto, ensillaban sus "colorados". A la jineta también las muchachas, ataviadas con su traje campero, fusta en mano, botas altas de cuero rojo, la airosa chaquetilla ceñida al busto. El "petizo" que montaba la hija del señor marqués, de larga grupa bien musculada; el de Dolly Sojo, de talla mediana, pelo corto y fino, perfil recto y sedosa crin. Había para dudar, viendo su agilidad y desenvoltura sobre la silla, si era la misma Dolly que en el Centro Obrero de la Boca daba lecciones prácticas de metalistería, la que en la catequesis parroquial del Salvador evangelizaba a las niñas, la que en su casa de Suipacha dirigía, juntamente con su madre, las faenas domésticas.

La punta de novillos, desasosegada y hosca, entre sordos mugidos y castañeteo de astas que se entrechocan, pezuñeaba en el "pastaje". Cuatro o cinco caballistas, avanzando hasta la tropilla, metiéndose en el negro remolino, a gritos y "rebencazos", hostigaron duramente a los toros, que para librarse del acoso enceguecidos huyeron. En alborotado revolver del poncho y confusión de voces, uno de los jinetes, azuzando al "chucaro", echó rápido sobre el ganado, cada vez más arisco y enfurecido; terció el lazo que traía enroscado al brazo izquierdo, y, ladeando el caballo, lo dejó tomar distancia; "bolió" la lazada sobre las astas con tal tino y tan segura puntería, que al primer tirón hizo sentar al toro sobre los "garrones". El retinto, en cuanto se sintió sujeto y aprisionado, tuvo que acobardarse, y ya el gaucho, dueño y vencedor, disponía a su arbitrio de los movimientos del animal.

De vuelta a casa, D. Enrique nos condujo a uno de los galpones, a fin de que contemplásemos la "carneada" que se preparaba. Con certero y firme tajo, hundido primeramente el cuchillo entre cuero y carne, quebradas luego articulaciones y coyunturas, hábil el puño, en un santiamén despellejado el borrego, la hoja trazaba un círculo entre el tendón y el hueso, y hecha la presilla con palitroques, daba comienzo la operación del asado en lento "churrasqueo" sobre el fuego.

—¡Carnesita sabrosa y tierna! —comentaba, paladeando



Tipo clásico de gaucho... contemporáneo

el regusto de la frase, un muchachuelo ayudante—. Para festejar la venida del patrón hemos descuartizado tres vaquillonas y media docena de corderos.

¡Fortuna grande, que ojalá dure mucho, ese sentimiento de patronazgo a la antigua usanza, todavía subsistente en algunas estancias de la Pampa argentina! En convivencia casi familiar, realizando el concepto cristiano de la sociedad heril, más que amo y señor, expresión dura de dominación e imperio, el propietario se llama patrón, es decir, ejercicio en cierto modo de paternidad. En este sentido la interpreta el marqués de Olaso, y en nombre suyo la practica D. Enrique Sojo. Así, la venida del patrón representa para aquellos

trabajadores una fecha extraordinaria y una solemnidad de familia. A celebrarla acudieron no solamente los empleados y "puesteros" de la estancia con toda su gente, sino también los de los "pagos" vecinos; autoridades y personas de viso de Saladillo; general Alvear y Barrancosa. Por cierto que un extremeño, emprendedor y laborioso, contento como niño con zapatos nuevos, al saber que su pueblo natal, Zorita, de la provincia de Cáceres, nos era conocido y amigos de la infancia éranlo al presente también nuestros, rompió en nostalgias evocando la Extremadura de Hernán Cortés y Pizarro.

—¡Pues no creían en Buenos Aires que Zorita no estaba en el mapa! ¡Vieran ahora cómo es de valiosa y artística su iglesia parroquial y lo rico de sus campos, vecinos a Guadalupe! —exclamaba el buen Florentino Gómez.

Misa en la capilla. El nombre de José Rufino Olaso revivió, con su recuerdo bienhechor, en la oración de todos.

Banquete y oratoria. Tampoco por este lado desmienten los argentinos la casta.

Santa Isabel es el nombre de la estancia; del *ranchito*, dice, empleando el diminutivo criollo, el Dr. Sojo. Su amor filial ha conservado intacto el hogar primitivo, de planta baja, con jardín a la entrada, mezcla de carmen andaluz y de huerto castellano. Rosales y olivos, pinos y naranjos. En aquella tierra blanda y esponjosa todos los cultivos prosperan. Un ciprés alto y copudo, en su erguida verticalidad, parece simbolizar la energía rectilínea de los Sojo.

Una luz fresca chorrea de oro el campo; los pastizales deslumbran como esmeralda bruñida al resplandor del sol de esta mañana primaveral. En un tálburi que el doctor guía recorreremos el sembrado; el hijo del puestero, montado a pelo sobre un potrillo, va delante franqueando las tranqueras. Los teros chillan a nuestro paso. Se oye el tintinear de los cencerros en la vacada próxima. El aparcero de la finca nos va mostrando los cambios y mejoras de los últimos días, de pocos, porque en cuanto los quehaceres periodísticos abren un paréntesis, tómalo el Dr. Sojo con la satisfacción de un respiro y su espíritu de luchador se remansa aquí, entre los

árboles que sus manos plantan, en la tierra que regaron los sudores de sus padres.

—El rociito de anoche —comenta Romero— lo agradece mucho el lino. Yo creo que con este agüita se pone lindo.

Seis “caballones” tiran pesadamente del arado, que con la reciente humedad penetra más hondo. En denso revolar, centenares de gaviotas cercan y asedian al mozo de labor; las blancas aves se posan rápidas en el suelo que abrió la reja, caen sobre el insecto y en nuevo batir de alas vuelven a piar en torno a la mansedumbre de los viejos caballos aradores.

—Aquí —nos dice el doctor cuando, pasada la avenida de gigantescos eucaliptos, llegamos a una pequeña colina que levemente sobresale en la llanura— se alzar^á pronto, Dios mediante, la nueva casa. El sitio corresponde al centro de la finca, vértice del triángulo que componen los tres lados que la limitan: Cazru, Toledo y José Ramón, mi padre, las tres estaciones ferroviarias que la cercan.

Las estancias argentinas, cuando menos estas dos —la del Sr. Pereyra Iraola es un magnífico parque y una granja modelo en punto a ganadería—, no son específicamente la alquería castellana, la dehesa extremeña, el cortijo de Andalucía; pero, a nuestro parecer, la aportación sucesiva y simultánea de los colonizadores de las tres regiones españolas ha ido plasmando lo diferencial y característico de sus influencias, que dieron la resultante heterogénea, producto y derivación de sus modos y estilos, acomodados poco a poco a las costumbres y manera de vivir, a la índole de los trabajos y cultivos de la Pampa.

Cuando, mediada la mañana, regresamos a Saladillo, la “colectividad española” asistía a la solemne misa de difuntos que, en sufragio de sus muertos durante el año, celebraba el señor cura párroco de Priego, peregrino también de la gran romería eucarística. Aquel ejemplo público de cohesión y religiosa solidaridad de la colonia —medio millar o poco menos— es valioso exponente de su vida y pujanza, la cual, por otra parte, se manifiesta en el afecto de que goza, en el buen nombre que realza a nuestros compatriotas, en el éxito

de su obra mutualista, de la que es testimonio el edificio expresamente construido para domicilio social, y, por fin, en el amoroso empeño que su periódico, *Confraternidad*, demuestra en el acrecentamiento y perfección del hispanoamericanismo.

Otro banquete, y, ni que decir tiene, otros discursos. A las dos de la tarde, al tren. El Dr. Sojo tiene que llegar antes de que salga a la calle *La Razón* quinta, y a nosotros nos esperan en el salón *Huiton* para inaugurar la Exposición de Cerámica Talaverana que presentan los ceramistas de reconocido prestigio Sres. Ruiz de Lama.

¡¡ Si este ajeteo dura unos días más, acabamos en la *Chacarita*!!

LA COLECTIVIDAD ESPAÑOLA

Los “avisos” que de arriba abajo suelen cubrir casi por entero las planas de algunos semanarios regionales —*Galicia* y *Asturias*, principalmente— constituyen el más seguro y auténtico guión de las actividades hispanas. Allí está todo. Cuerpo y alma, corazón y estómago. Cuando el español recién llegado a Buenos Aires desea averiguar el paradero de alguno de sus compatriotas, le basta con preguntar por la Asociación correspondiente al pueblo o, cuando más, a la comarca nativa. Allí le “darán razón”.

—Añada usted —decíanos, comentando esta observación, un compañero de viaje— unas fotos del “baile de Sociedad”, de “la fiesta del Santo con la indispensable comilona”, la “junta general, con sus discusiones de pequeño parlamento”; mézclese todo convenientemente y tendremos la estampa regional con su tono y colorido peculiares. ¡Somos irremediables! —añadía poco menos que acongojado—. En este siglo en que el mundo marcha vertiginosamente y en que los pueblos civilizados, para imponer su hegemonía, se trenzan en bravas partidas, ya no pueden bastarnos para hacernos felices, ni mucho menos para ilustrar nuestra vanidad racial, el candoroso ronquido de una dulzaina o el regocijante repiqueo de unas castañuelas.

La expansión popular es un modo, pero no es esencial; es un matiz, pero no es la expresión integral del alma en toda la complejidad íntima. Es necesario hacer revivir aquí, en toda oportunidad y circunstancia, el alma española en sus

aspectos más dignos, más trascendentales y más cultos, para elevar el concepto histórico del ascendiente de este mundo americano, abierto hoy, como nunca, a la codicia de todos los pueblos.

Dicen mucha verdad estas palabras de Tirso Lorenzo. Es hora de realidades y no de lirismos. Y ya en trance de reparos e inconvenientes, no olvidemos otros que importa mucho



Vista general de Euskal-Echea

corregir; el número sinnúmero de nuestras Sociedades, el feroz individualismo, la falta de cohesión que debilita las eficacias. ¿A qué vienen tantos y tantos núcleos minúsculos, de campanario y chimenea doméstica, que para vivir necesitan del arrimo y compañía de otros vecinos y similares? ¿No sería más eficiente y práctica la agrupación en grandes organizaciones a base de las características nacionales, sin que este lazo unitivo y coordinador, el más entrañable y fuerte, menoscabara otras afinidades y parentescos bien merecedores de amoroso cultivo? ¿Es que también ha emigrado el tradi-

cional adagio y hemos de continuar proclamando que "vale más ser cabeza de ratón que cola de león"?

Estas lamentaciones y protestas, transcritas sin poner ni quitar tilde a la crudeza del pensamiento y de la frase, andan con harta frecuencia en labios de quienes, en "viaje de turismo" o en "misión cultural", pasearon unos días las calles de Buenos Aires, y a la vuelta, en libros y conversaciones, en periódicos y conferencias, dieron aire a sus "impresiones", las cuales, "corrientes y molientes a todo ruedo", sin que nadie les fuese a la mano, fabricaron la consabida bola de nieve del tópico.

Los descontentadizos de allí, que nunca faltan, y los críticos de aquí, que siempre sobran, han coincidido en el descubrimiento de este Mediterráneo tenebroso. Consérveles Dios la vista.

Miope, sin duda, la nuestra, como la de Sancho, no vió por ninguna parte los gigantes. Observó en todas que vicios y virtudes, cualidades y defectos, no han mudado de especie con el cambio de meridiano.

El individualismo en lo que tiene de estímulo, rivalidad y competencia para afirmar la propia personalidad, en lo que representa esfuerzo para imponer la iniciativa, forzosamente ha de comprender una órbita más dilatada y extensa que la española. Los factores de la lucha, más heterogéneos y provistos de energía mejor educada; los anhelos de triunfo, más despiertos a la ambición y al enriquecimiento rápido; el ambiente, en hervor de juventud y pujanza.

Nuestra emigración no es, desde hace muchos años, la antigua primavera de los pueblos desbordantes de robustez y poderío, que abandonaban la casa y el campo nativo, en busca de almas para Dios y tierra para el Rey; no es la expansión de la raza como antaño. Sus orígenes y causas determinantes tienen un radio menos ideal. Al mayor porcentaje de los emigrantes lo que les empuja es la necesidad de trabajo, y para conseguirlo, para ensanchar su rendimiento, brazos y cerebro tienen que desplegarse en vuelo ascensional incansable. El sombrío reverso particularista, presuntuoso por impotente, que opera al acecho de las iniciativas anejas,



Junta directiva del Hospital Español

con la mira de malograrlas, no halla asiento ni acomodo allí donde la ociosidad es un estigma, como ocurre en la Argentina y, generalmente hablando, en todos los países de emigración. Ni ¿cómo dar por bueno ese desmesurado individualismo entre nuestros compatriotas, si con sólo mirar la fachada del Hospital Español, de la Asociación Patriótica, del Club, del Patronato, del Centro Gallego, de Euskal Echea, de otras

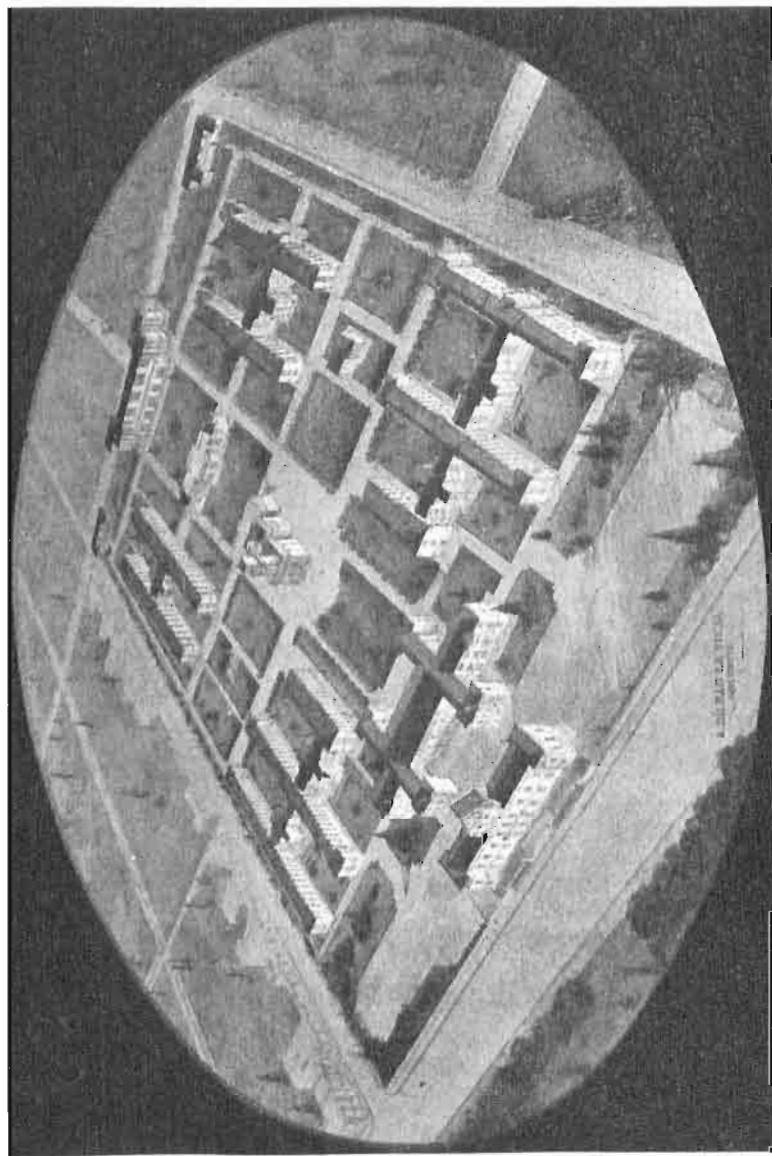


Nuevo Hospital Español
Vista del Pabellón de Consultorios Externos, tomado desde atrás

instituciones análogas, adviértese al punto que, piedra a piedra, se fueron levantando a expensas de los clásicos "muchos pocos", expresión del esfuerzo individual, consciente, deliberado, perseverante y animoso?

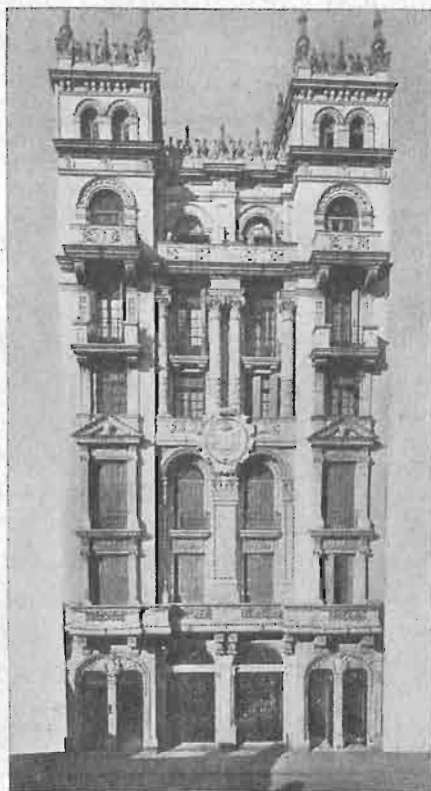
Ni cristales de aumento optimista, ni deformación visual de pesimismo. Equilibrio, objetividad, ponderación, desapasionamiento en el aplauso y la censura.

Estamos frente al Hospital Español, amor y culto de la Sociedad Española de Beneficencia. Se trata de una de las más importantes realizaciones de la colectividad. Según datos extractados de la Memoria del Directorio, han sido atendidos



Perspectiva del Nuevo Hospital Español

durante el ejercicio de 1933-34, 191.236 en consultorios externos. El aumento, en relación al año anterior, ha sido de 29.074. El número de hospitalizados en salas de caridad fué de 2.732, cifra acrecentada en el ejercicio actual con 249 enfermos.



Fachada principal de la Asociación Patriótica Española

La cantidad de socios llega a 23.688, excediendo a la del año precedente en 1.873.

Se ha modificado la instalación de los consultorios externos; se han constituido y abierto tres salas nuevas en la casa matriz; gracias a la donación Buedo, se abrieron tres consultorios en el Hospital Nuevo; se ha creado el Premio Hospital Español al practicante que más se haya distinguido por su asistencia y preparación científica, corrección profesional

y notas en los exámenes de la Facultad; se ha iniciado la Biblioteca, se ha inaugurado la Escuela de Enfermeros.

Las obras del nuevo hospital, "sesenta y seis años de esfuerzo patriótico, floración en piedra argentina del estilo y arte plateresco; prodigio de instalación el Sanatorio de Temperley, donde centenares de ancianos esperan, pacientes y contentos, la hora final...

"Todos los españoles que residimos en la Argentina tenemos muchas y grandes misiones que cumplir; nosotros tenemos que ser aquí los continuadores de la historia de España, los exploradores de su comercio e industria, los mantenedores de su prestigio secular, los difundidores de sus ciencias y artes y los forjadores de la fraternidad hispanoamericana." Este índice programático que *Revista de la Asociación Patriótica Española* insertaba en un número venido casualmente a nuestras manos, diríase resumen y síntesis de las finalidades de esta Institución, eje y centro de la hispanidad.

En un libro interesantísimo, como todos los de D. Félix Ortiz y San Pelayo, y aquí sí que decir el nombre equivale a cantar el panegírico, se narran y analizan las vicisitudes de la Asociación. De la Memoria últimamente publicada entre-sacamos las noticias siguientes, ligera prueba de su vitalidad: 9.500 personas han sido atendidas, "proporcionando comida y alojamiento a 2.988 que carecían de recursos para procurarse el sustento diario y albergue y se hallaban en situación desesperada". Por gestión directa facilitó colocación a 931 parados, y a 224 por medio de agencias; "ha concedido 17 pasajes gratuitos, abonando el coste de la manutención durante el viaje, y contando con la eficaz cooperación del cónsul general, ha conseguido repatriar en condiciones de gratuidad, poco menos, a buen número de connacionales, cuya situación se hacía allí insostenible; la instrucción en las escuelas comerciales gratuitas se extendió a 202 alumnos; el Consultorio jurídico, atendido por los doctores Fraga y Martínez, despachó gratuitamente a cuantos a ellos acudieron en consulta de la capital y de las provincias. "Vínculo de las Sociedades hispanas esparcidas por el ancho territorio de la Repú-

blica”, ha procurado cumplir esta misión, atendiendo “los diversos pedidos, encargos y comisiones de toda índole que se ha solicitado por las Sociedades españolas del interior del país”. Conmemoró, “como todos los años, dos efemérides de alta significación en nuestra historia: el 2 de mayo y el 12 de



Domicilio social de la Asociación Española de Socorros Mutuos

octubre”. Celebró la Exposición del libro español, que ofreció, en verdad, un amplio y rico panorama de la bibliografía española, desde los preciosos incunables, presentados en buen número, hasta las modernas ediciones, comprendiendo no sólo las obras de literatura, sino también las relativas a las diversas ramas de la ciencia”.

La Institución Cultural Española, creada en 1912 “como

homenaje a la memoria de D. Marcelino Menéndez y Pelayo”, con lo que dicho está que la fidelidad a tan inmortal recuerdo implica mantener vivo el espíritu de su obra, “ha vigorizado (copiamos palabras de la Memoria y Balance general 1933-34) su impulso mediante la realización de diversas iniciativas que extienden su orden a la difusión y prestigio de los valores hispánicos”. En el curso universitario de 1933 ocupó la cátedra de Cultura española D. Claudio Sánchez Albornoz; en el de 1934, D. Manuel García Morente. Por su iniciativa y gestión, que resueltamente ayudó el señor embajador, D. Alfonso Danvila, el Gobierno de España ha concedido “créditos para tres becas con destino a graduados argentinos que deseen ampliar sus estudios en la Península, a razón de 4.000 pesetas anuales cada curso, cuyos becarios serán designados a propuesta de la Institución”, consignando además 2.000 pesetas para pasajes de ida y vuelta. Esta última cantidad ya se ha recibido. Se han creado premio y accésit, medalla de oro y 1.000 pesos, medalla y 500 pesos argentinos, respectivamente, al mejor artículo periodístico o ensayo breve, en diario o revista, “tendente a elucidar los verdaderos valores espirituales, históricos o actuales de España o de cualquiera de los núcleos étnicos o entidades políticorregionales que la integran o a divulgar su forma peculiar de sensibilidad, temple de carácter y fisonomía moral”. Intervino activamente en la Exposición del libro español; no ha omitido medio para que la cátedra Ramón y Cajal, fundada y sostenida en Madrid a expensas de la Institución, no suspendiera sus lecciones más que transitoriamente, hasta que, cesada la restricción de los cambios, se restableciese la normalidad.

Sesenta y siete años lleva de existencia la Asociación Española de Socorros Mutuos, y en tan dilatado espacio de tiempo los innumerables beneficios distribuidos muestran bien a las claras la excelencia de esta obra, que parece inspirada en el cristianísimo y castellano lema “Unos por otros y Dios por todos”.

Antes que la política del seguro y de la previsión, hoy ya consagrada, tuviera en los gobiernos propagandistas y defen-

sores, un español, D. José María Buyo, anticipándose a la ciencia del cálculo, previó, con meridiana claridad, el poder inmenso de la cooperación.

Treinta mil seiscientas personas forman este ejército de mutualismo. La recaudación total de cuotas alcanzó en 1933 a más de medio millón de pesetas. Trescientos diecisiete socios



fallecieron en el mismo año. Ampliados algunos servicios sanitarios, estuvieron hospitalizados 324 enfermos. El fondo social está representado por valores que pasan de los dos millones. La asistencia facultativa prestada alcanzó a 288.210 visitas. Se verificaron 8.130 análisis; las operaciones quirúrgicas sumaron 284.261; las de cirugía menor, 3.530. Las fórmulas despachadas, 195.358; los servicios fúnebres suministraronse a 119; más de 200 socios de la metrópoli perciben la pensión llamada de "crónico"; nueve la usufructúan por los días de

su vida, y otros tantos, ya repatriados, la cobran en España. Una revista mensual ilustrada es órgano de la Asociación, cuya historia publicó D. Joaquín Pesqueira en 1919.

El objeto del Club Español —dice el artículo 2.º de su estatuto—, “es fomentar el espíritu de asociación y contribuir a mantener unido el sentimiento español en este país; vincular estrechamente a los españoles con los argentinos y de un modo general a los extranjeros residentes en el país, y difundir la cultura social e intelectual y física entre sus asociados”. Cuenta con 885 socios. Han pronunciado conferencias D. José Moreno Villa y D. Claudio Sánchez Albornoz en el curso 1933-34. Fueron obsequiados los delegados de la Exposición del libro español; siguiendo la tradición, se concedió medalla de oro al mejor alumno de las escuelas que la Patriótica sostiene y otra medalla para un certamen literario que organizó el Club Flores; se adquirieron en España 300 libros para la biblioteca, que consta de unos 10.000 volúmenes. De intensa califica la Memoria la actividad desarrollada en la sección de Ajedrez, por haberse celebrado interesantes torneos. Siguen referencias de las secciones Sala de armas, Frontón de pelota, y termina el breve historial con el informe económico, que acusa una situación desahogada. El Club Español, abierto a todo lo levantado, noble, que sea enaltecimiento patriótico o aportación de afectos al pueblo americano, realiza simpática labor.

Difícil, por no decir imposible, compendiar en pocas líneas la ordenada diversidad, la efusiva excelencia de la acción femenina que irradia del Patronato Español; acción impregnada de la delicadeza y ternura, que es luz y aroma, caricia y aliento. Lo rígido y adusto de las estadísticas tórnase aquí blando y suave, como amasado entre mieles de amor por manos de mujer. Y hasta el mimo del detalle, tan escrupulosamente cuidado en la Memoria, no es sino reflejo de la fineza del espíritu de que está penetrada la Institución.

El informe relativo al pasado año da comienzo con un resumen leído por la presidenta, Sra. Ortiz de Bayona, en el que cita las obras de ensanche y ampliación del asilo, los

nuevos avances realizados en la sección "Dispensa y padrinitos"; la distribución de premios, que se aproximó al millar de pesos; la feliz idea, ya en plan de realización, de constituir "un fondo de reserva que vaya asegurando una renta para cubrir el presupuesto de gastos generales"; la expresión de agradecimiento al padre director y a las religiosas encargadas del régimen interno.

Después del balance de cuentas, cada presidente de sección subraya lo más saliente y expone el resultado moral y económico obtenido. En la Comisión de fiestas se hace resaltar la que de año en año se celebra, con creciente éxito, el Día del huérfano español; en la de emigrantes, forzosamente disminuída, se atendió a 114, que en la actualidad figuran como acogidos al amparo de la obra; en la de ropero y taller se enumeran casi un millar de piezas que, añadidas a las ya existentes, "hacen un total de 2.526 piezas incorporadas a la ropería", además de dos estandartes bordados en oro y seda, y otros 25 "más pequeños". Ciento quince asilados reciben a diario educación, enseñanza y alimentos; otros muchos fueron colocados en colegios y casas de caridad, por no estar los peticionarios "dentro del reglamento o no disponer de vacantes". Las señoras fundadoras manifiestan que "la alimentación es buena, la higiene perfecta, los asilados tienen aspecto de sanos y alegres, que demuestra el bienestar de que disfrutan, y las inmigrantes están muy bien atendidas. En la sección de "Dispensa y padrinitos", las señoras que intervienen, con el mismo afán y competencia que en su propia casa, refiérense "al abundante surtido de comestibles", y expresan la satisfacción por haber podido adquirir un refrigerador para la conservación de viandas, que adecuadamente instalaron. Lista de premios a la buena conducta y a la aplicación; libretas de los asilados en Cajas de ahorros, donaciones recibidas, premios a las inmigrantes, donativos en ropas y objetos de uso personal doméstico, enumeración "nómina", como allí dicen de cooperadores, apuntamiento de "los comestibles recibidos". La Memoria, con ser circunstanciada, no afecta sino a la parte exterior y visible, al elemento material, que considerable, sin duda, lo es mucho menos que lo espiritual y moral.

Una generación de niños, los hombres de mañana, fórmanse en ciudadanía religiosa y civil; el sentimiento de patria es allí primacía de atención y cultivo. La sección de emigrantes, la que fuera origen primitivo de la obra, no puede, por el momento, expansionarse, consiguiendo la plenitud de sus finalidades, porque la crisis financiera ha paralizado el movimiento emigratorio, y también porque faltan en los puertos españoles grupos de acción femenina que mantengan el contacto y enlace entre la Argentina y España, a la salida y llegada de los barcos.

El objeto y tendencia de Euskal-Echea determinábase en el artículo 2.º de sus estatutos: “establecer y fomentar entre los vascongados de las siete provincias que residen en la República Argentina y entre sus hijos vínculos de unión, amistad y ayuda moral, y cumplir los deberes de caridad, protección y amparo, valiéndose para ello de asilos, orfanatos, colegios, casas y obras de beneficencia para ambos sexos; así como la de capilla o iglesia, bóveda o panteones y de cualesquiera otras obras, trabajos, instituciones, que tiendan manifiestamente al logro de aquellos o de análogos propósitos, como son: contribuir a la conveniente colocación de los vascongados de ambos sexos que vengan a la República, a su repatriación, etc., etc.”.

Los resultados obtenidos desde su fundación, en el 1904, exceden a las esperanzas que animaban a los iniciadores. “Pero lo que más halaga y aun conmueve —dice, con razón, la señora presidenta, María L. de Pradere— no es precisamente el capital allegado, ni el rápido desarrollo que la institución viene alcanzando, sino el número, la calidad y el desprendimiento de los originarios, al que se une el de los hermanos argentinos, que tan generosamente se incorporan a esta obra representativa de sus predecesores; porque esa generosidad y esa adhesión destacan, con relieves de alta nobleza, la moral y el sentimiento que dignifica a toda alma que lleva en sí el germen del valor íntinseco de la lealtad y amor a sus semejantes.”

La llamada Caja de pobres ha invertido en gastos de socorro cerca de 7.000 pesos; reciben gratuitamente instrucción y



Edificio social del Centro Navarro

vestido 54 huérfanos; hay 53 asilados en la actualidad; 409 alumnos de ambos sexos constituyeron en el curso precedente el término medio de matrícula de asistencia; el taller de costura para los necesitados confeccionó 1.117 piezas. El activo en

bienes inmuebles pasa del millón, sin contar instalaciones y mobiliario. Tres mil socios y accionistas, poco más o menos, integran la obra. La dirección, encomendada a los religiosos capuchinos, es un primor de orden; la capilla, mejor dicho el grandioso y artístico templo, acredita la proverbial religiosidad y buen gusto de las gentes vascas. Mas que asilo y colegio semeja Euskal-Echea un magnífico caserío de los que decoran la tierra natal, entre bosque y jardín, cómodo y bello, donde el arte y la utilidad viven en amable alianza.

Hagamos punto a la referencia. Veraces y objetivos, fuerza es decir que no dió el tiempo para más visitas, y los informes adquiridos de segunda mano para el resto de las Sociedades, no bastan a suplir la impresión personal. Al lado de las grandes instituciones de carácter y extensión nacional, cada comarca y a veces cada pueblo, firmes en el afán unionista, como multiplicador de energías, reúne y congrega a los suyos para estrechar el afecto de paisanaje y procurarse facilidades de convivencia y recíproco auxilio.

Los centros más importantes de este género son el de *Galicia*, ejemplar y acaso único en la sección mutualista, que cuenta con 50.000 socios, casa propia, revista, servicios médicos especializados y panteón para los asociados.

El Centro Navarro, también con domicilio expresamente construido con arreglo a las exigencias de la entidad y hermo-seado con el perfil característico de la arquitectura navarra; el Centro Asturiano, el de la Región Leonesa, Sociedad Regional Valenciana, Círculo de Salamanca, Centro de Numancia, Círculo de Aragón, Centro Catalán, Andaluz...

Los anhelos de engrandecimiento patriótico, el servir de vínculo de unión, los socorros en caso de enfermedad, el fomento de la institución, el procurar solaz y esparcimiento por medio de veladas, fiestas, la cultura física, la defensa de los socios desvalidos, la celebración de fiestas típicas y conmemoración de los hechos que aviven el amor por la patria chica...

La coincidencia en estos fines y otros análogos es unánime postulado entre los españoles. Ni que decir tiene que por ser mayor el coeficiente de gallegos y asturianos, a estas dos regiones, sobre todo a la primera, corresponde el mayor número

de Sociedades. Recordamos, entre las del Principado, el Centro A de Buenos Aires, el de Villamil, Siero y Noreña, Mierense, Oviedo y Gijón, Riberas del Eo, Hijos de Libardón, Club Tinense, Residentes del Concejo de Villayón, Cangas de Narcea, Fomento de Libardón y Círculo Belmontino.

La sola enumeración, por lo que hace a Galicia, exigiría muchas páginas. Apenas hay Ayuntamiento y parroquia, y no digamos si es cabeza de partido, donde el fervor galleguista, plasmado en la letra y en el espíritu del reglamento, expresión colectiva de la vida social, no alcance exaltaciones emotivas, benéficas y culturales de hondura y delicadeza conmovedora.

Con una capacidad organizadora de la que es argumento insuperable la marcha administrativa de las Asociaciones, que no fracasan ni se derriban a los cuatro días, como aquí ocurre generalmente; que subsisten y se elevan a expensas de la cuota, sin la consabida subvención, que es entre nosotros el puntal donde se apoyan; con un criterio de solidaridad amplio y justo, con la visión de la patria y del hogar lejano siempre en los ojos y en el alma, la colectividad española de Buenos Aires es blasón de la raza.

“Ese optimismo simplista, que todo lo ve de color de rosa —nos diréis—, se pega de cachetes con la masa de inmigrantes, en que predominaron los ineptos, los fracasados, los indeseables, en una palabra.” A esta objeción sale al paso, brioso y resuelto, como con razones que no tienen vuelta de hoja, D. Félix Ortiz y San Pelayo en su magnífico libro *Vindicaciones de los españoles en las naciones del Plata*. Lo que ha ocurrido es que en el planteamiento del problema de la emigración se prescindió en las alturas gubernamentales de normas selectivas. Cuando imperaba en el régimen de puerta abierta y las bodegas de los buques no daban abasto al tráfico de carne humana, la “trata de los blancos” era un negocio que dejaba margen para todo y para todos. Nuestro Gobierno, de espaldas a la tradición americanista, vivía despreocupado del deber histórico, sin cuidarse de la calidad de los emigrantes. Pero la selección que aquí se omitía realizábase en el otro lado de los mares, donde la dureza de la lucha anula y suprime pronto

desidias e ineptitudes. En la forja americana el hierro aparta en seguida la escoria.

“Sobre que un garbanzo negro no hace al cocido”, como dice el refrán; ni de las virtudes o vicios de la minoría puede, en buena lógica, derivarse el juicio recto sobre la totalidad. Por otra parte, ¿qué linaje de disposiciones preventivas se han adoptado oficialmente para criticar o corregir el mal, si de hecho existía? En este aspecto como en otros muchos de la política hispanoamericana, la ignorancia, la incomprensión y el abandono camparon a sus anchas. Lo bueno y lo malo, los triunfos y las derrotas de la hispanidad en el Plata, elogio o baldón han sido casi siempre de nuestros compatriotas. Aquel reproche que hace tres lustros largos hacía el conde de Romanones “a los Gobiernos españoles, en lo que toca a su negligencia en el menester importantísimo de la tutela sobre la colonia emigrada”; aquella gallardía y franqueza del insigne político en “reclamar su parte de responsabilidad en el abandono no oficial de que tan valiosas fuerzas fueron objeto”, hasta ahora “no ha perdido, ni con mucho, la tristísima y funesta actualidad”.

En contraste al culpable descuido, ¿cómo respondió la colonia cuando el dolor de la madre acudía en llamamiento a sus hijos? ¿Cómo se gozaba cuando la victoria y el éxito escribían el nombre de España? No sabemos que se haya escrito otro libro sobre historia, documentación y crítica de la acción hispanizante que el ya citado del Sr. Ortiz y San Pelayo. En sus páginas, encendidas en llama patriótica, arde el corazón de millares de hombres, más enamorados del viejo solar a medida que la distancia se hace más grande y es más dura la ausencia. El influjo ejercido en escuelas y templos, fábricas y talleres, en el surco y en el mostrador sobre las generaciones argentinas, después del período colonial, cuando el sedimento de rencores flotaba desolador en la superficie del vivir en la ciudad y en el campo; las etapas, largas y penosas, hasta llegar a la conciliación; el retorno a la fraternidad, el vínculo de sangre, de religión y de idioma, soldado y rehecho; el sinnúmero de médicos, abogados, ingenieros, educadores, industriales y comerciantes, cuya acción abrió anchos cami-

nos, por los que anda el progreso argentino. Mucha falta hace la continuación de este libro para que los españoles de aquí se aperciban de lo que piensan, de lo que hacen, de lo que representan los españoles de allá. ¿Que ahora no lo saben? Pero más urgente que escribir el libro es proseguir la obra y perfeccionarla. Todavía es tiempo, aunque cada hora que se retrasa es una batalla que se pierde.

SOL DE EVANGELIO EN LAS PAMPAS

—¿Qué quedará flotando de todo esto? —interrogábamos a monseñor Francheschi, momentos después de la procesión, broche de oro que cerró las jornadas eucarísticas, y aquí la consabida frase, perdido lo que tiene de tópico, recobra su expresiva autenticidad.

La pregunta, disparada a quemarropa, contuvo un poco —advertiase en la sorpresa del gesto— la característica vivacidad del director de *Criterio*.

—Es harto complejo el interrogante para respondido a vuelta de hoja, cuando las retinas y el alma vibran tensas de emoción y magnificencia. Los árboles no dejan todavía ver el bosque.

—¿Pero no teme, monseñor —añadimos, volviendo a la carga con alevosía periodística—, que en este movimiento de religiosidad, tan rápida e intensamente desarrollado, el volumen disminuya y absorba la profundidad?

Callado un instante y recogido para captar con fijeza las hondas del pensamiento disperso y múltiple, la palabra, antes remisa y parca, se hizo flúida y pródiga; a la habilidad de evasión literaria del primer momento sucedía ahora más íntegra, amplia y generosa de impresiones y puntos de vista personales. Todo un programa de reconstrucción espiritual, toda una evocación histórica que delineaba la fisonomía religiosa de la Argentina.

—Se afirma, efectivamente, por algunos observadores y críticos que no arraigará la perseverancia en toda esta conmovida muchedumbre. Habrá algún déficit. ¿Quién lo duda?

Pero su cuantía depende, en gran parte, de nosotros; de la abnegación y orden que presida nuestra acción ministerial. Pero al lado de las inevitables faltas, comprobamos desde ahora, y comprobaremos cada día más, beneficios definitivamente consolidados. Y el balance arroja un indiscutible saldo a favor de la resurrección de las almas. Descontemos que en muchos casos la conducta se desviará de la creencia enfervorizada estos días; pero las llamas de la fe, avivadas en Palermo al soplo del Espíritu Santo, iluminarán con más fuerzas la mente y el corazón del país.

—¿Qué proporción asigna usted al factor hermano en la siembra y madurez de estos frutos que acaba de enumerar? —preguntamos a monseñor Francheschi.

—Importa subrayar, como principio fundamental y básico —nos contesta—, si bien a primera vista parezca perogrullada, como dicen ustedes en España, que no se llega a la organización que propios y extraños admiraron ni se obtienen las ventajas de orden religioso que aludía antes sin una labor previa, sabiamente orientada y dirigida. Desde hace casi dos años viene realizándose en toda la República una obra enorme de propaganda. Los Congresos regionales, las concentraciones de parroquias por zonas, las jornadas eucarísticas en sus más atractivos y eficaces modalidades, las misiones, la divulgación eucarística verificada por los procedimientos de la más contrastada modernidad: el artículo periodístico, el folleto, *affiche*, la radio...

Y sobre la acción externa, la interior, constructiva y eficiente en el silencio de las almas; el vuelo de la súplica reunida y anhelante hacia Dios; el sacrificio en aras del futuro Congreso... Los niños han orado como nunca; en la intimidad de los conventos se multiplicaron las penitencias. El período preliminar que como la corriente impetuosa de un río que embalsa las aguas de los regatos que a él afluyen y precipita la marcha hacia el mar. Nunca alcanzaron tanta pujanza la oración individual y colectiva. Aunque parezca paradójica, el Congreso invisible, es decir, la congregación de los espíritus, estaba ya celebrado antes de la sesión inaugural. Pero entre los esfuerzos hechos y los resultados, sobre todo espi-

rituales, conseguidos, y con esto quedará la pregunta contestada, la proporción es notoria. Puede el trabajo construir, no ya el monumento de Palermo, sino las Pirámides de Egipto o el Coliseo de Roma. Lo que no puede hacer es que los ojos se llenen de lágrimas y suba a los labios la contrición



Mons. Gustavo Francheschi

de las almas. Quien no esté ciego reconocerá la acción vencedora de una potencia sobrenatural; no triunfaron allí la habilidad o la elocuencia humana, sino la gracia divina. Y cuente, amigo mío —añadía, con entusiasmo y precisión crecientes en el vocablo y en la idea—, que las dificultades y prejuicios a superar no eran pocos ni de escasa monta. El

materialismo ambiente, la preocupación por lo económico, la crisis financiera, los enconos políticos y hasta la falta de contacto con acontecimientos de esta índole, ninguno de los cuales se había celebrado en nuestra América, la forzosa inexperiencia de los organizadores, todo inducía a pensar que, si no un fracaso, por lo menos resultaría el Congreso muy mediocre en comparación a los ya celebrados en otros países. Pero el testimonio unánime, que si en el fervor de las primeras impresiones pudo tener visos de apasionamiento, ya con el andar de los días se ha esclarecido y depurado, persiste en afirmar que la curva ascendente trazada por las asambleas internacionales no perdió ritmo ni altura en la de Buenos Aires; antes adquirió nueva y más alta gradación.

—Magnífica comprobación de la solidez y firmeza de la obra misionera española; ¿no es verdad, monseñor? Las características del alma argentina, un poco desfiguradas por el empuje de elementos heterogéneos que en estos últimos contribuyeron a debilitar lo específico de su naturaleza y condición histórica, vuelven a florecer con renovadas lozanías.

—Así es —confirma Francheschi—. Los que hasta ayer, en nombre de un laicismo, cada vez menor en consonancia con los tiempos que corren, descontaban como de extensión escasa y de ninguna profundidad los sentimientos religiosos de nuestro pueblo, se ven hoy confundidos por las rotundas afirmaciones de la fe católica que cuentan sus soldados de uno a otro extremo de la República, en una conmovedora conjunción de todas las clases sociales, en la unanimidad multitudinaria de todos los argentinos, prosternados ante la cruz, acercándose a Dios con la oración.

Este pueblo es católico. Y no puede ser de otra manera. Su historia se consubstancia con la obra cumplida por los ministros de la Iglesia, desde el día mismo del descubrimiento de América. La vida espiritual de los siglos de la colonia reside únicamente en la reyecía de la fe católica.

En las gestas de la independencia, en las peripecias de la organización, en el afianzamiento de la cultura, en todos los ciclos históricos sobresalen figuras de venerables sacer-



Mons. Figueroa, Presidente de la Comisión organizadora del Congreso

dotes incorporados al patriciado de la nacionalidad: Fernando de Trejo y Sanabria, Mamerto Esquiú, Matheu, Luis Beltrán, Santa María de Oro, el deán Funes y tantos otros. Junto a ellos están los nombres de los héroes militares y civi-

les que cumplieron su misión histórica invocando la protección divina de Cristo.

En las bruscas oscilaciones de la política, el péndulo de la religiosidad nativa ha mantenido siempre su equilibrio bienhechor. Cuando las Repúblicas americanas empezaron a vivir oficialmente su independencia, los problemas político-religiosos acrecentaron, y ello explica su generosidad e importancia. La Iglesia se encontró con dos grandes cuestiones, entre otras muchas. Por una parte, los reyes de España ya no podían ejercer el privilegio (acordado por la Santa Sede) del nombramiento de los obispos de América del Sur, y por la otra, casi todos los nuevos Gobiernos hispanoamericanos pretendían reivindicarlo; Roma creyó oportuno reservarse esta prerrogativa, y sobrevino el choque, a pesar de los esfuerzos que hizo para evitarlo León XIII. Las consecuencias fueron desastrosas para la vida eclesiástica hasta que la restableció la armonía a raíz de la firma de concordatos. Dos acontecimientos ayudaron a la reconciliación: la fundación en Roma del Seminario Pío-latino Americano, para la formación del clero sudamericano, y la convocatoria que hizo León XIII, en 1898, para un Concilio general de la América latina, que se celebró en Roma en mayo-junio-julio del año siguiente y que deliberó nuevos principios legislativos trascendentales.

La falta de sacerdotes y la desaparición del apoyo de los Gobiernos habían afectado considerablemente a la Iglesia, que era víctima propiciatoria de los enemigos. Y hubo supresión de los conventos, de las dotaciones de culto y clero y de las obras de beneficencia, la abolición de los títulos eclesiásticos, la secularización de los cementerios... Los protestantes acusaron a la Iglesia católica de no hacer nada en pro de sus fieles y mucho menos de los paganos, y se decidieron a instaurar una de sus misiones en la América meridional.

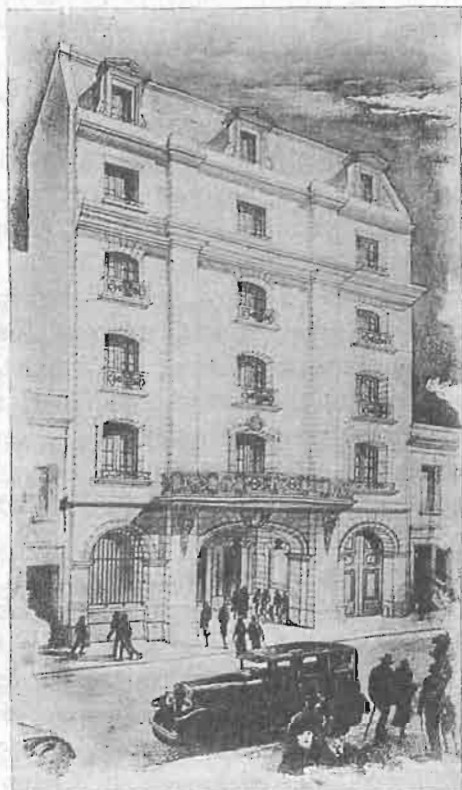
Existen actualmente en la América española, según los datos que tomamos del padre benedictino Dom Maternus, unas 86 sectas protestantes, con 1.823 misioneros, hombres y mujeres; 122.266 fieles; 1.283 iglesias, y otros 2.194 locales dedicados al culto; los propagandistas recorren continua-

mente el país y distribuyen, todos y cada uno de los años, de 250.000 a 400.000 biblias luteranas.

Catorce años duró la orfandad de pastor en la República Argentina, proclamada, como es sabido, en el 1816, y cuando más limpio el horizonte, se vislumbraban horas de paz y concordia, la dictadura de Rosas vino a detener los avances del movimiento religioso. A la caída del dictador, una Constitución garantizó la estabilidad de los Gobiernos, y Argentina, que vió aumentar considerablemente su población, ha podido llegar a ser la más floreciente entre todas las Repúblicas hermanas. El catolicismo es también aquí la religión oficial; el Gobierno concede una retribución al clero, tiene a su cargo los gastos del culto, reconoce las Ordenes religiosas y subvenciona las misiones entre los indios. Acaba de acometer, por segunda vez, si mal no recordamos, la reorganización del mapa eclesiástico nacional, creando nuevos obispados y elevando la categoría jerárquica de otros ya existentes, con lo que no sólo quedan cumplidamente atendidas las deficiencias que en este aspecto se venían notando por la gran dificultad de regir desmesurados territorios, sino también porque el acrecentamiento de la fe en las regiones del Plata reclamaba mayor número de jurisdicciones.

La Iglesia argentina se halla actualmente en días prósperos. Buenos Aires, que por ser corazón y cabeza de todo el país, puede servir de modelo que señala con exactitud, cuando menos aprximadamente, el ritmo progresivo de la marcha, es una floración espléndida de actividades religiosas y benéficas, sociales y pedagógicas. Con la añadidura de que su vida no es puramente nominal, aprisionada en la letra de los reglamentos, desarrollada en esa órbita más amplia de lo que fuera menester del exhibicionismo de las Juntas directivas y los consabidos paniaguados. Las realidades imponen una afirmación: la de que el movimiento de la religiosidad argentina es el resultado, dicho sea en términos generales, de la creencia y la conducta coordinadas. Valgan datos y cifras para argumento, dando primacía al orden específicamente jerárquico y ministerial que desenvuelve en el ámbito de un centenar de parroquias, 43 de las cuales se instituyeron canónicamente en

los últimos cinco años y las 11 últimas a fines del pasado, como recuerdo del Congreso, y los templos parroquiales, capillas y rectorías que la mano sabia y generosa del señor arzobispo va levantando desde los cimientos hasta la cúpula, lo mismo en las zonas céntricas de la ciudad que en las del extrarradio.



La «Casa de la Empleada», en Buenos Aires

Treinta y siete institutos religiosos de varones, con unas 70 casas, desde donde irradian Evangelio, cultura y beneficencia; 76 institutos religiosos de mujeres que en días que en las 130 residencias acogen enfermos de alma y cuerpo, instruyen y educan con los afanes de una caridad que no es para correspondencia en lo humano y es por lo mismo más generosa y

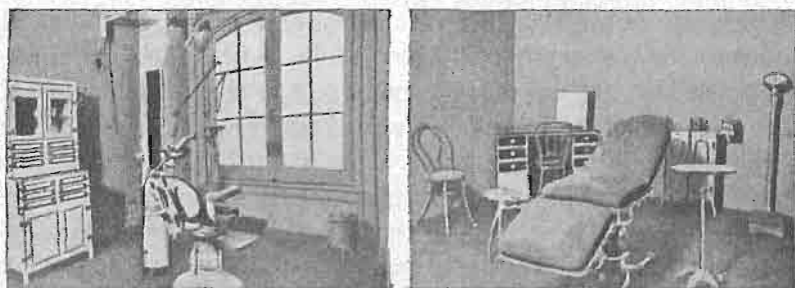
desinteresada. Dos centenares largos de colegios, escuelas y talleres para la enseñanza y la educación del niño; asilos, hospitales, consultorios. Cuarenta y cinco centros parroquiales de acción católica, 24 círculos de obreros, 143 conferencias de San Vicente de Paúl...

En el orden social obrero femenino hay una obra que ha traspasado las fronteras: una obra y un hombre. Monseñor de Andrea y su Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas. Andaban sueltas y desparramadas estas palabras y las ideas y los sentimientos que representan entre pasionalismos e incomprensiones, faltábales la articulación, el aglutinante que enlazando carne y espíritu, deberes y derechos, recogieran los anhelos individualistas y formara con ellos el núcleo vital y fecundo de la Asociación. Sobre el vértice triangular de los vocablos que dan nombre a la obra, como sobre el frontispicio de un templo destaca el relieve de la dedicatoria: "Elevación de la mujer que trabaja". Aquí está lo específico y diferencial del propósito, interpretación moderna de los antiguos gremios, penetrada en lo fundamental y básico de substancias religiosas, en un glorioso recobro de su prístino valor las dos virtudes más unitivas y coordinadoras de las relaciones de clase y profesión: justicia y caridad. En el desenvolvimiento de su eficiencia social situó desde primera hora monseñor de Andrea la base del edificio que es actualmente limpio y noble blasón del trabajo de la mujer.

Como legítima y auténtica expresión de la democracia cristiana dentro de la más pura ortodoxia y de la estricta legalidad, los justos afanes reivindicatorios del proletariado femenino de la aguja y del mostrador, de la oficina y de la fábrica, se dirigen por los blancos caminos de la profesionalidad, en oposición a las tiranías y exclusivismos que tiene por principio la lucha de clases de la teoría marxista.

Nada de "acción directa" ni de represalia sistemática que agobia al capital con exigencias arbitrarias; pero tampoco ningún menoscabo de las prerrogativas y derechos que al trabajo pertenecen. La institución del gran obispo argentino es toda una realización de las encíclicas pontificias. Veintinueve gremios o asociaciones, con un total de 14.530 empleadas. La

“Casa propia”, que fué desde los comienzos ideal del fundador y sueño de las asociadas es hoy una triunfante realidad. Emplazada en sitio céntrico, construída con claros sentidos de arte y de utilidad, el engarce de estas dos características hermosa el conjunto con tonos y perfiles de intimidad doméstica, de remanso y hogar. La toca monjil de las Hijas de la Misericordia imprime un sello de paz y recogimiento. La capilla dedicada a Santa Teresita es un acierto artístico sobrio, fino, devoto y atrayente. La biblioteca, enriquecida ya con 3.658 volúmenes, ofrece satisfacción a las ansias culturales. Los consultorios, equipados con arreglo a la más escrupulosa exigen-



Consultorio en la «Casa de la Empleada»

cia científica; los médicos, expertos y desinteresados. Las asistencias completas, es decir, perfeccionadas mediante la aplicación de inyecciones, rayos ultravioletas, diatermia, radioscopio, etc., etc., suman cerca de 20.000. El instrumental quirúrgico es algo consubstancial al fundador; la plata y oro de sus joyas se fundió para enaltecimiento de la caridad y de la ciencia. El departamento de baños, con los apéndices de peluquería y manicura; la sala de música y descanso, el restaurante que por módico precio proporciona saludable y copioso alimento; la labor educativa y docente, que se desarrolla periódicamente en cursos de sociología, comercio, música, canto, liturgia, labores, corte y confección, artes decorativas e idiomas...

Sol de Evangelio en la Pampa. Fulgurante, con viveza de resplandores, calienta e ilumina los nuevos brotes de la gene-

ración sacerdotal que de la vieja savia misionera absorben jugo de pastoralidad.

Cuando al anochecer de aquel día inolvidable nos despedimos de monseñor Francheschi en su casa rectoral de la iglesia del Carmen, un grupo de hombres desfilaban silenciosamente por los pasillos, plato y cuchara en mano. "¿Adónde van?", preguntamos a uno de los jóvenes católicos que los acompañaban. "Son obreros parados que comen aquí. Se ha habilitado para comedor uno de los salones de la rectoría y a diario vienen, entran, se sientan y sin preguntarles nacionalidad ni religión, les damos hasta donde llegue. ¡Son tantos, tantos, que monseñor Francheschi debía de pensar en limitar el número!"

Pero el director de *Criterio* no piensa al dictado del prudente joven que nos sirvió de guía en esta visita. Su pensamiento es cabalmente lo contrario.

UN OBISPO MISIONERO

Con nosotros viajaba desde Buenos Aires el abad mitrado de Silos y un Obispo del Brasil. Se reunían, pues, contando con el del Obispo de Madrid-Alcalá, tres pectorales a bordo. Como aquel prelado del Brasil se sentaba a mi lado en la mesa, charlamos largamente hasta llegar a Santos, donde desembarcó.

Es Obispo titular de Lence y prelado *nullius* de San José de Tocantins en el Estado brasileño de Goyar. Se llama Florentino Simón y es navarro, nacido en Murchante. Lleva muchos años de residencia en esa gran nación americana, y aun cuando habla todavía el español fácil y correctamente, deja deslizarse inconscientemente a veces, en medio de sus frases, algunas palabras en portugués.

Para llegar a su sede episcopal, desde Santos tiene que viajar primero tres días en tren y después medio día en automóvil y nueve más a caballo. Desde ahora en adelante, gracias al descubrimiento de unas minas de níquel, tan ricas en calidad que ofrecen el 24 por 100 de metal puro, mientras las de Nueva Caledonia sólo rinden el 6, podrá hacer en automóvil—si el temporal de lluvias no inunda el camino— el largo último trayecto, tardando sólo un día en recorrer la distancia que antes le obligaba a caminar durante nueve interminables sobre la silla de una cabalgadura.

Su diócesis tiene una extensión de 65.000 kilómetros cuadrados ocupada sólo por unos 90.000 habitantes. La densidad de su población es, pues, inferior a un individuo por kilómetro cuadrado. Para atender a las necesidades espirituales

de la escasa población diseminada por esta extensa comarca que ocupa el corazón del Brasil, tiene dividida la diócesis en doce parroquias asistidas por seis religiosos, misioneros, como el Obispo, del Corazón de María, que viven en comunidad repartidos en dos residencias. Entre las almas que le están encomendadas hay aún algunas tribus de indios que huyen cuando los blancos se les acercan, porque están escarmentados de las persecuciones sufridas. El Obispo quiere hacer llegar hasta ellos ahora una palabra de amor y les ha enviado paternales emisarios de paz. La voz evangélica va siempre llamando a las puertas de los corazones; sus armas son la paz, la dulzura, la compasión, la fraternidad, la protección, la enseñanza, el auxilio. El guerrero podrá ser el enemigo, pero el misionero es siempre el padre. Y el padre llama aquí a esos hijos desgraciados; les ofrece pan del cuerpo y pan del espíritu y se dispone abnegadamente, tal vez temerariamente, a ir en su busca a través del *mato* impenetrable. Será una nueva actuación, no una nueva modalidad de su apostolado. Su vida es y será siempre, cerca o lejos de los indios, una vida rodeada de peligros y sembrada de privaciones. Cuando empezó a construir una modesta casita con piedra y cal, los pobladores de su diócesis no pudieron contemplarla sin asombro; era la primera lección práctica de urbanismo que recibían. En verdad, no se predica sólo con las palabras.

Perdido, pudiera decirse, en aquella lejana región en que el río Tocantins no ha desembocado todavía en el Araguaya, y menos, por tanto, en el Amazonas, ni ha visto aún la mayor isla fluvial del mundo tendida en 30 leguas de extensión a lo largo de su cauce, cuando tiene que atravesar el *mato*, como llaman al bosque los brasileños, para visitar a sus súbditos, ha de abrirse camino muchas veces trabajosamente a través de la selva impenetrable; ha de viajar entre animales feroces, como la onza pintada o cangusú; ha de esquivar el posible ataque de la serpiente de cascabel, con la cual tuvo que luchar hasta matarla en dos ocasiones o de la yacurusú o la yararaca, todas muy venenosas; o de la sucurí, que llega a tener hasta 11 metros de longitud y que no envenena, pero estrangula y tritura los bueyes que halla a su paso para de-

vorarlos; y, en el *mato* o en el poblado, se ha de alimentar rudimentariamente con arroz, maíz, feixac o alubia, batata dulce, carne y mandioca que es un tubérculo bastante grande, capaz de engañar simultáneamente la vista y el estómago.

Vida dura ésta de pastor de almas, mil veces más dura que la de los pastores de ovejas en Europa; vida ignorada y anónima; vida de martirio que se entrega para salvar a los demás en un perpetuo ofertorio de afectos sacrificados, de comodidades despreciadas, de heroísmos realizados y de dolores sufridos ante los altares de la fe.

Con profunda emoción escuchaba las palabras sencillas, humildes, insignificantes de aquel sacerdote de la modestia, perdido entre las selvas de un gran continente, lejos no ya sólo de su patria, sino hasta de las poblaciones costeras magníficas que son la admiración y el encanto de los extranjeros en el Brasil.

Este Obispo es español y los seis sacerdotes y los dos legos que le acompañan son españoles también.

Y ante esta consideración felicísima, mi emoción aumentaba y se ensanchaba satisfecha mi conciencia de patriota. Han pasado los siglos, se ha hundido en muchos mares nuestro viejo poderío; hemos perdido la paz y el bienestar en nuestra propia casa; pero aunque se ponga ya el sol del cielo en nuestros dominios, no se pone todavía el de la fe que encendieron detrás de nuestros conquistadores gloriosos, nuestros gloriosos misioneros; y aunque corran tiempos de desventura y de pobreza para nuestra vieja nación, aun continúan evangelizando con santo altruismo y paternal desinterés, en naciones libres de la gran América, los santos sacerdotes españoles.

OTROS DIEZ MIL KILÓMETROS DE NAVEGACIÓN

Formaban parte del pasaje en gran número las mismas personas que también habían hecho la travesía hacia Buenos Aires. Y, sin embargo, todas parecían distintas; impaciencia, conatos de irritabilidad, barruntos de desasosiego a todas horas. ¿Por qué? En el primer viaje todo era nuevo; cada hora presente ofrecía una emoción; cada hora futura dibujaba la promesa de perspectivas diferentes. En la segunda travesía todo era viejo; la caja de sorpresas agradables que era el barco se había convertido en la jaula molesta. Ya no entretenía el deseo de ver y, en cambio, enervaba el ansia de llegar.

Otra vez el calor y los chubascos ecuatoriales; otra vez las luces de colores y lo gorrros grotescos al atravesar la línea; pero faltaba el buen humor. Me pidieron que brindase después de la comida. Y yo escribí dos cuartetas en el reverso del menú para contestar a la petición. Decían aquellos ocho versos que, como un recuerdo conservé:

Señores: Para brindar
estando en pleno Ecuador,
es indispensable hablar
con muchísimo calor.
¿Queréis calor? No lo creo.
Entonces, amigos míos,
me niego a vuestro deseo,
sólo por dejaros *fríos*.

Y nadie secundó este humorismo climatológico con otros humorismos.

Un día, estando en la oficina del sobrecargo, se me ocurrió pedirle los libros del registro civil del buque. El de nacimientos y el de defunciones. En ellos vi que durante el viaje precedente había nacido un niño y habían muerto dos viajeros.

Una lectura esta última como para reconquistar el buen humor.

Eso sí; entre tantas diferencias de ambiente, las solemnidades religiosas de las tardes conservaron su severidad, su atractivo y su sencilla grandeza.

Interrumpían a veces la monotonía hechos triviales: una gaviota que a más de 300 millas de la costa, cayó una noche agotada y casi exánime sobre cubierta; un pez volador que, sin rectificar el rumbo emprendido *a ciegas* bajo el agua, se encontró inesperadamente sobre cubierta también.

Nos asaltó ya cerca de Canarias una marejada, que levantaba la proa más de 12 metros sobre cada ola, nos hizo experimentar las sensaciones de las llamadas montañas rusas, preocupó a unos, mareó a otros, y distrajo a los más; porque ya éramos todos *lobos marinos*. Por la tarde, algunos atrevidos subieron al castillo de proa, barrido constantemente por copiosas e inesperadas duchas, cuando las olas chocaban violentamente contra el casco. Y, realmente, nos reímos, mirándolos desde el puente soportar los chapuzones y salir de ellos, como si se hubieran metido vestidos en un baño. Desde nuestra altura dominábamos el mar que ellos no veían más que en un sector ya lejano del buque, porque tenían miedo de acercarse a la borda; contemplábamos en su avance cada serie de tres olas grandes seguidas —siempre son tres— y presagiábamos, con no muy santo regocijo, el chapuzón inmediato que, al producirse, era recibido con grandes carcajadas. A veces, el pícaro barco, en el momento de ir a chocar contra una ola, daba una guiñadita truhanesca para recibir su choque de costado, y entonces la mole líquida se levantaba como una tromba y caía como un torrente sobre la cubierta. El capitán tuvo, al fin, que prohibir el acceso al castillo de proa, por temor a un accidente.

Aquella noche me despertó un gran estrépito; uno de los cajones de mi baúl-armario había sido lanzado por el balanceo

al centro del camarote. Y ya no pude dormir, porque el movimiento siguió aumentando y tuve que asirme a los bordes de la cama para no salir también despedido como el cajón.

Fué todo ello cosa de juego, sin embargo.

Al día siguiente nos cruzamos con la *Fragata Sarmiento*, el barco-escuela argentino, que navegaba con rumbo a Buenos Aires, y nos saludó con fraternidad efusiva. Pocas horas después llegamos a Canarias.

EN LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Nada menos que la vuelta al mundo

¡Qué maravilla! Después de salir de Santos habíamos dejado al Sur Río de Janeiro y al Oeste definitivamente la costa del Brasil; nos habíamos perdido en la llanura oceánica hacía diez días y, sin embargo, un hombre que a veces miraba desde el puente del barco con un anteojito y a veces hacía números y consultaba cartas marinas en el cuarto de derrota, había tenido la osadía de decirme: "Esta noche, a las once, asomará la luz del faro de Maspalomas en el horizonte, exactamente debajo de la estrella polar." De verdadera osadía podrá calificarla quien no sepa cómo se dirige un barco, porque en una recta de 4.000 millas, el menor ángulo, el más insignificante error es suficiente para que la desviación inicial, imperceptible, al prolongar la línea que se sigue en ángulo con la que se debió seguir, llegue a distanciarse de ella de modo que la luz esperada quede muy a la derecha o muy a la izquierda. Sin embargo, se cumplió la profecía, porque a las once, el faro de Maspalomas, situado en el extremo sur de gran Canaria, empezó a parpadear en el sitio designado del horizonte.

Podía haber aparecido algo más a Oriente o algo más a Poniente; algo más temprano o algo más tarde. Pero brilló al fin en su sitio y a su hora, como un astro que tiene su camino trazado sobre el cielo. Yo le vi aparecer con gran emoción; no ya sólo porque era la primera luz de España que se clavaba en mi retina, después de haber estado tan lejos de ella, sino porque aquella rigurosa exactitud me pareció cosa de magia.

¡Por Dios! No se ría nadie; sé lo que es un sextante, la ecuación de tiempo, tomar la altura, averiguar la hora verdadera de un lugar, manejar las tablas y determinar, en virtud de los cálculos o de la estima, la situación del buque cada día y hasta cada momento; sé que toda la profecía pasmosa cumplida ante mis ojos era un hecho lógico, sencillo y natural; pero también es natural el fenómeno que, utilizado y sometido por la radio, nos asombra, sin embargo, todos los días. El hecho es ese: incontrovertible y prodigioso; habíamos caminado sin ningún punto de orientación en apariencia durante un decenario y la luz había aparecido debajo de la estrella polar a las once de la noche, como si ella misma hubiese salido a nuestro encuentro. Y si sabemos que la profecía no se apoyaba en cálculos de hacía diez días, sino de hacía diez horas, seguirá siendo admirable el ingenio del hombre que halló esos medios lógicos, naturales y sencillos de obtener tales resultados prodigiosos. Por eso recibí una impresión muy honda cuando vi el primer destello de luz. Que un hecho sea explicable y se repita constantemente, no impide que nos parezca una verdadera maravilla.

Después de unas horas de sueño me levanté, deseoso de pisar tierra. ¡Tierra española! En un automóvil descubierto atravesamos las calles del puerto de Las Palmas. Una ciudad tranquila, alegre, bañada por el sol, que reflejaba rayos policromos al caer sobre los revocos multicolores de las fachadas. Estábamos a 9 de noviembre, y a pesar de lo avanzado de la estación, disfrutábamos las delicias de una temperatura de 24 grados a las ocho de la mañana.

Por las calles circulaban las *guaguas*, pequeños ómnibus automóviles abiertos, que me recordaron los colectivos de Buenos Aires. En ellos, realmente de *guagua*, o sea por muy poco dinero, se recorren distancias considerables. A las puertas de las casas, cabras briosas, de inmejorable raza, permitían al pastor, con resignada mansedumbre, que ordeñase sus rebosantes ubres, cuyos picos arrastraban al caminar. Las muchachas, tocadas típicamente con sus graciosas mantillas canarias, de inmaculada blancura, parecían copos de nieve que avanzaban sobre las aceras.

Empezamos la ascensión hacia la Cruz de Tejada, desde cuya cumbre podríamos contemplar un hermoso panorama.

Las montañas que encierran dentro de un anfiteatro pintoresco la ciudad de Las Palmas, describen en torno de ella un apretado semicírculo, cuyo diámetro, inquieto y juguetón, está trazado por el océano. Nos llamó la atención el aspecto negruzco, escarpado, violento de aquellas montañas, agrias y duras. "Son montañas volcánicas" —explicó el conductor—.

La carretera bordeaba la costa. La vista se recreaba saboreando el riguroso contraste que ofrecían los dos panoramas, tan distintos, del mar y de la tierra. Aquél, sereno, tranquilo, manso, escapando a nuestra vista por debajo del horizonte; ésta, rebelde, accidentada, bravía, levantándose ante el horizonte para cerrar el paso a nuestra vista; la superficie líquida festoneada de la ligera línea de espuma en que se resolvían los suaves jugueteos de las olas, y la superficie sólida turbulenta, levantada en el oleaje sedente de un gigantesco maretón fosilizado; el océano humilde y la gradería del retablo terrestre amenazante.

Al pasar por encima de San Cristóbal, pueblecito pequeño que parece un nido de gaviotas, vimos a unos cuantos hombres sacando del mar un *chinchorro*, y recordé la pictórica escena de los *copos* de Málaga.

Después abandonamos la costa y empezamos a escalar laderas, mientras nos internábamos en la isla. Atravesamos Marsagán y Ginama, dos pueblecitos enlazados por el vínculo de su situación contigua, como en coyunda matrimonial.

La carretera, de firme asfáltico, como cuantas recorrimos a lo largo de Gran Canaria, puede competir con las mejores que conozco.

Vimos Terde a lo lejos. El paisaje ofrecía allí intensos contrastes también; las masas parduzcas del torbellino de lava solidificada, cubiertas de manchas verdes por inverosímiles *cardones* que parecían gigantescas algas, en unos sitios; en otros, la tierra pródiga, ardorosa, pletórica, embalsamada, cubierta de palmeras, platanales, naranjos, pitas, chumberas, aguacates y nogales; todo un eterno paraíso bajo un clima eternamente primaveral que sólo una vez ha permitido la

caída de la nieve en los últimos veintiocho años. Pero, aun así, aquellas laderas desnudas debieron ser espléndidas cuando enmarcaban el resto del paisaje bajo apretados bosques que sentenció a muerte la escasez de carbón al iniciarse las penurias producidas por la guerra europea. De todas suertes, la feracidad de aquel suelo pródigo es tan grande que produce cuatro cosechas al año. Por eso parece un inmenso ramillete en forma de concha de peregrino que flota sobre las aguas.

Ante un desmonte de la carretera, descendió el conductor y nos hizo fijarnos en los caracteres de la zona cortada. Un gran estrato negro, pulverulento, parecido al cisco de carbón, y, apoyado sobre él, otro estrato superior de tierra fértil. El primer estrato era de lava granulada, deleznable, inconsistente, que se deshace al pasar sobre ella los dedos y que, bajo el nombre de *picón*, se emplea en las construcciones por los isleños con resultados inmejorables.

Pronto divisamos la Atalaya, pueblo troglodita, como tantos otros de nuestra España, que supo conquistar su nombre al adueñarse de la altura en que se asienta, y que vive en cuevas heredadas de los *guanches*, primitivos pobladores de la isla. Aquí las cuevas son *lujosas* y ostentan fachadas blanqueadas de mampostería. Para hacer más poderosa la evocación, en algunas de aquellas viviendas soterradas se cuece cerámica primitiva, con apariencia de prehistórica.

Después de visitar las cuevas, continuamos nuestra ascensión. Al avanzar, alcanzamos a un hombre, jinete en un caballuco de buen andar, que tocaba una bocina como de automóvil. Me imagino la sorpresa que produciría en una curva al conductor que viniese cifándose con precaución a su mano y encontrase aquella desmedrada cabalgadura donde pensaba cruzarse con algún coche poderoso. El hombre de la corneta iba vendiendo pescado por aquellas alturas.

Llegamos primero a Santa Brígida; luego, a San Mateo, cuyas típicas construcciones de tipo colonial nos transportaron al ambiente de otras pequeñas villas americanas.

Desde una y otra revuelta nos asomó el camino repetidas veces a todo el panorama del noroeste de la isla, con su Puerto

de la Luz, que, contemplado desde allí, parecía un puñado de judías blancas esparcido sobre la tierra.

Al fin llegamos al alto de Tejada, cima elevada a 1.300 metros de altura sobre el mar, en el centro de la isla, a solos 50 kilómetros de la costa, rodeada a su vez de grandes profundidades.

Desde aquella cumbre, rematada por una cruz, el campo de visión es sorprendente. Al Este, el paisaje de hadas que acabábamos de recorrer; al Oeste, un paisaje de titanes tendido a nuestros pies hasta la opuesta llanura del océano. Una tierra flagelada, convulsa, dantesca: montes de laderas arañadas por las aguas y por los derrumbamientos; gargantas espantosas, monolitos solitarios, pináculos enhiestos, paredes verticales, todo un caos de montañas en ruinas que en tiempos remotos fueron espantosamente sacudidas por los paroxismos subterráneos.

Tendiendo la vista por encima del mar hacia el Poniente, entre la niebla, como apoyado sobre una blanca capa de algodón, erguía su cono, encapuchado por la nieve, el Teide magnífico. Me acordé del gráfico cantar regional:

Todas las canarias son
como ese Teide gigante:
mucho nieve en el semblante
y fuego en el corazón.

A Oriente, sobre un mar de brumas, asomaba también sus picachos Fuerteventura; panorama espléndido, anchuroso, vario, magnífico, que no se borrará jamás de mis retinas.

Cuando volvimos al barco, después de visitar una *caldera*, como llaman allá los cráteres de volcanes apagados, habían instalado sobre el muelle un verdadero *zoco* los indios: tabaco, mantones de Manila, pijamas, encendedores, figuritas de marfil. Pedían cientos de pesetas por cualquier objeto y lo entregaban si se les ofrecía la cuarta parte de lo pedido. Nos despedimos en la plancha, despreciándolos olímpicamente. ¿Qué interés tenía aquello para quienes, como nosotros, acababan de dar *la vuelta al mundo*? *La vuelta al mundo*, sí; por-

que de este modo se denominaba allí la primera parte de nuestro paseo.

Desatracó el barco, salimos, y los indios entonces saltaron a las lanchas y nos persiguieron, haciendo sus operaciones comerciales por medio de cestos que, atados a cordeles, subían y bajaban desde el abismo de las lanchas a las alturas de la toldilla.

Pocas horas después desembarcábamos en España.

OBRAS DE D. LUIS MARTÍNEZ KLEISER

- 1.—*Rarezas*. Novela (agotada).
- 2.—*Esteban Rampa*. Novela (agotada).
- 3.—*El vil metal*. Novela (segunda edición).
- 4.—*La Obisvilla*. Novela (editada por la "Biblioteca Patria").
- 5.—*El mundo novelado de Pereda*. Conferencia (agotada).
- 6.—*De hondos sentires*. Poesías. Prólogo de Rodríguez Marín, de la Academia Española (agotada).
- 7.—*Petición diftoid*. Monólogo estrenado por Emilio Mesejo en el teatro Español, de Madrid, el 16 de febrero de 1917.
- 8.—*Cuartillas de antaño*. "Biblioteca de Cultura Popular". Edición Marquesa de Villafuerte.
- 9.—*Los amigos de S. E.* Entremés escrito en colaboración con Rodríguez de Celis y estrenado en el teatro Infanta Isabel, de Madrid, el 12 de mayo de 1920.
- 10.—*El número 30*. Novela. Editorial Rivadeneyra.
- 11.—*El príncipe virtuoso*.—Comedia en dos actos, escrita en colaboración con Rodríguez de Celis y estrenada en el teatro Infanta Isabel, de Madrid, el 25 de noviembre de 1923.
- 12.—*La villa de Villagrana de Zumaya*. Apuntes y pormenores históricos. Prólogo de don Carmelo de Echegaray, cronista de las Provincias Vascongadas.
- 13.—*La caridad como norma de orientación social*. Conferencia.
- 14.—*Del siglo de los chisperos*. Cuadros de ambiente del siglo XVIII.
- 15.—*La Semana Santa de Sevilla*. Edición trilingüe profusamente ilustrada.
- 16.—*Rosa petrificada*. Novela (agotada).
- 17.—*De Madrid al cielo*. Conferencia.
- 18.—*Gula de Madrid para el año 1656*. Editada por el Ayuntamiento de Madrid.
- 19.—*Los nombres de las antiguas calles de Madrid*. Conferencia.

- 20.—*Pan, amor y catecismo*. Conferencia.
- 21.—*Las bellezas naturales y las grandezas históricas de Cuenca*.
Publicada por el Ayuntamiento de esta ciudad (agotada).
- 22.—*El refranero de la casa*. Conferencia leída en el Centro de Cultura Hispano-Americano, de París.
- 23.—*La poesía de fray Luis de León, espejo de su alma y de su vida*.
Conferencia.
- 24.—*Cómo quiere el pueblo español que sean sus hijos*. Conferencia.
- 25.—Discurso pronunciado como mantenedor de los Juegos Florales celebrados en Cuenca el 21 de septiembre de 1928.
- 26.—*Canto al trabajo*. Conferencia.
- 27.—*Talegos de Talegas*. Novela.
- 28.—*La voz del pueblo*.—Conferencia.
- 29.—*La mujer en el refranero*. Conferencia.
- 30.—*Guta Vademécum*. Indicador de rutas artísticas de Cuenca y su provincia.
- 31.—*Cuenca, monumentos y paisajes*. Conferencia.
- 32.—*Los hijos de la hoz*. Novela. Prólogo de don Carlos María Cor-tezo, de la Academia Española.
- 33.—*La llama*. Poesías.

OBRAS DE D. JOSÉ POLO BENITO

- Feminismo social. La emigración en Béjar* (agotada).
El periodismo católico (agotada).
El hogar judano. Obra laureada con el premio "Roel" por la Real Sociedad de Higiene (agotada).
Crónica del Congreso Nacional en favor de las Jurdas (agotada).
Plasencia, por Jesús Sacramento. Leyenda histórica (agotada).
El libro del Congreso Eucarístico de Madrid (agotada).
España en Viena. Crónica del XXIII Congreso Eucarístico (agotada).
De la España católica. Las Crónicas de un año de acción (agotada).
El falso Rembrandt. Novela traducida del alemán.
Guerra y amor. Novela traducida del alemán (agotada).
La pasión de Oberamezgau. Versión en castellano.
El problema social del campo en Extremadura.
Jesucristo vuelve. Páginas de acción católica. Historia, documentación y crítica.
La acción de España en Palestina (agotada).
Las pinturas murales de la capilla de San Blas de la catedral primada (agotada).
La Virgen del Sagrario. Historia y novena.
El mundo va a Roma. Los senderos de la fe.
Guta oficial de Toledo. (Segunda edición, agotada).